Carmen
G. de la Cueva

Un paseo por la vida de Simone de Beauvoir

Ilustrado por
Malota

Lumen

Carmen
G. de la Cueva
Un paseo
por la vida de
Simone
de Beauvoir
Ilustrado por
Malota
Lumen

Un paseo por la vida de Simone de Beauvoir

Carmen G. de la Cueva

Ilustraciones de
Malota

Lumen

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para las entusiastas que crean a pesar
de la precariedad: un abrazo de hermana

Nota de la autora

La biografía, explica la escritora Janet Malcolm en *La mujer en silencio*, es el medio por el cual los secretos que aún quedan de los muertos famosos les son arrebatados y se ofrecen a la vista del mundo. Es como si el biógrafo, en este caso, la biógrafa, fuera una ladrona profesional que irrumpe en la casa, rebusca en los cajones y tiene motivos para creer que hay joyas, dinero, manuscritos inéditos valiosos y cartas reveladoras que arranca de su lugar y se lleva triunfante como si fuesen un botín. Cuando la ladrona se abre paso en esa casa lo hace como si caminara por una habitación a oscuras. Intuye lo que puede haber, fantasea y sueña con lo que puede encontrarse, pero carece de certezas. Contar una vida se parece bastante a esos primeros pasos de la ladrona por la habitación a oscuras.

Esas y otras muchas son las preguntas que he intentado responder en estas páginas. Simone dejó encendidas en su piso pequeñas lámparas de mesilla para que no todo estuviese a oscuras. Dejó los cajones abiertos, los fajos de cartas encima del escritorio y la cama sin hacer. Pensó que si lo dejaba todo así, como si siguiera viva, como si fuera a volver mañana mismo, las ladronas como yo podríamos ir menos a ciegas, abrirnos paso por su vida como quien estuvo algunas noches allí con ella charlando.

Este camino lo inicié, quizá, con mal pie: leí todo lo que se había escrito sobre ella antes de centrarme en todo lo que ella había escrito sobre sí

misma. Yo no quería hacer una lectura ideológica de Simone, sino buscar su complejidad, adentrarme en esos rincones en sombra. Y tuve que empezar de nuevo y borrar cuanto sabía o creía que sabía.

Al principio me costó: niña violeta, niña mimada, Simone me pareció repelente y marisabidilla, alguien precoz que creía saberlo todo de la vida, alguien que se sentía más libre de lo que realmente era. Pero hubo un momento preciso en que lo aprendido se borró para que esa pequeña bombilla en la entradita de su casa alumbrara lo verdaderamente importante: quién era Simone. Estaba en la cocina de la casa de mis padres, un día de septiembre, recién llegada de París y con *Una muerte muy dulce* abierta en las manos. No sé bien cómo llegué a una Simone a la que no había atisbado hasta entonces, una mujer corriente que llora la enfermedad de su madre, que la perdona por todo el dolor causado y se perdona a sí misma. Había encontrado a mi Simone y ya no caminaría a oscuras.

Malcolm, una gran hacedora de biografías, también escribió que la asombrosa tolerancia del lector de biografías solo tiene sentido como una especie de connivencia entre él y el biógrafo en un excitante compromiso prohibido: van los dos juntos de puntillas por el pasillo, se detienen en la puerta del dormitorio y tratan de mirar a través de la cerradura. Ahora os pido que nos acompañéis. Por los pasillos de la casa de Simone no caminamos solas ni de puntillas. Vamos todas cogidas de la mano: Simone, vosotras y yo, como unas amigas que después de mucho tiempo vuelven a encontrarse para hablar y saber por fin que otra vida es posible.

Tú eres todo lo que tiene tu trabajo. Tu trabajo no tiene a nadie más y nunca tuvo a nadie más. Si le niegas las manos y una voz, seguirá tal cual, vivo, pero mudo y manco. Sabes que tiene ojos y que puede verte y conoces la esperanza con que te mira, pero aquí estoy hablando de un alma que es tímida y, sin embargo, desea que la conozcan. Cuando estés tan triste que «no puedes trabajar», existe siempre el peligro de que el miedo entre en juego y empiece a destruirlo todo. Una buena forma de estar siempre en guardia es ir a la ventana y mirar los pájaros durante una, dos o tres horas. Resulta muy reconfortante verlos abrir y cerrar el pico.

Carta de MAEVE BRENNAN a TILLIE OLSEN

Tómate a ti misma y a tus ambiciones seriamente.

ROXANE GAY

Prólogo

Desnudar una vida

Dejaré, resueltamente, muchas cosas en la sombra.

Antes, muchos años antes de haber leído a Simone de Beauvoir, había visto en televisión la reposición de un reportaje que hicieron cuando la escritora murió, apenas tres meses después de que yo naciera: el 14 de abril de 1986. Más de cinco mil personas acompañaron al cortejo fúnebre por las calles de París hasta el cementerio de Montparnasse como si fuera una estrella del pop o un presidente. En mi cabeza infantil no cabía la idea de que miles de personas lloraran y se emocionaran al despedir a una escritora francesa que tenía casi tantos fans como Madonna. Por eso, el primer lugar que asociaba en mi memoria a la vida de Simone era aquel cementerio.

Cuando comencé a leer sobre ella, a mirarla de cerca, me asaltaron las ganas de querer saberlo todo de aquella mujer que ya no estaba, de perseguir al fantasma de una leyenda. Mi primera visita al cementerio de Montparnasse me hizo recordar un verso de Louise Glück que hablaba de las primeras lluvias del otoño que sacudían los lirios blancos, las lluvias de un otoño que se había adelantado a finales de verano en París. Entré por una de las puertas traseras del cementerio, consulté el mapa y fui directa a su

tumba, pero los cementerios son los lugares más propicios para perderse y acabé frente a la lápida de Marguerite Duras. Di un par de tumbos y dudé antes de encaminarme hacia la entrada principal para saber exactamente dónde estaba. Y esa vez lo hice bien: la primera calle a la derecha, una lápida blanca cubierta de flores y algún billete de metro con un «Gracias» escrito en español. Me di cuenta de que no le había llevado nada, ni siquiera una flor. Saqué del bolsillo el único lápiz que tenía, cogí un par de castañas del suelo e improvisé un pequeño altar. ¿Qué podía ofrecerle yo a Simone más que un viejo lápiz prestado o robado y mordido a saber por quién? Cuando vi su tumba por primera vez, no había leído su obra y solo sabía lo que habían escrito sus biógrafos, pero aquel lápiz me pareció un buen gesto: ¿acaso no representaba su vocación verdadera? ¿No se empezaba por eso, por sujetar un lápiz entre los dedos?

Cuenta Lisa Appignanesi en su biografía de Simone que la escritora Élisabeth Badinter le dedicó una necrológica con el título de «¡Mujeres: se lo debéis todo!». La frase había salido de la boca de Claude Lanzmann, cineasta, amigo y amante de Simone durante algunos años, que la había pronunciado durante el entierro y había pasado de boca en boca. Los que estaban allí dicen que Lanzmann leyó un fragmento de *Final de cuentas* en que la escritora se lamentaba del paso del tiempo: «No soy yo quien está diciéndole adiós a todas esas cosas que otrora he disfrutado, son ellas las que están dejándome. Los caminos de montaña desprecian a mis pies. Nunca más volveré a tumbarme, derrotada por la fatiga, junto al olor del heno. Nunca más me deslizaré por las nieves de las mañanas solitarias. Nunca más un hombre. Ahora, no solo mi cuerpo, sino incluso mi imaginación ha acabado por aceptar eso. A pesar de todo, es extraño no seguir siendo un cuerpo. Hay momentos en que me parece tan extraño, puesto que es tan definitivo, que se me hiela la sangre». Quizá en este

fragmento se halle la respuesta a una de mis preguntas: ¿qué echaba de menos de su juventud? La pasión, la energía, el humor, las ansias de vivir. Si algo he descubierto ahora leyendo a Simone es que era una mujer muy apasionada que se entregaba a la vida sin reservas. Era un poco como yo soy todavía: a los veinte, a los treinta años una sigue viviendo en el tiempo de los absolutos.

Su modo de interesarse por la vida se parecía poco al modo como Jean-Paul Sartre se interesaba por Simone: ella se perdía en sus admiraciones, en sus alegrías, entraba en trance; él conservaba la sangre fría y trataba de traducir verbalmente lo que veía. Una tarde, cuenta Simone en *La plenitud de la vida*, estaban mirando desde lo alto de Saint-Cloud un gran paisaje de árboles y de agua y ella se exaltó muy enfadada porque Sartre mostraba indiferencia: «Él hablaba de los ríos mucho mejor que yo, pero no sentía nada». «¿Qué es sentir?», le preguntó él. Pensé que Simone, como yo, tenía tendencia a las palpitaciones del corazón, a los escalofríos, a los vértigos y a todos esos movimientos desordenados del cuerpo que paralizan el lenguaje. ¡Cómo se molestaba con Sartre! Él decía que lo que ella sentía no servía porque se apagaba y no quedaba nada. Por lo que cuenta Simone, Sartre debió de hacerle unos cuantos *mansplaining*: «Varias veces me explicó que un escritor no podía tener otra actitud; el que no siente nada es incapaz de escribir; pero si la alegría, el horror, nos sofocan sin que los dominemos, tampoco sabremos expresarlos». Unas veces le daba la razón, imagino que para que se callara, y otras se decía que por muy hermosas que fueran las palabras, asesinaban la realidad y dejaban escapar lo más importante de esta: la vida. Simone pasó sus días dividida: «Quería ser escritora, hacer libros, pero no renunciar a mis *trances*».

La primera vez que constaté por mí misma la vitalidad de Simone fue en una entrevista televisiva. Se aceleraba al hablar como si quisiera ir muy

deprisa no solo en la conversación, sino también en la vida. Hablaba moviendo mucho los labios y la cabeza, soltaba palabras como en cascada, las ideas le salían a borbotones de la boca. Pero sus brazos y manos eran todo lo contrario; cautelosos, inmóviles, casi invisibles. Su rostro estaba enmarcado por cabellos oscuros recogidos en un moño alto y cubiertos por un turbante. El nervio de Simone se concentraba en la velocidad con la que expresaba sus ideas y en sus ojos. ¿De qué color eran? En mi memoria estaba retratada en blanco y negro y casi siempre de perfil o con la cabeza ligeramente agachada, lo que hacía difícil verla por dentro. La imagen de Simone me ha acompañado a lo largo de mi vida tanto como su obra. Muchos días he fantaseado con la idea de verla yendo de su apartamento al de Jean-Paul en un mediodía lluvioso de París —en mi imaginación, París y la lluvia son sinónimos—, unas veces paseando, otras en bicicleta, con sandalias o botas, dejando una sombra transparente en los charcos.

La Simone a la que yo quería conocer estaba en sus libros, en los volúmenes de su autobiografía, y su vitalidad era fogosa y extrema. Llevaba sus repugnancias hasta la náusea, sus deseos hasta la obsesión; un abismo separaba las cosas que le gustaban de las que no le gustaban. Y además era capricornio, como yo. Cuando me llegó el turno de leerla, no había ninguna herencia: nadie de mi familia la había leído antes que yo. Mi primera lectura de Beauvoir a los veinte años fue de una lentitud poco común, como si estuviera saliendo de un letargo: pasé semanas, meses, descifrando *El segundo sexo*, internándome entre sus páginas como una exploradora en tierras desconocidas, casi marcianas. Leía y releía cada página, cada frase, con los ojos bien abiertos sin saber si aquella lectura me llevaría al filo de un acantilado en que pondría en cuestión todo lo aprendido hasta entonces, mi vida entera. En el fondo, era muy sencillo. Como Simone, yo también creía, cuando era joven, que tenía toda una vida por delante. Pero una

aprende algo más tarde que la vida nunca está delante o detrás de nada. «No es algo que podamos poseer, es algo que pasa.»

La lectura de *El segundo sexo* fue para mí una revelación parecida a la que supuso para la generación de mi madre, pero ¿qué papel ha desempeñado el ensayo de Beauvoir entre las mujeres de mi generación? Hasta hace apenas unos años, no pude intercambiar opiniones con mis amigas ni compañeras de facultad, pues nadie lo había leído. Encontré referencias en amigas mayores y feministas nacidas en las décadas de los sesenta y setenta. ¿Qué nos queda de Simone hoy? ¿Qué mensaje ha llegado hasta nosotras? ¿Qué enseñanzas nos dejaste, Simone? ¿Cuál fue tu revolución? ¿Tiene algo que ver con la nuestra?

Simone me enseñó, no solo a través de *El segundo sexo* sino sobre todo a lo largo de su obra autobiográfica, que fue una mujer capaz de concentrar toda su energía en no deberle nada a nadie más que a sí misma, fijarse unas normas y fines propios y rechazar «las convenciones naturales» de la mujer: el matrimonio, los hijos, la vida que se espera de nosotras. Y en esa búsqueda de su propio modelo de vida se cruzó a los veintiún años con Jean-Paul Sartre, con quien quiso tener una relación de igual a igual que a mí —repasando su vida, sus memorias, sus cartas— se me antoja un tanto ambigua y dudosa. Simone se entregó a lo que amaba —la escritura, el pensamiento, la pasión amorosa— y con ello se entregó también a la contradicción.

Cuando una mujer se mira en el espejo puede llegar a encontrar una imagen movida y confusa que le devuelve una identidad extraña: las mujeres no han sido apenas representadas por sí mismas, sino construidas por la mirada de los otros. Una de mis certezas después de haberla cogido de la mano en este paseo por su vida es que Simone quiso desvelar el

mundo con su escritura y se desveló también a sí misma con todas las grietas y fisuras.

Que alguien se exponga con sinceridad, explica Simone, implica que todo el mundo esté más o menos al descubierto. Para ella, en el ejercicio de desnudar su vida resultaba imposible no desnudar también la de los demás. «La mujer independiente», escribió, «está dividida entre sus intereses profesionales y los problemas de su vida sexual. Para ella es difícil establecer un equilibrio entre ambos. Si lo consigue, es a costa de concesiones y sacrificios que la obligan a mantenerse en un perpetuo estado de tensión.» Como una funámbula, aprendió a caminar sobre el alambre, suspendida en la encrucijada entre experiencia e ideas. Aprendió a convivir con las flaquezas, los temores y las dudas de una mujer que se impuso en un mundo de hombres.

En *Alexis o el tratado del inútil combate* de Marguerite Yourcenar, el protagonista se pregunta si las corazas pueden ser compatibles con la desnudez. Y algo así fue lo que hizo Simone cuando se dispuso a escribir su propia vida como si fuera su biógrafa: desnudarse y construir, a la vez, una coraza con la que quiso protegerse para siempre. Hablamos de corazas, pero yo, al leer a Simone, casi puedo tocarla. Incluso verla, por ejemplo, llena de alegría el día en que se mudó de la casa de sus padres en un tercer piso sin ascensor y sin agua corriente a una habitación propia en casa de su abuela materna. También oírla conversar en el Café de Flore mientras reposa de sus horas de escritura con la mesa llena de apuntes y el grueso abrigo de invierno colgado en el respaldo de la silla.

Algunos días, cuando atravieso una interminable avenida, cuando estoy a punto de caer dormida, por un instante me parece verla en esas tardes lluviosas caminando por París con el pelo recogido bajo un turbante de

color exótico. La veo como si la conociera, como si hubiéramos compartido parte de nuestra infancia en la habitación que daba al Boulevard Raspail.

En el último volumen de su autobiografía, *Final de cuentas*, Simone escribió que nunca había sido una virtuosa de la escritura como Virginia Woolf, Proust o Joyce ni supo resucitar «el tornasol de las sensaciones», pero quizá no fuera ese su destino. Su mayor propósito como autora fue encontrar «gente que me escuche, y serles útil mostrándoles el mundo tal como yo lo veo». Llegó a preguntarse a quién le serviría lo que ella trataba de expresar en sus escritos autobiográficos. Simone, ahora sé que, si volviera a estar delante de tu tumba, te dejaría un «Gracias». Todo lo que has escrito, la manera en que has desnudado tu vida me sirve a mí, nos sirve a nosotras para entender la nuestra. Gracias.

Simone
El segundo sexo

Simone
El Segundo
Sexo

1

La niña violeta o la chica rara

> Esas horas infinitamente repetidas que no llevan a ninguna parte: ¿viviría yo así?

Desde pequeña iba buscando en los libros a ese tipo de niña o chica distinta que me ofreciera la posibilidad de sentirme menos sola, de identificarme con ella. En la vida real, mi búsqueda no había tenido éxito: la niña distinta, la «rara», la solitaria, era yo. Pero mientras leía un libro, cualquier cosa podría ocurrirme. Así fue como di con algunas amigas maravillosas como Pippi Calzaslargas, Antoñita la Fantástica, Celia o incluso Jo March. Todas ellas se parecían más a mí que las niñas con quienes compartía clase y juegos. He experimentado ese deseo de querer encontrar amigas, hermanas casi, en los libros durante toda mi vida. En mi adolescencia llegó Andrea, la protagonista de *Nada* de Carmen Laforet, y hace un par de años fue un alivio toparme con Lenù, una de las «dos amigas» de Elena Ferrante, una compañera que me ofrecía su vida entera para poder mirarme en ella. La última ha sido Matilde, la protagonista de Oculto sendero, de Elena Fortún, una Celia con vocación artística pero el mundo entero en contra. Todas ellas poseen algo en común: vivían en mundos más pequeños que los que se

merecían teniendo en cuenta el tamaño de sus sueños de emancipación y de aventuras.

Hace algunos años di con un ensayo de Carmen Martín Gaite que llevaba por título «La chica rara» en el que hablaba de cómo en la literatura española de posguerra habían surgido algunas heroínas maravillosamente raras y poco convencionales —Andrea de Carmen Laforet, Lena de Dolores Medio o Valba de Ana María Matute, entre otras—, incapaces de encajar en el mundo que les había tocado vivir. Las chicas «raras» o infrecuentes, escribió Martín Gaite, son aquellas que ponen en cuestión la «normalidad» de la conducta amorosa y doméstica que la sociedad espera de ellas. Con ese título de chica «rara» yo bautizaba a mis compañeras librescas de infancia y a mí misma, transformándonos así en una hermandad. La ayuda que todas esas niñas «raras» me han ofrecido durante treinta y un años de vida me ha salvado muchas veces.

Recuerdo bien la avidez con que me lancé a conocer a Simone, la niña «violeta» —así la llamaba su madre por su carácter obstinado y caprichoso — en las *Memorias de una joven formal*.

¿Acaso «violeta» no era un sinónimo elegante de «rara»? Simone se mostraba ante mis ojos como un personaje de ficción. Su vida contada por ella misma se parecía a la de una de esas chicas «raras» con quienes yo había crecido. Cumplía todos los requisitos para serlo: no aguantaba el encierro ni las ataduras familiares, quería lanzarse a la calle para ampliar sus puntos de vista y soñaba con perderse en una avenida donde nadie la conociera, donde, convertida en un ser anónimo, pudiera llevar otra vida, una vida cualquiera, nueva.

Me gusta pensar que la teoría de Martín Gaite es válida tanto para mis heroínas de ficción como para Simone, una mujer de carne y hueso: «Mantener a salvo su inteligencia y aprender a aguzar sutilmente la mirada»

ha hecho que todas ellas no hayan sucumbido a la realidad y la prisión que suponían en muchas ocasiones sus circunstancias. Simone dio un paso más allá y se prometió denunciar la opresión. Ella y Poupette, su hermana pequeña, odiaban lo que llamaban la «estupidez», normalmente en manos de los adultos, una manera de apagar la vida y sus alegrías a base de prejuicios, rutinas, hipocresías y consignas huecas.

Simone pensó que si podía contar en sus libros el gusto por su propia vida —lo que la hacía feliz, sus paseos por la ciudad y los bosques, las noches en los cafés charlando hasta la madrugada, los libros que la mantenían despierta hasta el amanecer, los amigos, los amantes— existiría para siempre en la vida de los demás y alguien sería capaz de identificarse con ella. Fue una niña «rara», una niña «violeta» desde siempre, pero un poco más tarde, a los catorce años, después de leer *Mujercitas* de Louisa May Alcott y *El molino del Floss* de George Eliot e identificarse con Jo y Maggie, supo que lo único que deseaba era contarse para ofrecer a quienes la leyeran la posibilidad de reconocerse en ella.

Comencé a leer las *Memorias de una joven formal* sabiendo que Simone se había lanzado «todavía viva» a contarse, aunque fueran los caprichos de su memoria los que eligieran por ella qué debía decir. Empezó a escribir cartas desde muy pequeña y las enviaba a su padre que estaba en el frente durante la Primera Guerra Mundial. Su padre era quien revisaba su ortografía, pues le devolvía las cartas corregidas y durante las vacaciones le dictaba fragmentos de las novelas de Victor Hugo. La curiosidad natural por los libros la llevó a querer escribir y así se entregó a la hoja en blanco para contar sus historias. El silencio que se generaba a su alrededor era tan solemne que, más que escritora, se sentía un sacerdote que oficiara misa. Su primera obra se tituló *Las desdichas de Margarita* y estaba protagonizada

por una heroína alsaciana, huérfana y cuidadora precoz de un montón de hermanos y hermanas que debía cruzar el Rin para llegar a Francia. El único problema era que el Rin nacía en Basilea (Suiza) y desembocaba en el mar del Norte. En sus memorias confesaba apenada que el hecho de que el río no corriera por donde ella lo necesitaba arruinó la trama.

Como la ficción le venía todavía un poquito grande, Simone probó a plagiar *La familia Fenouillard*, que era una de las novelas favoritas de su familia. Sustituyó al señor y la señora Fenouillard por sus padres y a las dos hermanas Fenouillard por ella misma y su hermana pequeña, Poupette. La obra fue tan celebrada en familia que su abuelo le regaló un cuaderno nuevo y su tía Lili copió en él la novela con una letra clara de colegio de monjas. A veces, la niña que fue Simone se contentaba con inventar nombres para las hojas de los árboles de su jardín: llamó «Reina de azul» a la hoja plateada del álamo y «Flor de las nieves» a la hoja barnizada de la magnolia. Por entonces, no sabía muy bien si quería ser escritora o librera, pero los libros eran lo que más feliz la hacía. Incluso fantaseó con la idea de ser bibliotecaria cuando su madre la llevó por primera vez a la biblioteca de la Rue Saint-Placide. Llegó a sentir envidia de aquellas mujeres que custodiaban los miles de volúmenes con sus vestidos negros y sus cuellos emballenados. Soñaba con quedarse encerrada en la biblioteca y no salir nunca de aquellos pasillos polvorientos.

En el mismo mes quiso ser bibliotecaria y también enfermera, pero no para cuidar a los enfermos, sino para recoger heridos en los campos de batalla. Una cosa llamó particularmente mi atención: como yo, Simone no quería muñecas-hijas; sus muñecas sabían hablar, razonar y vivían en el presente. Yo nunca fui mucho de saltar en la calle o montar en bicicleta, pero mis Barbies más que hijas eran hermanas mayores con las que me iba

de acampada, practicaba surf y montaba en canoa, algo que nunca he hecho en la vida real.

Poupette y Simone jugaban a que sus maridos siempre estaban de viaje y así podían decidir qué hacer con su tiempo. La posibilidad de ser solteras no se contemplaba en el plan, pero Simone era muy precoz y se daba cuenta de que las madres de familia estaban flanqueadas de un marido y de cientos de tareas fastidiosas a su cargo. Pensándolo bien, nunca tendría hijos; formaría «espíritus y almas». Quería ser profesora. Pero las profesoras eran siempre señoritas remilgadas con poco poder de decisión sobre los alumnos. Sería institutriz. Sus padres acabaron por escandalizarse: en apenas unos meses, Simone había querido ser escritora, librera, bibliotecaria, enfermera, profesora e institutriz.

Antes de retomar la escritura, decidió probar una nueva profesión: la de mártir. Simone imaginaba con frecuencia que era María Magdalena y secaba los pies de Cristo con sus largos cabellos. Unas veces era María Magdalena y otras podía ser Blandina, Juana de Arco, Griselda o Genoveva de Brabante. La religión, la historia y la mitología le tenían reservado otro papel. Lo que más le preocupaba era que esas heroínas reales o legendarias no conseguían ni en este mundo ni en el otro la gloria y la dicha sino a través de las más «dolorosas pruebas infligidas por los hombres»: condenadas a muerte, quemadas en la hoguera, degolladas, el de la mujer parecía un destino trágico. «La pasividad a la que me condenaba mi sexo la convertía en un desafío», llegó a escribir.

Tal era el sentido de su vocación, la de proyectarse ella misma en todas las profesiones o fortunas, de modo que decidió que de mayor debía tomar el control de su existencia y hacer con ella «una obra maestra sin falla». Simone era, sin duda, la niña «rara» por excelencia: obstinada y tenaz, caprichosa y volátil; única. La lectura continuaba siendo lo más importante

de su vida. Uno de los momentos más alegres de su infancia fue el día en que su madre le entregó el carnet de la biblioteca. Uno para ella sola. Con ansia, llegó a la biblioteca y gritó llena de júbilo: «¡Todo esto es mío!». Atrás quedaban las mártires, las monjas y las institutrices: Simone quería leerlo todo para llegar a escribirlo todo. Además, su madre comenzó a llevarla después de clase a una pequeña librería cerca de la escuela donde compraban novelas inglesas que le duraban muchísimo, porque debía ayudarse de un diccionario para descifrar los misterios de otra lengua. Pero el momento más feliz del año llegaba en verano, cuando se marchaba con su familia a La Grillère, el inmenso y antiguo castillo de sus abuelos.

En mi infancia, no tuve un castillo donde veranear, pero recuerdo los días previos al viaje veraniego a las playas de Chipiona: mis abuelos me llevaban a elegir lecturas en la librería del pueblo donde vivíamos y para mí también era un momento de felicidad absoluta, porque una niña lectora nunca tiene suficientes libros. Merece la pena recordar el equipaje con que la Andrea de Laforet llegó a la calle Aribau: un maletón muy pesado lleno de libros y cargado con «toda la fuerza de mi juventud y mi ansiosa expectación». Las chicas «raras» viajamos siempre con maletas repletas de libros como munición contra lo que haga falta.

En los jardines del castillo, Simone se embriagaba de soledad y libertad. Se sentaba en la pradera a leer cuando la casa todavía no había amanecido y en los días de lluvia ocupaba un sillón de felpa verde delante de la chimenea rodeada de zorros, halcones y milanos que su abuelo cazador tenía embalsamados en las repisas. Era en esas jornadas cuando Simone se abandonaba a los rumores del verano, el zumbido de las avispas, los cacareos de las gallinas y los olores a caramelo y chocolate de su lugar preferido de la casa: la cocina.

A medida que se hizo mayor, dejó de lado las lecturas más infantiles y

quiso acercarse a libros que su madre le prohibía. Su ejemplar de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, por ejemplo, tenía varios capítulos pinchados con un alfiler para que no pudiera leerlos. Un día, mientras estudiaba en el escritorio de su padre, vio una novela de tapas amarillas que llevaba por título *Cosmopolis*. Sin mucho interés, Simone lo abrió y su madre apareció tras ella inquiriéndole: «¿Qué haces? ¡No te atrevas! Nunca debes tocar los libros que no son para ti». Y curiosamente, Simone asocia ese episodio a un incidente más antiguo: el día en que, sentada en aquel mismo lugar, metió el dedo en un enchufe y la sacudida la hizo gritar de sorpresa y dolor. La lectura prohibida era como una descarga eléctrica.

Meses más tarde de aquel desencuentro con su madre, su prima Madeleine, a la que dejaban leer cualquier cosa, la puso al tanto de cómo nacían los niños: se formaban en las entrañas de sus madres. No solo le contó aquello, sino que le hizo saber que al cabo de un par de años ocurrirían ciertas cosas en su cuerpo y llegaría a sangrar todos los meses y tendría que llevar vendas entre las piernas. ¡Vendas! Leyendo libros prohibidos, su prima, tan solo un par de años mayor, había descubierto algunos de los misterios de la vida. Lo que Simone no entendía era por qué su madre no se lo había contado; ¿por qué la sangre, la carne, la desnudez resultaban una osadía? Si los libros prohibidos solo contenían, como había sugerido su prima, indecencias divertidas, ¿de dónde extraían su veneno? «Era preciso», se cuestionaba Simone, «que el cuerpo fuera en sí un objeto peligroso porque toda alusión austera o frívola a su esencia pareciera peligrosa.»

Hasta ese momento, yo me había visto reflejada en algunos pasajes de *Memorias de una joven formal*, siempre salvando las distancias: Simone murió el mismo año de mi nacimiento y entre nosotras mediaba casi un siglo. Pero me quedé perpleja cuando descubrí que el primer libro en que se

reconoció, el primero que marcó su camino como escritora fue *Mujercitas*, de Louisa May Alcott. Incluso abandonó sus intentos de ser profesora, institutriz y mártir y se entregó a imitarla en la escritura. Ese fue para ella el momento decisivo. Desde entonces, supo que sus ansias de conocimiento y el vigor de sus pensamientos le garantizaban un destino insólito: Simone se convirtió a sus propios ojos en un personaje novelesco, en la protagonista de su propia vida. De alguna manera, se cerraba un círculo. Y de repente, yo me sentí menos huérfana, menos errante. Ese hilo invisible que me unía a Simone pasaba por una fantasía común de la infancia en la que las dos habíamos querido ser Jo March, la escritora, la obstinada, la primera niña «rara».

Me hizo especial ilusión saber que Simone y yo habíamos nacido en el mismo mes, en enero, con apenas dos días —y setenta y ocho años— de diferencia: las dos éramos niñas capricornio frustradas toda nuestra vida por carecer de regalos de cumpleaños y lo bastante tozudas para perseguir nuestros sueños hasta el más allá. Cierto es que Simone nació en París y yo en un pueblo de Andalucía, pero tampoco importa tanto. Hay algo que sí nos diferencia: desde pequeña yo quise salir al extranjero y vivir en países exóticos; Simone, sin embargo, viajó muchísimo, pero residió los setenta y ocho años de su vida, exceptuando un par de años en Marsella y Ruan, en el mismo barrio, en tres calles que están entre ellas apenas a diez minutos a pie. Podría trazarse un mapa a escala que cabría en la palma de una mano con los lugares en que vivió, por los que paseó, donde estudió, tomó café y compró libros. Cambió muchas veces de alojamiento, pero siempre en el mismo barrio; murió en una casa a cinco minutos de donde había nacido. Setenta y ocho años de una vida en un kilómetro cuadrado de París: Montparnasse.

Nació en el seno de una familia burguesa y acomodada en el número 103 del Boulevard de Montparnasse y su ventana daba justo a lo que pronto sería el famoso café de La Rotonde, un extraordinario lugar desde donde observar París, con sus calles llenas de gente y el espectáculo de la vida. Siempre pensé que Simone había disfrutado de todas las comodidades que le ofrecía la posición de su familia, pero descubrí que cuando ella nació había comenzado el declive de la fortuna familiar. Su abuelo materno, banquero de Verdún, fue declarado en bancarrota y encarcelado, con el consiguiente escándalo y deshonra entre sus parientes. Eso me hizo empatizar muchísimo con Simone. En mi familia no había ningún abuelo que fuera un banquero corrupto, pero sí mucha precariedad y dolor. No puedo imaginarme cómo sería la casa de Simone cuando nació, pero sí que, desde que su abuelo acabó en la cárcel y su padre fue despedido, en esa familia no se desperdiciaba ni un pedazo de pan. Simone creció siendo tan consciente de la necesidad de estar atenta a la economía familiar que cuando comenzó a escribir lo hacía con una letra minúscula para que los cuadernos le duraran más. Los profesores incluso se quejaron a su madre porque no entendían ni una palabra de lo que ella escribía. En *Memorias de una joven formal*, Simone escribió que siempre estuvo convencida de que hay que aprovecharlo todo y a uno mismo lo mejor posible.

Durante toda su vida Simone sintió por su hermana Hélène, a la que apodaba Poupette, «muñequita», un amor maternal y protector. En una conversación grabada, Hélène reconoce que Simone era el único miembro de su hogar que no la trataba como a un ser inferior, «la única que, al preferirme a otras niñas, me inculcaba un sentimiento de autoestima». El catolicismo regía sus días y quizá por eso Simone estaba tan obsesionada con ser una santa o una mártir y con los pecados en vida. Françoise Brasseur, su madre, que tenía apenas veintiún años cuando dio a luz a

Simone, era muy creyente: llevaba a las niñas a misa y las hacía rezar por las mañanas y las tardes. Simone estaba tan unida a su madre y alentada por esta a la vida religiosa que llegó a confundir a su padre, Georges Beauvoir, con Dios.

Más de ocho décadas después de que Simone naciera, las niñas de diez años también íbamos a misa, rezábamos por las noches y crecíamos pensando en que muchos de nuestros deseos y de nuestras actitudes eran pecados mortales. Su padre, sin embargo, era agnóstico y manifestaba sin reservas su desconfianza ante el dogmatismo de su esposa. En *Memorias de una joven formal*, Simone escribió: «Crecí habituada a la idea de que mi vida intelectual —encarnada por mi padre— y mi vida espiritual —manifestada por mi madre— eran dos campos de experiencia radicalmente heterogéneos, que no tenían nada en común. La santidad y la inteligencia pertenecían a dos esferas muy diferentes, y las cosas humanas —cultura, política, negocios, educación y costumbres— no tenían nada que ver con la religión».

Había muchas diferencias entre la educación de una niña de principios del siglo XX y otra de finales: las niñas de la posición de Simone solían tener una institutriz en casa y las de 1986 íbamos a preescolar en una clase con veinticinco niños más. Simone estudió los primeros años de su vida en el centro religioso Adeline Desir en la Rue Jacob. Las niñas se sentaban en torno a las mesas redondas y eran vigiladas muy de cerca por sus madres. Estas, armadas con hilo de bordar, se dedicaban a las labores de costura mientras controlaban el comportamiento de sus hijas: las dudas, las torpezas y los modales.

La llegada de Simone al centro había causado sensación. La niña «rara» había aprendido a leer, escribir y contar antes que el resto de sus compañeras. Y su padre estaba orgullosísimo de ella. Aunque no tanto de

Poupette. Parece que Georges quería un hijo, y la idea de tener otra hija no le hizo ninguna gracia. En *Souvenirs*, un libro de memorias que escribió, Hélène contaba cómo sus padres ahorraban todos los disgustos posibles a Simone porque esta entraba en cólera: «Oh, a Simone mejor no decirle nada, no vaya a ser que tenga una crisis». Pero con ella no llevaban tanto cuidado, la reñían por todo y ella corría a los brazos de su hermana.

Françoise ejercía una gran influencia sobre Simone y era muy celosa. También ella tenía una hermana menor a la que había odiado y le daba rabia oír a sus hijas cuchicheando en la cama antes de dormir. No podía soportarlo y las mandaba callar. Era como una hermana mayor celosa por no poder participar en el juego. Hélène jamás estuvo resentida con su hermana, y eso que no le faltaban razones para rebelarse. En *Final de cuentas*, Simone escribió: «Resulta muy revelador comparar mi destino con el de mi hermana: su camino fue mucho más arduo que el mío, porque tuvo que superar el hándicap de sus primeros años. En las fotografías que conservo de mí a los dos años y medio, se me ve muy decidida y segura; ella, en cambio, a la misma edad, tenía cara de asustada. Seguramente, le sonreían menos, se ocupaban menos de ella. A ella, inquieta e incluso angustiada, le llevó mucho más tiempo librarse completamente de su infancia».

Simone le cogía la mano a su hermana para tranquilizarla, pero por lo visto le gustaba ejercer cierta autoridad sobre ella, como si pudiera controlarla. Leí en *Memorias de una joven formal* algo que escribió y que llegó a asustarme, pero supongo que todos los hermanos mayores hemos sentido lo mismo alguna vez respecto a nuestros hermanos pequeños, cierto poder que nos hacía más fuertes: «Gracias a mi hermana —mi cómplice, mi súbdita, mi criatura—, yo reafirmaba mi autonomía».

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el conflicto fue menos cruel

con la familia Beauvoir que con muchas otras. Simone experimentó un brote de entusiasmo patriótico y se dedicó a confeccionar con esmero banderas y estandartes mientras su padre estaba en el frente. Un prematuro ataque al corazón lo trajo de vuelta a casa tres meses después, y el hombre dedicó su tiempo a representar espectáculos teatrales para soldados —su vocación era la de actor— y actuaciones domésticas para sus hijas.

Como la situación económica familiar no mejoraba, en 1919 se vieron obligados a mudarse a un piso más pequeño, sucio y húmedo, sin ascensor ni agua corriente, en la quinta planta de la Rue de Rennes. Yo nací y pasé los primeros años de mi vida en el hogar de mis abuelos maternos, en la habitación de mis padres porque no teníamos dinero. A mis cuatro años nos mudamos a una casa propia. Simone hizo el viaje inverso a los once, cuando los suyos perdieron la casa y tuvo que volver a dormir con su hermana pequeña. Ella lo recuerda así en *Memorias de una joven formal*: «El cuarto que yo compartía con mi hermana era demasiado exiguo para poder estar de día. En el espacioso vestíbulo donde me había gustado refugiarme, solo existía un corredor. Al salir de mi cama, no había rincón que fuera mío; ni siquiera tenía un pupitre para guardar mis útiles». Los deberes, las lecturas, el estudio de las lecciones se desempeñaban entre el bullicio de las voces, y le resultaba desesperante no poder aislarse nunca. «Envidiábamos ardientemente mi hermana y yo a las chicas que tenían un cuarto propio; el nuestro era solo un dormitorio.»

Los negocios de su padre marchaban mal y el hombre empezó a trabajar en el departamento de publicidad financiera del periódico *Le Gaulois*, un puesto en el que ganaba poco y que lo aburría. Así fue como comenzó a ir de noche a jugar al bridge a casa de sus amigos, a pasar los domingos en las carreras y a mostrarse de muy mal humor cuando estaba con la familia. La pesada tarea de mantener la casa en orden sin ayuda —algo inusual en los

círculos burgueses— también cambió el carácter de su madre. A Simone le daban mucha vergüenza los vestidos que Françoise elegía para ellas, varias tallas más grandes, sus uñas sucias y las medias rotas. Sin dinero para las prendas bonitas y los gustos caros de su clase, las hermanas aprendieron algo que las guiaría durante toda su vida: la cultura era más importante que la riqueza. Pero la violencia de su padre causaba estragos en la familia, y sobre todo en su madre, como cuenta Simone en *Una muerte muy dulce*: «Había bofetadas, discusiones y escenas, no solo en privado, sino incluso cuando había invitados. Es imposible que nadie diga "estoy sacrificándome" sin sentir amargura. Una de las contradicciones de mamá era que creía a pies juntillas en la nobleza de la devoción, si bien al mismo tiempo tenía gustos, aversiones y deseos que eran demasiado poderosos para que ella no odiase cualquier cosa que se opusiera a ellos. Se rebelaba continuamente contra las obligaciones y las restricciones que ella misma se había infligido».

Tuvo que ser durísimo para las hermanas ver de qué manera el núcleo familiar se deterioraba: su padre las ridiculizaba y su madre se volvió autoritaria y posesiva. Simone nunca sintió que podía tener una relación de confianza con su madre. En *Memorias de una joven formal* explicó cómo aprendió que era mejor no contarle ciertas cosas; por ejemplo, «una curiosa sensación de picor entre mis piernas, cualquier cosa que tuviese que ver con el fruto de sus entrañas o los vínculos de sangre. Todo eso era terreno prohibido. No era adecuado hablar de cosas corporales». Simone se educó, como muchas de nosotras, en la creencia de que su cuerpo, en conjunto, «era vulgar y ofensivo».

Justo el año en que se instalaron en la Rue de Rennes fue cuando comenzó a tener sueños agitados y pesadillas: soñaba que un hombre saltaba sobre su cama, hundía la rodilla en su estómago y la ahogaba;

soñaba que despertaba y que su agresor seguía allí, aplastándola. Como tenía incluso vértigos, su madre la llevó al médico: le dijeron que era la «formación». ¿La formación? ¿Querían decir que su cuerpo estaba cambiando, a punto de romperse? «Yo aborrecía esa palabra y el sordo trabajo que se efectuaba en mi cuerpo. Envidiaba a las mujeres, su libertad, pero me repugnaba la idea de ver mi pecho hincharse; había oído antes a las mujeres adultas orinar con un ruido de catarata: al pensar en los odres henchidos de agua que encerraban sus vientres, yo sentía el mismo espanto que Gulliver el día en que las jóvenes gigantes le descubrieron sus senos.»

Y así, sin saber muy bien cómo, una húmeda mañana de julio de 1919, a Simone le vino la regla por primera vez: «Me desperté aterrada: mi camisón estaba manchado». Aterrada, como todas. Muchas mujeres tenemos una historia más o menos terrorífica de nuestra primera regla. Simone lavó el camisón, se vistió de nuevo y volvió a ensuciarse. No sabía qué era aquello. Solo su prima Madeleine le había hablado alguna vez de la sangre como si fuera una imprecisa profecía, pero Simone nunca la había creído del todo. Pensó que estaba enferma. Inquieta, incluso sintiéndose culpable, recurrió a su madre. Françoise le dijo que se había hecho «una niña grande»: «Sentí un vivo alivio enterándome de que no era culpable de nada; y como cada vez que me ocurría algo importante, hasta sentí una especie de orgullo».

En cambio, su padre, cuando volvió aquella noche, bromeó sobre la nueva condición de Simone, que sintió que se consumía de vergüenza. La niña que fue había fantaseado muchas veces con la idea de que la cofradía femenina ocultaba cuidadosamente a los hombres «su tara secreta». Pero nunca pudo imaginar que frente a su padre, a los once años, se sentiría caída para siempre, impura, otra.

Si su padre ya no la consideraba pura, su madre comenzó a juzgar su cuerpo

como «indecente». Fue justo en la boda de su tía Lili cuando se dio cuenta de las miradas dirigidas a su cuerpo, de cómo los hombres se sentían seducidos por la que era entonces una niña. Aquellos ojos clavándose en sus pechos la abrumaron. Su madre se percató de que su vestido de espumilla beis ya no tenía nada de infantil y que subrayaba su indecencia, la indecencia de un cuerpo de mujer que asomaba. Su madre no podía consentirlo: la obligó a quitarse el vestido y vendó sus pechos con tanto esmero que Simone tuvo la impresión de estar ocultando bajo la blusa un defecto molesto. «En el aburrimiento de la ceremonia y de un interminable banquete, yo tenía tristemente conciencia de lo que confirman las fotos: mal vestida, pesada, vacilaba entre la niña y la mujer.»

Su cuerpo cambiaba y su existencia también: el pasado se alejaba de ella. Simone y Poupette se preguntaban con inquietud si el cariño y afecto que se profesaban soportaría el paso de los años. Simone se daba cuenta de que las personas mayores no compartían juegos ni placeres como ellas. No conocía a ningún adulto que pareciera divertirse mucho. Y ante su insistente pregunta, le respondían a coro: «La vida no es alegre, la vida no es una novela». Vamos, una decepción. Supongo que todos hemos percibido con espanto en algún momento la idea de la vida adulta como un destino irremediable, acechante y terrible. Un cuento que acaba mal.

A Simone la monotonía de la existencia adulta siempre le había dado lástima, pero creía que podría salvarse si se esforzaba en ser mejor que sus padres, mejor que sus compañeras, si leía y estudiaba mucho, si amaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, muy pronto intuyó que la vida de una mujer incluía una doble frustración: la de ser adulta y la de cuidar de otros. «Una tarde, estaba ayudando a mamá a lavar los platos; ella los lavaba y yo los secaba; por la ventana, veía la pared del cuartel de los bomberos y unas cocinas donde otras mujeres frotaban cacerolas o pelaban verduras. Cada

día, el almuerzo, la comida; cada día lavar platos; esas horas infinitamente repetidas que no llevan a ninguna parte: ¿viviría yo así?» De repente, una imagen se formó en su cabeza, una imagen de una claridad desoladora que recordaría siempre: una hilera de cuadrados grises, todos idénticos y que iban disminuyendo de tamaño según las leyes de la perspectiva, una línea que se extendía hasta el horizonte: eran los días, las semanas y los años. Todas las noches Simone se había dormido un poco más rica, un poco más sabia; pensaba que había una meta hacia la que dirigirse, un destino en nada parecido al de los otros, un futuro que solo le correspondía a ella. Pero después de aquella tarde fregando platos con desgana, se planteó la posibilidad de que, quizá, su destino sería una árida meseta: no había meta a la que dirigirse y, entonces, ¿para qué caminar?

Su propia fuerza, esa que comenzaba a forjarse entonces, la hizo aspirar a una vida en que no tuviera que fregar platos ni cuidar de un marido y unas hijas. Con qué claridad lo vio desde pequeña: «No, me dije mientras ordenaba en la alacena una pila de platos; mi vida me conducirá a alguna parte. Felizmente no estaba condenada a un destino de ama de casa». Su padre no era feminista, eso ya lo sabemos, como casi todos los padres. Admiraba la sabiduría de la escritora Colette Yver cuyas protagonistas eran abogadas y doctoras, pero terminaban por sacrificar su carrera a favor de la armonía del hogar. Su padre sabía también que no eran ricos y que la necesidad hace la ley: «Vosotras, hijitas, no os casaréis», repetía a menudo. «No tenéis dote, tendréis que trabajar.» Y quizá aquel mandato paterno le ofreció el refugio necesario para no renunciar a su vocación a pesar de las circunstancias y la época. Simone prefería infinitamente la perspectiva de un oficio a la del matrimonio. Había mucha gente que había hecho cosas y ella también quería hacerlas. Quería escribir, pero no creía lo suficiente en su escritura.

No fue la única escritora que dudó de sí misma, de su voz —hubo muchas antes y después—. Jane Austen, por ejemplo, quiso mantenerse al margen de todas las convenciones a que estaba condenada por el hecho de ser mujer porque temía, al igual que Simone, que el matrimonio y la casa, con todo lo que ello conlleva, terminaran convirtiéndose en una cárcel. Jane tuvo que desarrollar su ingenio para sortear las obligaciones femeninas y encontrar tiempo para escribir. El siglo XX proporcionó a Simone la fuerza y las herramientas para no sufrir de la misma manera en que lo hizo Jane, una mujer obligada a sacar tiempo para sí misma sin ofender a sus familiares ni desafiar las convenciones, que tenían reglas muy claras para las parientes solteras.

El tema de cómo se forma la conciencia de la escritora y cómo debe lidiar con la vida cotidiana es una batalla en la que también se vio inmersa Louisa May Alcott y que dejó traslucir a través de Jo March, la protagonista de *Mujercitas*, una de las novelas favoritas de Simone. Cuando Simone leyó *Aquellas mujercitas*, que era la continuación de *Mujercitas*, había pasado un año o más desde que había dejado a Jo y a Laurie, sonriendo juntos al porvenir. En cuanto tuvo entre sus manos el pequeño volumen en rústica de la colección Tauchnitz, en que se terminaba su historia, lo abrió al azar: cayó en una página que la puso al corriente de forma brutal de la boda de Laurie con la hermana pequeña de Joe, «la rubia, vana y estúpida Amy». Entonces Simone arrojó el libro como si le hubiera quemado los dedos: ¿acaso no podía perseguirse el sueño de ser escritora y el amor a la vez? (¡Qué injustas fuimos con Amy!) ¿Cuántas batallas debía vencer una mujer que quisiera tomar el control de su propia vida?

Algunos capítulos antes de que Laurie y Amy se declaren su amor, Alcott escribe lo siguiente, que podría interpretarse como una advertencia a las jóvenes lectoras de entonces, para que eligieran bien: «Como todo el mundo

sabe, en Norteamérica las muchachas firman primero su declaración de independencia y disfrutan de la libertad con republicano entusiasmo, pero, cuando se casan, abdican en favor de su primer vástago y viven más encerradas que una monja de clausura francesa, aunque, eso sí, sin el voto de silencio. Les guste o no, lo cierto es que, una vez superada la emoción de la boda, la mayoría de las jóvenes recién casadas quedan prácticamente arrinconadas».

Durante varios días Simone permaneció abrumada por una desdicha que la había afectado en lo más vivo: Laurie, el hombre al que ella amaba y por el que se creía amada, la había traicionado por una tonta. Aborreció a Louisa May Alcott con la vehemencia que la caracterizaba. Todas las que leímos *Aquellas mujercitas* a los diez años la aborrecimos igual. ¿Es que acaso para no estar sola en esta vida había que ser dócil, tonta, sumisa? Lo que ni Simone ni yo ni el resto de las lectoras sabíamos por entonces es que lo que Alcott quería era la libertad de Jo. Las lectoras le escribían decenas de cartas pidiéndole que la casara con Laurie, su editor le proponía el mismo porvenir para su protagonista, pero ella se negaba a darle esa vida. La escritora norteamericana Tillie Olsen se preguntó qué necesita una escritora para funcionar a pleno rendimiento: «Vidas totalmente entregadas y dedicadas, todo el tiempo necesario para el trabajo, la totalidad del yo». Un siglo antes, Alcott tenía en la cabeza ese mismo pensamiento, quería que Jo fuera libre para entregarse a su vocación, que fuera capaz de perseguir sus sueños y no renunciar a quien era y a lo que más amaba: la literatura.

2

Zaza, Maggie y Simone

Deseaba una pluma, papel, y saber usarlos.

Una lee los volúmenes de la autobiografía de Simone como si todo lo que cuenta acabara de ocurrirle, como si más que unas memorias fueran un diario. Empecé a leer sin dudar de ella, confiando ciegamente en sus recuerdos. La biógrafa, que no quiere ser una cirujana con bisturí, acepta el pacto y la sigue embobada a cada paso, sin cuestionarla. ¿Quién mejor que ella iba a contarme su vida? ¿Acaso Simone no reivindicó el derecho a tener su propia historia, escribiendo sobre ella misma? «Prefiero ser yo quien hurgue en mi pasado a dejarlo en manos de los demás», escribió. Pero comenzó a *autobiografiarse* a los cuarenta y ocho años, después de haber escrito *El segundo sexo* y sabiendo bien qué debía contar y qué no. «A los quince años deseaba que algún día la gente leyera mi biografía con conmovida curiosidad; si quería convertirme en una autora conocida era con esa esperanza. Después pensé, a menudo, escribirla yo misma.» Así lo hizo y, al menos, así la he leído yo, con conmovida curiosidad, con tristeza, dolor y emoción. En octubre de 1956, Simone se embarcó en el relato de su infancia, «un viejo proyecto» para ella.

En *Memorias de una joven formal* comienza a vislumbrarse el largo combate que Simone mantuvo por ser ella misma, por tener el poder de elegir su propia vida y, sobre todo, su batalla con la escritura como forma de vida. Mientras se las ingeniaba para decidir quién quería ser, apareció en su vida una niña, otra de esas chicas «raras», que la cambiarían para siempre: Élisabeth Lacoin o, como le gustaba llamarla, Zaza. La vida de la chica la impresionó desde el primer momento. Zaza había sufrido un accidente muy grave que la condicionaría para siempre. A Simone nunca le había pasado nada grave y aquello era algo que envidiaba de Zaza. Sin grandes acontecimientos, la vida de una carece de interés para contarla, pensaba Simone. Un día Zaza «estaba asando patatas en el campo cuando su vestido empezó a arder; con quemaduras de tercer grado en el muslo, había pasado noches enteras aullando; permaneció un año acostada; bajo la falda pegada a la piel estaba todavía la ampolla». Zaza le pareció enseguida un personaje. Para Simone, cuanto decía la chica nueva de la clase era interesante o divertido. Las profesoras comenzaron a llamarlas «las dos inseparables» porque todo lo hacían juntas y se picaban la una a la otra por ser las mejores de la clase.

La primera vez que Simone y Poupette fueron a la Rue Varennes, donde vivía Zaza, se quedaron espantadísimas de la vida que llevaba su amiga: eran nueve hermanos y hermanas y un montón de primos y amigos que corrían, saltaban, se peleaban, trepaban sobre las mesas y gritaban sin parar. Viniendo de donde venían Simone y Poupette, el ambiente de aquella casa les pareció muy distinta a la suya, muy liberador: «Al final de la tarde, la señora Lacoin entraba en la sala, levantaba una silla, enjugaba sonriendo una frente sudorosa; me asombraba su indiferencia ante los chichones, las manchas, los platos rotos: nunca se enojaba». Cuando Simone y Zaza se cansaban de tanto alboroto, se escondían en el despacho del señor Lacoin y,

a salvo del barullo, conversaban. Para Simone era un placer nuevo; sus padres le hablaban y ella les hablaba, pero no charlaban juntos. «Con Zaza tenía verdaderas conversaciones. Hablábamos de nuestros estudios, de nuestras lecturas, de nuestras compañeras, de nuestras profesoras, de lo que sabíamos del mundo: no de nosotras mismas. Nuestras conversaciones nunca tomaban un cariz confidencial.» Se lo tomaban tan en serio que no se permitían ningún tipo de cordialidad y usaban el «usted» ceremoniosamente como dos viejas camaradas.

En Zaza descubrió Simone la posibilidad de ser ella misma sin tapujos ni reservas, es más, descubrió que podía ser una mejor versión de sí misma. Las dos amaban los libros y el estudio y, según Simone, su amiga estaba dotada de gran cantidad de talentos de los que ella carecía, por ejemplo, el de cocinar. Zaza horneaba bizcochuelos o caramelos, pinchaba en una aguja de tejer cascos de naranja, dátiles, ciruelas, y los metía en una cacerola donde hervía un almíbar que olía a vinagre caliente. El resultado eran unas frutas disfrazadas con tan buen aspecto como el de las confiterías que tanto le gustaban a Simone. Además de tener mano para la cocina, Zaza escribía una *Crónica familiar* que redactaba semanalmente para contar a sus abuelos, abuelas, tíos y tías y demás parientes que vivían lejos de París lo que ocurría en la familia Lacoin y copiaba a mano un ejemplar para cada uno. Su relato no era tan solo vivaz, sino que parecía un verdadero diario.

No se acababan ahí los talentos de Zaza: tomaba con Simone lecciones de piano, pero no tardó en superarla; era enclenque, de piernas flacuchas y, aun así, lograba hacer unas proezas con su cuerpo que Simone no podía imitar: daba saltos en los parques, trepaba a los árboles, se colgaba de las ramas por los pies y mostraba una soltura que lograba deslumbrar a su amiga. Incluso iba sola y sin miedo a pie desde su casa hasta la escuela Desir, y nunca adoptó los modales «rebuscados» de Simone, sino que en

tono cortés, pero desenvuelto, trataba a sus maestras casi de igual a igual. «Sometida a leyes, a deberes, a prejuicios, me gustaba, sin embargo, lo que era nuevo, sincero, espontáneo. La vivacidad y la independencia de Zaza me subyugaban.» Zaza era todo lo libre e independiente que Simone deseaba ser. Zaza era la Pippi Calzaslargas de Anita, la Lila de Lenù de *La amiga estupenda*. Zaza tenía una vida aparte, más caótica, más espontánea, una vida y un carácter que Simone anhelaba, no solo por la alegría que reinaba en la familia de su amiga, sino por la confianza y la seguridad en sí misma que emanaban de ella.

Ese reflejo que le ofrecía el mirarse en Zaza hizo que Simone se replanteara muchas cosas acerca de qué clase de niña era y qué clase de persona quería ser: «Zaza era mi mejor amiga: no había nada más que decir. En un corazón bien ordenado, la amistad ocupa un lugar honorable, pero no tiene ni el brillo del misterioso Amor, ni la dignidad sagrada de las ternuras filiales. Yo no ponía en tela de juicio esa jerarquía». El año en que Simone conoció a Zaza, en octubre, sintió que algo se rompía dentro de ella. El olor y los tonos rojizos del otoño en los Jardines de Luxemburgo por donde solía pasear ya no la conmovían; el cielo estaba como empañado para ella, no era de ese azul intenso que recordaba. Las clases la aburrían y aprendía las lecciones sin esfuerzo ni alegría, con una indiferencia que la abrumaba. ¿Sería quizá ese el primer momento en que Simone sintió la conciencia de su propio fracaso, de su pérdida? Cuando debía estar saltando y correteando por los parques como la niña que era, Simone reconocía que su pasado había perdido el colorido, que los días carecían ya de gusto para ella, que lo tenía todo, pero todo le parecía vacío. Caminaba por el Boulevard Raspail junto a su madre y se preguntaba de pronto con angustia: «¿Qué ocurre? ¿Es esto mi vida? ¿No es más que esto? ¿Esto seguirá siempre así?». Ante la idea de enhebrar a vista perdida, semanas, meses, años que ninguna

espera, ninguna promesa iluminaría, su respiración se detuvo: «Parecía que sin prevenir, el mundo había muerto. Tampoco sabía cómo nombrar ese desamparo».

La precocidad de Simone se me antoja dolorosa. En la biografía que Danièle Sallenave escribió sobre ella, *Simone de Beauvoir, contra todo y contra todos*, se cuenta que por muy dotada que se esté para la felicidad, y Simone lo estaba, esta no se logra sin lucha, se construye poco a poco. Sin embargo, vemos a Simone arrastrándose durante muchos días, de hora en hora, de un día al siguiente, con las piernas flojas. Era tan pequeña todavía que no conocía las palabras para nombrar su dolor. Una tarde estaba cambiándose en el vestuario del colegio y, de repente, apareció Zaza. Se pusieron a hablar, a contar, a comentar; las palabras se precipitaban a sus labios y en su pecho giraban mil soles. En un deslumbramiento de alegría, se dijo: «¡Es ella lo que me faltaba!». Era tan radical su ignorancia de las verdaderas aventuras del corazón que no había pensado en que lo que la hacía sufrir era la ausencia de Zaza. «Necesitaba su presencia para comprender la necesidad que tenía de ella. Fue una evidencia fulgurante. Las convenciones, rutinas, clichés, volaron hechos añicos, y me sentí sumergida por una emoción que no estaba prevista en ningún código. Me dejé levantar por esa alegría que me inundaba violenta y fresca como el agua de las vertientes, desnuda como un hermoso granito.» Estaba enamorada. Simone describe en sus memorias cómo de aterrador era verla ir y venir, lejos de ella cuando toda su existencia —su corta existencia de diez años— se hallaba en manos de su amiga. «Si Zaza muere», se dijo, «me moriré yo también, de golpe, me deslizaré de mi asiento y caeré en el suelo, agonizando.» No pretendía que Zaza sintiera por ella un sentimiento tan definitivo: le bastaba ser su compañera preferida. «El amor no es la

envidia. No concebía nada mejor en el mundo que ser yo misma y querer a Zaza.»

La propia inseguridad de Simone la hacía pensar que Zaza la quería mucho menos que ella. Sin embargo, algo las distanciaba: para Simone lo más importante era la escuela, los estudios, las notas, pero Zaza era la tercera de nueve hermanos y cargaba con muchas responsabilidades familiares que la habían vuelto muy precoz. En cambio, Simone aún no tenía deberes de adulta. Lo que más le gustaba hacer cuando se quedaba sola era leer libros de la biblioteca paterna al azar: se sentaba en el hueco de un sillón de cuero y devoraba las novelas preferidas de juventud de su padre: Marcel Prévost, Guy de Maupassant, los Goncourt. Pero ningún autor lograba conmoverla, ninguno de esos libros le proponía una idea de destino que la satisficiera. Las relaciones con su familia eran cada vez más difíciles. Su hermana comenzaba a distanciarse, su padre la «encontraba fea» y su madre desconfiaba de ese fondo oscuro que adivinaba en ella. «Si hubieran leído mi cabeza, mis padres me habrían condenado; en vez de protegerme como antaño, su mirada me ponía en peligro.»

En aquellos años, Simone encontró en el paisaje su mayor refugio. Comenzó a dudar de su fe en Dios y su amor por el campo cobró «tintes místicos». Su ruptura con la fe tuvo lugar en Meyrignac, en Lemosín, la provincia originaria de su abuelo paterno. Fue allí donde comprendió que el amor por la naturaleza nunca la abandonaría. Algunos de los fragmentos más hermosos de sus memorias se encuentran en las descripciones de los paisajes que le arrebataron el corazón. Por ejemplo, la luz que había en los veranos de su infancia en el campo de su abuelo en Meyrignac la recordaría el resto de su vida. Cuando se acercaba a la adolescencia quiso que la naturaleza le descubriese algunas maneras visibles y tangibles de existir que

nunca se había planteado. En aquellas tierras aprendió «las mañanas ingenuas y la melancolía crepuscular, los triunfos y las decadencias, las resurrecciones, las agonías». En cuanto ponía los pies en Meyrignac, se perdía en el infinito. «Cuando la luna se alzaba en el cielo, yo comulgaba con las lejanas ciudades, los desiertos, los mares, las aldeas que en el mismo momento se bañaban en su luz. Ya no era una conciencia vacante, una mirada abstracta sino el olor ondulante de los trigos negros, el olor íntimo de los brezos, el espeso calor del mediodía o el estremecimiento de los crepúsculos; pesaba mucho; sin embargo, me evaporaba en el espacio, ya no tenía límites.»

Por las noches, le gustaba sentarse entre los mismos matorrales y observar cómo caía la tarde y el sol se ocultaba detrás de la misma colina porque los colores nunca eran idénticos: unas veces rojos, otras rosados o carmines, purpúreos y violáceos. A Simone la reconfortaba la idea de que, cuando se alejaba, «el paisaje se deshacía, ya no existía para nadie: no existía en absoluto». A lo largo de las miles de páginas que escribió hizo decenas de descripciones de paisajes, montañas y avenidas. Puede parecer que esos momentos no tuvieran relevancia en su vida, pero poco a poco, a medida que iba creyendo en ella y se hacía más libre, fue adquiriendo un mayor gusto por los paisajes, por las caminatas y se convirtió en una paseante «fanática». Cuando volvía a París, se sentía extraña. Salía a su balcón y solo veía techos, y el cielo no era más que un espacio geométrico entre las cornisas de los edificios. No había matorrales ni árboles bajo los que sentarse a leer. No cuesta imaginarse a Simone asomada a su balcón de la Rue de Rennes echando de menos sus días en el campo, con «el corazón vacío, los ojos llenos de lágrimas».

Lejos de Meyrignac, lo que más feliz hacía a Simone era el deseo de «consagrar *su* vida a tareas intelectuales». Tenía muchas discusiones con

Zaza por el tema. Su amiga pensaba que «traer nueve hijos al mundo como hizo mamá vale tanto como escribir libros». Y aquello escandalizaba a Simone: «Yo no veía una medida común entre esos dos destinos. Tener hijos, que a su vez tendrían hijos, era repetir al infinito el mismo aburrido estribillo; el sabio, el artista, el escritor, el pensador creaban otro mundo, luminoso y alegre, donde todo tenía su razón de ser. Allí quería yo pasar mis días; estaba decidida a hacerme un lugar». Lo único que Simone tenía claro era que quería convertirse en escritora. Le gustaba compararse con un roble porque este dominaba el paisaje donde las briznas de hierba todas idénticas se sucedían y repetían hasta la muerte. El roble no tenía semejante y ella sería como él.

Si en la infancia había dudado de su vocación, a partir de los quince años lo tuvo claro: «Ser una autora célebre». Así lo escribió en el álbum de una compañera de clase cuando le preguntaron qué quería ser de mayor. «Codiciaba ese porvenir, excluyendo cualquier otro.» Al llegar la noche, Simone escribía en su diario todo lo que le ocurría durante el día, cuanto deseaba era «una pluma, papel, y saber emplearlos». Tras haber perdido completamente la fe en Dios, pensó que solo así compensaría la eternidad perdida: «Ya no había Dios para quererme, pero estaría en millones de corazones». Debo confesar que al leer estas afirmaciones escritas a los cuarenta y ocho años por un mito del feminismo sentí cierto asombro. ¿Qué clase de autoestima tenía esta escritora para querer ser a los quince años una autora célebre y declararlo sin ningún tipo de reparo? ¿Cuántas escritoras, pintoras, matemáticas habrá perdido la historia porque nadie, ni siquiera ellas mismas, creyeron en su vocación? A medida que fui leyéndola, comprendí que no podía ser de otra manera: llegó a ser quien fue porque siempre se tomó a sí misma y sus ambiciones muy en serio.

En aquellos años, Simone leyó una novela en la que vio reflejada su

propia vida: *El molino del Floss* de George Eliot (cuyo nombre auténtico era Mary Anne Evans, una escritora inglesa del siglo XIX que publicó durante toda su vida con seudónimo). Su lectura la impresionó aún más que *Mujercitas*. Lo leyó en inglés, precisamente en Meyrignac, recostada sobre el musgo entre los castaños. La protagonista era Maggie Tulliver, lectora, amante de la naturaleza y de la vida, una de esas chicas «raras» que tanto le gustaban. Y se reconoció en ella. Así cuenta Simone cómo se identificó con Maggie: «Su amistad con el jorobadito que le prestaba libros me emocionó tanto como la de Jo con Laurie: deseaba que se casaran… Pero también esta vez el amor rompía con la amistad. Maggie se enamoró del novio de una prima, Stephen, al que había conquistado involuntariamente. Comprometida por él, se negaba a casarse por lealtad hacia Lucy; la aldea hubiera disculpado una perfidia sancionada por justas bodas: en cambio, no le perdonaba a Maggie haber sacrificado las apariencias a la voz de su conciencia. Hasta su hermano estaba contra ella. Yo no concebía sino el amor-amistad; a mis ojos, los libros prestados y comentados juntos creaban entre un muchacho y una chica lazos eternos; me costaba comprender la atracción que Maggie sentía por Stephen. No obstante, puesto que ella lo amaba, no debería haber renunciado a él». Después de aquella renuncia, la chica se retiró al viejo molino, como una extraña, abandonada y desdeñada por todos. Simone lloró su muerte durante horas porque Maggie valía más que aquellos que la rechazaron. Desde entonces, vio en su aislamiento, en su rareza, una elección que le daría la fuerza para escribir. «A través de Maggie, me identifiqué con el autor: un día una adolescente, otra yo misma, mojaría con sus lágrimas una novela en la que yo le habría contado mi propia historia.»

3

El tumulto de la vida interior

¡Tengo veinte años y quiero vivir!

A los quince años, Simone sentía que llevaba una doble vida. De cara a sus padres, tenía las mismas obligaciones, se comportaba con la misma corrección de siempre y el sexo seguía siendo un tabú, pero en su cabeza ya no creía en nada, había perdido la fe en Dios y se sentía sola. Tenía a Zaza, sí, y también a Poupette, pero en su fuero interno la curiosidad se paseaba como una colonia de hormigas que la recorriera entera. Tenía ganas de investigar la vida y lo mejor que se le ocurrió fue entregarse, de nuevo, a los estudios para acabar cuanto antes, eso sí, esta vez al aire libre.

Justo antes de los exámenes de bachillerato, la primavera bullía en París y su madre le dio permiso para ir a estudiar a los Jardines de Luxemburgo. Simone se sentaba al borde del césped, junto a la fuente de Médicis y se sentía libre al fin. Más que estudiar, lo que le gustaba hacer aquellos días era rondar bajo los soportales del teatro Odéon de tenderete en tenderete donde los vendedores colocaban hileras de libros que ella leía de pie durante dos o tres horas. Allí descubrió, por ejemplo, la obra de Colette. Le gustaba pensar que allá donde hubiera libros su felicidad estaba garantizada.

Tenía permiso para acostarse tarde y cuando su madre y su hermana se iban a la cama y su padre a jugar al bridge, Simone se quedaba sola en el despacho paterno y pensaba en la vida «de verdad» que la esperaba cuando fuera a la universidad: «Me asomaba a la ventana, el viento traía bocanadas de un olor a follaje, a lo lejos brillaban las bombillas encendidas en otras habitaciones. Yo descolgaba los prismáticos de papá, los sacaba de su estuche, y como antes, espiaba las vidas desconocidas».

Superó los exámenes sin ninguna dificultad y lo mejor que se le ocurrió a su padre al felicitarla fue decirle que tenía «el cerebro de un hombre», que pensaba «como un hombre». Simone pertenecía a una clase social en la que el hecho de que una «señorita» cursara estudios superiores no estaba bien visto, era una señal de fracaso. Como escribe en *Memorias de una joven formal*, su padre «era de la opinión de que para brillar en esas esferas de la alta sociedad una mujer no solo tenía que ser hermosa y elegante, sino que también debía leer bien y ser buena conversadora. De modo que estaba satisfecho con mis primeros éxitos escolares. Pero aunque le gustaran las mujeres inteligentes y de ingenio, no tenía tiempo para sabiondas». Al darse cuenta de que sus dos hijas eran dos de esas chicas «raras», pues Simone quería ser escritora y Poupette, pintora, les anunció con amargura: «Queridas, nunca os casaréis. Tendréis que trabajar para ganaros la vida».

¿Podía una mujer elegir por entonces la existencia que quería llevar? Simone comenzaba a comprobar por ella misma que la vida intelectual —la lectura, la universidad, la carrera de escritora— y el poder para construirse una vida propia eran elecciones solo aptas para los hombres. No es extraño, pues, que desde niña se identificara con los hombres: no quería ser como su madre, prácticamente una mártir de su matrimonio, sino libre, no casarse y no supeditar su voluntad a la de nadie. Pero ¿podría hacerlo? Su primo Jacques cobró mucha importancia en aquellos años: la ayudaba en las

traducciones de latín, le recitaba versos, le hablaba de poetas y escritores que leía con fervor y le contaba cómo eran sus noches en los cafés parisinos. Eso es lo que quería Simone para ella. Aunque su padre pensara que tenía cerebro de hombre (¿cuántas veces hemos oído desde niñas que tenemos rasgos masculinos por ser listas o llevar el liderazgo o querer manifestar nuestras opiniones en voz alta? Recuerdo a un amigo de la infancia que dejó de hablarme porque yo sacaba mejores notas en todos los exámenes. ¡Cuántos despropósitos cometidos en nombre de la supuesta superioridad masculina!), la trataba como a una niña pequeña.

«Jacques y sus camaradas leían los verdaderos libros, estaban al corriente de los verdaderos problemas; vivían a cielo abierto: a mí me confinaban en la guardería.» Simone no desesperaba, algo dentro de ella la hacía confiar en su porvenir, y no se equivocaba. Aquella admiración por Jacques derivó en un profundo enamoramiento que le duraría hasta los veinte años y que la haría replantearse el asunto del matrimonio. «Su rostro diferente, malhumorado, sus ojos errantes, los libros que me había prestado, sus semiconfidencias: todo me convenció de que vivía con el rostro vuelto hacia un futuro incierto… Vi en Jacques la perfecta encarnación de la inquietud.» Cuando se enteró de que el primo bohemio e intelectual iba a casarse con una chica de familia acomodada, aquellas fantasías se vinieron abajo y durante el resto de su vida no volvió a pensar en el matrimonio. Pero esa senda que le había mostrado su primo siguió explorándola en solitario o con Poupette. La vida estaba en otra parte. Muchas noches se iban de casa a hurtadillas para visitar los clubes como dos desconocidas que se encontraban por casualidad en el crepúsculo y compartían cigarrillos y cócteles. «Cuando mis padres salían a cenar, yo me precipitaba a la calle con mi hermana: rondábamos sin derrotero, tratando de asir un eco, un reflejo de las grandes fiestas de las que estábamos excluidas.» ¿Sería esta

una manera de demostrarle a su padre que, además de tener el cerebro de un hombre, estaba en su derecho de comportarse como uno? ¿Gozaba realmente de la libertad de actuar como un hombre, aunque fuera la trivial libertad de un hombre burgués?

De noche llevaba una doble vida y de día discutía con su padre por la carrera que debía elegir. Simone quería estudiar filosofía. En una revista había leído un artículo sobre Zanta, una filósofa que había llegado a doctorarse, que salía fotografiada en su escritorio. Así la describe Simone: «De rostro grave y reposado; vivía con una sobrina a la que había adoptado; así había logrado conciliar su intelecto con las exigencias de su sensibilidad femenina». Pero su padre deseaba que fuese funcionaria, que trabajase, por ejemplo, como bibliotecaria si tanto le gustaban los libros, así se aseguraría un sueldo fijo y una jubilación; ya que no iba a casarse, al menos que no tuviera que seguir preocupándose por su economía. En *Memorias de una joven formal*, Simone relata cuando fue por primera vez a la Sorbona con su madre para preguntar cómo podía trabajar de bibliotecaria. «Recorrí corredores tapizados de libros en los cuales se abrían despachos llenos de ficheros. De niña había soñado vivir entre esa polvorienta sabiduría y hoy me parecía penetrar en el sanctasanctórum. La señorita nos describió las bellezas pero también las dificultades de la carrera de bibliotecaria: la idea de aprender el sánscrito me espantó; la erudición no me tentaba.» La idea de la filosofía no se le iba de la cabeza: «Yo siempre había deseado conocerlo todo; la filosofía me permitiría alcanzar ese deseo, pues apuntaba a la totalidad de lo real; se instalaba enseguida en su centro y me revelaba, en vez de un decepcionante torbellino de hechos o de leyes empíricas, un orden, una razón, una necesidad. Ciencias, literatura, todas las otras disciplinas me parecieron parientes pobres».

Pero ¿cuántas mujeres habían llegado a doctorarse en filosofía en

Francia? Simone sabía que las pioneras podían contarse con los dedos de una mano, y ella quería ser una de ellas. Sabía que la única profesión que podría ejercer con esa carrera sería la de enseñanza, pero no le importaba demasiado. Su madre no estaba muy de acuerdo. Había hablado con las maestras de su escuela y se había inquietado porque le aseguraron que «la filosofía corroía mortalmente las almas y que en un año de Sorbona Simone perdería su fe y sus buenas costumbres». Sabemos que ya era algo tarde para plantearse aquello; la fe de Simone estaba más que perdida, pero su madre no quería admitirlo. La joven aceptó sacrificar la filosofía a las licenciaturas de clásicas y matemáticas que ofrecían, según su padre, más posibilidades. Lo único que Simone no estaba dispuesta a sacrificar era su decisión de enseñar en un instituto. Ya no quería ser bibliotecaria. Su padre tenía una concepción terrible de las profesoras, mientras que para su madre y sus maestras la única explicación posible era que Satanás la había embaucado. Pero Simone estaba exultante: estudiaría una carrera, haría los exámenes para convertirse en profesora y sería, al fin, libre. «Tendida sobre las hojas secas, la mirada aturdida por los colores apasionados de las viñas, me repetía las palabras austeras: licenciatura, agregación. Y todas las vallas, todos los muros se esfumaban. Yo avanzaba al aire libre, a través de la verdad del mundo. El porvenir ya no era una esperanza, yo lo tocaba. Cuatro o cinco años de estudio y luego toda una existencia que yo moldearía con mis manos. Mi vida sería una hermosa historia que se volvería verdadera a medida que yo me la fuera contando.»

Dicho eso, siempre hay un momento en que sentimos que todo está perdido en las historias que nos contamos para sobrevivir. Para Simone, uno de esos instantes fue cuando llegó a la Sorbona a estudiar las asignaturas de literatura clásica y se dio cuenta de que la universidad no era más que la prolongación de las clases de instituto. Los profesores carecían de

entusiasmo y repetían una vez tras otra aquello que habían escrito en sus tesis doctorales, más o menos como en la universidad española actual. Simone se percató de que había una desconexión asombrosa entre lo que ella quería aprender y lo que le enseñaban. Su curiosidad no tenía límites, pero lo que ansiaba conocer no lo encontraría entre aquellas paredes. Le gustaba consolarse observando a los estudiantes que, sentados a su alrededor en el aula, la intrigaban y atraían: todas aquellas vidas extrañas, tan ajenas a la suya, tan íntimas y oscuras, tan desconocidas como las de los paseantes que observaba desde su balcón. Su carácter tímido prevalecía aún y no se atrevía a hablar con nadie; tampoco nadie se atrevía a hablar con ella. Por aquellos días de universidad murió su abuelo y su madre decidió continuar la tradición familiar de imponer el luto a sus hijas, y así mandó a teñir toda su ropa de negro: «Esa librea fúnebre me afeaba, me aislaba y me pareció que me condenaba definitivamente a una austeridad que empezaba a pesarme». Toda vestida de negro, con sus amplias faldas y sus tristes blusas, se sentaba en un banco a observar cómo en el Boulevard Saint-Michel los jóvenes paseaban, se reían, tomaban café y entraban en el cine o el teatro. Seguía sin llegar el momento en que Simone viviría de verdad. ¿Acaso la vida era leer tesis todo el día, traducir a Catulo en clase y estudiar matemáticas de noche? «Mis padres rompían con las costumbres orientándome no hacia el casamiento sino hacia una carrera: sin embargo, en la vida cotidiana, seguían sometiéndome a ellas; ni pensar en dejarme salir sola, sin ellos, ni en evitarme las obligaciones de familia.»

Las amigas del colegio no habían cambiado mucho, pero sus vidas comenzaban a separarse: Simone estudiaba y las demás se adaptaban a sus futuras existencias de esposas y madres. Zaza era su única amiga de verdad, pero la madre de esta miraba con malos ojos a Simone porque desatendía sus tareas domésticas por la lectura. Simone se acercaba a los veinte años y

todavía no le había ocurrido nada interesante. Todas las noches bajaba la basura al patio y «mientras vaciaba en el cubo común las cáscaras, las cenizas, los papeles viejos, interrogaba al cuadrado del cielo por encima del patiecito; me detenía a la entrada del edificio; los escaparates brillaban, los coches se deslizaban sobre la calzada, los transeúntes pasaban; afuera, la noche vivía. Yo volvía a subir la escalera, apretando con repugnancia el asa un poco grasienta del cubo de la basura».

La señora Lacoin fue varias veces a casa de los Beauvoir para quejarse de la mala influencia que ejercía Simone sobre su hija, pero Zaza no quería renunciar a su amistad. Se veían muy a menudo y salían a pasear; les asombraba ver a la gente sentada en los cafés a todas horas y Zaza se preguntaba qué hacía toda esa gente allí, «¿No tienen casa?». Les gustaba pasear por los Jardines de Luxemburgo y los Campos Elíseos, sacar libros de la biblioteca de Adrienne Monnier y sentarse en las sillas de hierro al borde de las fuentes. Estudiaban griego juntas e iban a conciertos y a ver exposiciones de pintura que la madre de Zaza condenaba. Las amigas comenzaban a estar cansadas de las presiones familiares. Por aquellos días, Zaza le escribió una carta a Simone donde le decía: «Yo había vivido desde los quince años en una gran soledad moral, sufría al sentirme aislada y perdida; usted ha roto mi soledad».

La chica «rara» (¿alguna vez la abandonaría aquella sensación de extrañeza que la separaba de todo y de todos?) se refugió en la lectura y la escritura. Simone comenzó a llevar un diario que, póstumamente, se publicaría como *Diarios de juventud* y contenía la siguiente advertencia en la primera página: «Si alguien, quienquiera que sea, lee estas páginas, no se lo perdonaré jamás. Hará así una acción mala y fea. Ruego respetar esta advertencia pese a su ridícula solemnidad». En aquellas páginas escribía

cosas como «estoy sola. Uno siempre está solo. Siempre estaré sola». Se sentía tan abandonada y desorientada que nada la calmaba. Superó los primeros exámenes de matemáticas y latín con éxito, pero aquello no la entusiasmaba lo más mínimo. Una profesora que daba clases de filosofía en la escuela Sainte-Marie la animó a retomar su primer proyecto y sus padres, al ver que Simone se necesitaba nuevos estímulos, no se opusieron. Pero algo en ella la hacía amar la literatura por encima de todas las cosas. Estaba un poco perdida: «Prefería la literatura a la filosofía. Lo que yo soñaba era escribir una "novela de la vida interior"; quería comunicar mi experiencia; dudé. Me parecía sentir en mí "un montón de cosas que decir"; pero no me daba cuenta de que escribir es un arte y yo no era una experta».

Aquella primera novela nació en las vacaciones de verano en Meyrignac. Como no podía ser de otra manera, la heroína tenía la edad de Simone, dieciocho años, y así resume la autora su argumento: «Pasaba las vacaciones en familia en una casa de campo donde estaba a punto de llegar su novio, a quien amaba sin pasión. Hasta entonces ella se había avenido a la trivialidad de la existencia. De pronto, descubría otra cosa. Un músico de genio le revelaba los verdaderos valores: el arte, la sinceridad, la inquietud. Ella reparaba en que había vivido en la mentira, y en ella nacía una fiebre, un deseo desconocido. El músico se iba. El novio llegaba. Desde su cuarto en el primer piso, ella oía un alegre bullicio de bienvenida, vacilaba. Le faltaba valor. Bajaba la escalera y entraba sonriendo en el salón donde los demás la esperaban». Una heroína que deseaba una vida distinta a la que llevaba y que por respetar las convenciones sociales renunciaba a sus deseos; una heroína que recuerda en cierta manera a Maggie Tulliver. Esa fue la primera vez que Simone se tomó en serio la escritura.

Durante los últimos cursos de Filosofía y Letras, también daba clases en el bachillerato de Sainte-Marie. Todos los días atravesaba París de un lado a

otro y le gustaba detenerse a mirar los montoncitos de hojas secas que se acumulaban en el borde las aceras. Estaba dispuesta a acabar de estudiar lo antes posible para empezar su vida de verdad, así que estableció un riguroso plan de estudio.

Ninguna de las mujeres de su entorno era feliz. Su hermana estaba a disgusto en una escuela de artes y oficios y por las noches lloraba en la cama lamentándose. Zaza se ganaba la vida como dependienta en unos grandes almacenes. La perspectiva de enseñar en una escuela de provincias tampoco la hacía feliz. Esos momentos de desesperación *beauvoireana* abundan a lo largo de sus memorias: Simone pasó su juventud en el tiempo de los absolutos, debatiéndose entre la feliz euforia y la soledad más profunda, y sus cambios de humor no eran más que una respuesta a los esfuerzos que hacía diariamente para escapar de esa vida que no la hacía feliz.

En *Memorias de una joven formal*, llegó a escribir que engañaba su decepción diciéndose a la vez que un día lo poseería todo y que nada valía nada. Estaba sana, tenía apenas veinte años y se pasaba el día entre su casa y la biblioteca: «Toda esa vitalidad que no gastaba se desencadenaba más tarde en falsos torbellinos en mi cabeza y en mi corazón». Estaba tan cansada de sí misma, de esa atormentada y contradictoria «vida interior» que dejó de escribir su diario. Quería vivir aventuras. Y su hermana era la compañera perfecta. Si encontraban una buena coartada para escapar a la vigilancia materna, iban a ver obras de teatro de vanguardia al casino o caminaban por las calles de París contándose sus vidas. Ni siquiera en esas noches Simone dejaba de preguntarse: «¿Qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que puedo? Nada y nada. ¿Mi libro? Vanidad. ¿La filosofía? Estoy saturada. ¿El amor? Demasiado cansada. Sin embargo, ¡tengo veinte años y quiero vivir!».

Creía que aquel desasosiego no podía durar: no podía pasarse los días de estudio pensando que estaría mejor escribiendo, cuando escribía, sentir que la felicidad estaba en las calles de París, y en estar sentada en las escaleras del Sacré-Coeur bajo el cielo nocturno, para luego querer volver a su escritorio a seguir estudiando. En sus propias palabras, sería agotador seguir siempre como un «péndulo enloquecido que oscilaba frenéticamente de la apatía a las alegrías extraviadas». Tomó una determinación: dejó la licenciatura de clásicas —con gran pena del señor Beauvoir, a quien le parecía elegante que su hija acumulara dos licenciaturas— y comenzó a prepararse para las oposiciones de profesorado. Así ganaría un año. «De aquí a dieciocho meses habría terminado con la Sorbona, con mi casa, sería libre y empezaría otra cosa.» La impresión que tuve al leer sus memorias de infancia y juventud es que Simone pensaba que cualquier tiempo futuro sería mejor que su atormentado presente. Solo conseguía vivir el presente cuando, sentada en una de esas sillas de hierro de los jardines de París frente a los árboles y los matorrales, miraba morir la tarde.

4

Jean-Paul, Zaza y las puertas del cuarto propio

¡Ahora yo también estaba en mi habitación!

Cuando llegó el momento de prepararse para las oposiciones, Simone volvió a darse de bruces con la cuestión de ser mujer en un mundo que parecía hecho a la medida de los hombres, pero esta vez de la mano de una de sus compañeras de clase, la señorita Roulin: «Una mujer no puede esperar pasar las oposiciones antes de cuatro o cinco fracasos». La educación de Simone la había convencido de la inferioridad intelectual de su género y ella se contentaba pensando que, al ser mujer, cualquier éxito que consiguiese destacaría más que el de sus compañeros varones. Cuando leí sus memorias me sorprendió mucho ver de qué manera, aun sufriendo las dificultades propias de su género, Simone sentía que su futuro estaba tan abierto para ella como para cualquier varón. A lo largo de los miles de páginas autobiográficas que escribió, he comprobado que esta mujer jamás se rindió, que creyó en su vocación, en su talento, en sus ambiciones y nunca pensó que no lo lograría por el hecho de ser mujer. Ella sabía que la trataban con condescendencia, incluso con cierta amabilidad, porque no la veían como rival.

Simone conocía a casi todos sus compañeros excepto a un trío que le

resultaba hermético porque siempre se sentaba apartado de los demás. Jean-Paul Sartre, Paul Nizan y René Maheu (al que llama André Herbaud en sus memorias) tenían mala fama. Se decía que, desde las ventanas de su residencia, arrojaban bombas de agua sobre los compañeros más distinguidos que volvían de noche vestidos de esmoquin. No solo eran unos gamberros, sino que, según recuerda Simone, «carecían de simpatía por las cosas». Nizan y Herbaud estaban casados y de Sartre se decía que era el peor de los tres y «hasta lo acusaban de beber». Si estaban los tres juntos, no le hacían caso; cuando ella se encontraba sola con Herbaud, intercambiaban algunas palabras. Simone intuía cierta conexión con Herbaud y cuando comenzaron a verse en la Biblioteca Nacional, donde ambos estudiaban para el temido examen, solían ir a comer juntos. «Almorzábamos en una especie de *lunch-room* en el primer piso de una panadería; mis medios me permitían apenas pagarme el plato del día pero él me atiborraba con autoridad de pastelitos de fresa.» Después de los postres, paseaban por los jardines del Palais-Royal y se sentaban al borde del estanque. Así se hicieron amigos y Simone sintió hacia él cierta atracción. Era la primera vez que un chico llamaba su atención más allá del primo Jacques, al que todavía no había conseguido quitarse de la cabeza: «Imposible reducir el rostro de Herbaud a un símbolo; la mandíbula pronunciada, la gran sonrisa húmeda, las pupilas azules rodeadas de una córnea brillante, la carne, los huesos, la piel se imponían y se bastaban». Paseaban, conversaban y Simone sentía que, a través de los ojos de Herbaud, se gustaba más a sí misma. Él también estaba sorprendido: era la primera vez que tenía una amistad femenina. Al principio, la llamaba «señorita» y un día la bautizó como «Castor»: «Usted es un castor. Los castores andan en manada y tienen un espíritu constructivo».

Por lo que había leído en decenas de artículos sobre Beauvoir y Sartre,

Sartre y Beauvoir, la pareja de filósofos existencialistas, siempre imaginé que su primer encuentro habría sido mítico, pero nada más lejos de la realidad. A Jean-Paul —lo llamaré por su nombre de pila a partir de ahora— le costó un tiempo conocer verdaderamente a Simone. Una vez superado el examen escrito de la oposición, Herbaud iba a pasar unos días con su mujer y fue entonces cuando Jean-Paul le propuso «una entrevista» a Simone. Herbaud le pidió a su amiga que no fuera porque aquel aprovecharía su ausencia para acapararla. Sí, Simone comenzaba a ser algo así como una propiedad de ambos. Entonces, ella le hizo caso y mandó en su lugar a su hermana. Jean-Paul y Poupette fueron al cine y cuando volvió a casa, su hermana le contó a Simone que «la conversación no había sido fácil».

Mientras Simone preparaba el examen oral, la señora Lacoin, la madre de Zaza, planeaba en secreto la boda de su hija según la idea de que «la mujer no ama. Es el hombre quien ama». Después del bachillerato, Zaza solo consiguió estudiar un curso con Simone porque sucumbió a las presiones familiares, cosa que su amiga le reprochó duramente. Zaza estaba dispuesta a irse incluso a un convento para liberarse de la presión de su familia, pero acababa de conocer al filósofo Maurice Merleau-Ponty (Jean Pradelle en las memorias), un amigo que le había presentado Simone, y, sin saber muy bien cómo, se habían enamorado. No sé si Simone era consciente entonces de su fortuna: había podido elegir su carrera, al cabo de unos meses tendría su primer trabajo y podría dejar la casa de sus padres: tenía apenas veinte años y toda la vida por delante. Zaza contaba la misma edad que Simone, había nacido en el mismo barrio y, aun así, nunca había podido elegir su destino. Parecía que, bien mirado, no gozaban de la misma libertad que los hombres. En todo caso, cuando Simone se disponía a conocer al hombre que la acompañaría durante el resto de su existencia, la vida de Zaza se acercaba a un destino trágico.

Herbaud volvió de sus días de descanso y citó a Simone para que se uniera al grupo de estudio del trío de «mala fama». Así lo recuerda ella: «Yo estaba un poco asustada cuando entré en el cuarto de Sartre; había un gran desorden de libros y de papeles, colillas en todos los rincones, se podía cortar el humo con cuchillo. Sartre me recibió sin zalamerías; fumaba en pipa. Silencioso, con un cigarrillo pegado en la comisura de su sonrisa oblicua». Pero ¿quién era entonces Jean-Paul? Nacido dos años y medio antes que Simone, su padre había muerto cuando él era un niño y su madre, Anne-Marie, se había ido a vivir a la casa paterna. Lo educó su abuelo, profesor de inglés y alemán, que le enseñó idiomas desde niño. Acostumbraba escribirse cartas con su abuelo en versos alejandrinos. Cuando poco después su madre volvió a casarse con un ingeniero a quien Jean-Paul detestaba, se marcharon a La Rochelle, algo que afectó profundamente al filósofo. Tenía una relación un tanto edípica con su madre, que lo llevaba a pasear por los Jardines de Luxemburgo y lo inició en el cine y la música, dos pasiones que Jean-Paul cultivó el resto de su vida. Lisa Appignanesi lo describió así en su biografía de Simone: «Pequeño, bizco, compensaba su escaso atractivo físico con la fuerza innata de su desbordante personalidad y encanto». El joven aspirante a filósofo no tuvo reparos al describir a Simone cuando la conoció como una mujer «atractiva, bonita, pero mal vestida». Pasaron mucho tiempo juntos los días previos al examen oral y Simone le confesó a su hermana que Jean-Paul le parecía más divertido aún que Maheu.

Cuando fueron a ver las notas, Jean-Paul había quedado el primero (era la segunda vez que se presentaba), Simone la segunda, Nizan también aprobó pero Maheu no, y por eso tuvo que dejar París. Sin Maheu, Simone y Jean-Paul podían estar juntos durante todo el tiempo del mundo; o mejor, sin Maheu, Jean-Paul «estaba muy contento de poder acapararme». En los

muelles del Sena, Jean-Paul le compraba novelas y de noche «me llevaba a ver películas de cowboys por las que yo me apasionaba como una neófita, pues era versada sobre todo en el cine abstracto y en el cine de arte. En las terrazas de los cafés o tomando cócteles en el Falstaff conversábamos durante horas». Todos los artículos que yo había leído hasta entonces sobre la pareja, todas aquellas cuestionables páginas que hablaban de que él era el gran pensador y ella su discípula, solo podían tener sentido por esas palabras que Simone escribió en *Memorias de una joven formal* acerca de sus primeros días juntos y la impresión que le causó encontrar a otra persona que hubiera leído más que ella —me pasó algo parecido cuando llegué a la universidad y el enamoramiento me duró cinco lacrimosos años —: «Era la primera vez en mi vida que me sentía intelectualmente dominada por alguien. Sartre respondía exactamente al deseo de mis quince años: era ese doble en quien yo encontraba, llevadas a la incandescencia, todas mis manías. Con él, siempre podría compartirlo todo. Cuando nos separamos a principios de agosto, yo sabía que él nunca más saldría de mi vida».

Aunque las escribiera a los cuarenta y ocho años, estas eran las impresiones de una jovencísima Simone de apenas veintiuno que estaba todavía demasiado perdida para saber quién era y qué quería. Yo he aprendido mucho, muchísimo, leyéndola y, sobre todo, he descubierto la fortaleza y sensibilidad de una voz única que si bien tardó en emerger, se hizo más fuerte a medida que Simone escribía. Lo que me pareció vislumbrar en aquella Simone fue a una mujer que aspiraba a tener la misma libertad que cualquier hombre. Al fin y al cabo, Jean-Paul desde niño se había dedicado a leer, escribir, había recibido el apoyo familiar para desarrollarse intelectualmente y ese era el mayor anhelo de Simone: ser plenamente libre a fin de poder elegir.

El año 1929 fue para Simone decisivo: conoció a Jean-Paul, se mudó a vivir sola y perdió a su mejor amiga. Zaza estaba dispuesta a casarse con Merleau-Ponty, pero ni los padres de ella ni la madre de él estaban de acuerdo. Así se lo contó Zaza a Simone en una carta: «Mamá, sin pedirme una ruptura total, me ha hecho prever tantas dificultades y restricciones en nuestras relaciones que, asustada por una lucha que se renueva día a día, he terminado por preferir lo peor». Zaza llegó a ir a casa de Merleau-Ponty para suplicarle a la madre de este que los dejara estar juntos, pero ya era demasiado tarde. Me gustaría pensar que el final de *Memorias de una joven formal* no es real, sino producto de esa vocación novelesca de su autora, pero la realidad, a veces, supera en dramatismo a cualquier ficción. Así lo contó Simone: «Zaza tenía cuarenta grados de fiebre y deliraba. Durante cuatro días, en la clínica de Saint-Cloud, reclamó "mi violín, Pradelle, Simone y champán". La fiebre no bajó. Su madre pudo pasar la última hora junto a ella. Zaza la reconoció y supo que se moría. "No se entristezca, mamá querida; en todas las familias hay una oveja negra: yo soy la oveja negra"».

La última vez que Simone vio a su amiga del alma, a su primer amor, fue en la capilla de la clínica, acostada sobre un tapiz de cirios y flores vestida con un largo camisón. El pelo le había crecido y le caía en mechones sobre el rostro ya amarillento. Se habló de meningitis, de encefalitis, pero nunca se supo la causa exacta de su muerte. Aquella imagen póstuma de Zaza se le aparecería a lo largo de mucho tiempo. «Juntas», escribió Simone, «habíamos luchado contra el destino fangoso que nos acechaba y he pensado durante mucho tiempo que había pagado mi libertad con su muerte.»

Poco antes de la muerte de Zaza, después de aprobar su examen, Simone se mudó a vivir sola o prácticamente sola. En *La plenitud de la vida*, el segundo volumen de sus memorias, cuenta que, en septiembre de 1929, a los veintiún años y justo después de licenciarse en Filosofía, la deslumbró su libertad en París. La había soñado desde la infancia, en sus tiempos de estudiante y, de pronto, la tenía en las manos. Por la mañana, en cuanto abría los ojos, se desperezaba feliz, casi saltaba de la cama. Había sufrido tanto en la infancia por no disponer en su casa de un rincón solo para ella, que ahora casi no se lo creía. Se sabía de memoria una historia que leyó en la revista *Mon Journal* sobre una colegiala inglesa y el cuarto donde vivía: un pupitre, un diván y estanterías llenísimas de libros. Entre esas cuatro paredes, cuatro paredes que le pertenecían, la muchacha estudiaba, leía y tomaba el té. ¡Cómo la envidiaba! Pero ahora Simone también estaba en su habitación, en una de las habitaciones de la casa de su abuela que esta alquilaba a huéspedes. Era un quinto piso con balcón que daba a la Rue Denfert-Rochereau y desde donde podía ver las copas de los plátanos y el León de Belfort. Para calentarse encendía una estufa de queroseno que olía realmente mal, pero ella sentía que ese olor defendía su soledad y por eso le gustaba. Por fin estaba sola. «¡Qué alegría poder cerrar la puerta y pasar mis días protegida de todas las miradas!»

Le pagaba un alquiler a su abuela, que la trataba con tanta discreción como a sus demás huéspedes: nadie la vigilaba, era libre de salir siempre que quisiera. «Podía volver al alba o leer en la cama durante toda la noche; dormir en pleno día, quedarme encerrada durante horas seguidas, bajar una y otra vez a la calle.» En definitiva, podía hacer lo que le viniera en gana, como cualquier muchacha que abandona la casa de sus padres y vive en un piso compartido por primera vez. Exceptuando que la casera era su abuela y el apartamento gozaba de una situación privilegiada en su barrio preferido,

Montparnasse, a dos pasos de las Catacumbas, la Sorbona, los Jardines de Luxemburgo y los cafés donde le gustaba escribir. Meses atrás, mientras me documentaba para este libro, quise hacer un breve viaje a París para trazar un mapa, paso a paso, de todos los lugares —vivos todavía— por los que anduvo Simone. En *Wanderlust*, un ensayo sobre el arte de caminar de Rebecca Solnit, la autora comenta que los parisinos habitan sus calles y sus jardines públicos como si ocuparan salones o pasillos. En los cafés, a Simone le gustaba almorzar *bortsch*, una sopa de remolacha, en Dominique, por ejemplo, y de noche tomaba una taza de chocolate en La Coupole. Aquellos cafés y algunos otros donde pasaba las horas y escribió muchos de sus libros —La Coupole, La Rotonde, Le Dôme, Le Flore, Les Deux Magots— miran a la calle y, dice Solnit, que la inundan como si el teatro de transeúntes fuera demasiado interesante para perdérselo. En sus memorias Simone confiesa que, a los veinte años, le gustaban el chocolate, el *bortsch*, las largas siestas y las noches en vela pero, sobre todo, sus propios caprichos y el hecho de que casi nada los contrariaba. «Comprobaba alegremente que la seriedad de la vida con que los adultos me habían llenado la cabeza no resultaba muy pesada.» Superó los exámenes de licenciatura no sin esfuerzo, pero desde que había salido de la École Normale Supérieure no había encontrado demasiadas resistencias alrededor. Por entonces, se ganaba la vida dando clases particulares y con una sustitución en el instituto Victor Duruy. Era como si imitara a los mayores. «Tratar de conseguir alumnos, discutir con las directoras y los padres de los alumnos, establecer mi presupuesto, pedir prestado, devolver, calcular, todas esas actividades me divertían porque las hacía por primera vez. Recuerdo con qué alegría cobré mi primer sueldo. Tenía la impresión de engañar a alguien.»

La ropa, que nunca le había interesado mucho, empezó a gustarle. Lo

primero que se compró fue un abrigo, un sombrero, unos zapatos grises y unas telas ligeras —un crespón de China y un género que le parecía muy feo pero que estaba de moda aquel invierno, una especie de terciopelo estampado— con las que se hizo tres vestidos. Incluso comenzó a maquillarse: «Todas las mañanas me pintarrajeaba mal y con exceso: un pegote rojo sobre cada pómulo, mucho polvo, carmín en los labios». Le parecía tan absurda la costumbre que su madre le había impuesto —vestir más lujosamente el domingo que los restantes días de la semana—, que para ella todos eran días de fiesta y los terciopelos, crespones y turbantes servían para cualquier jornada. La ropa no era algo que le importase demasiado ni se tomara muy en serio, pero le divertía provocar. El crespón y el terciopelo quizá no fueran lo más adecuado para dar clase a adolescentes y caminar de un lado a otro de París con escarpines —unos zapatos finísimos de una sola costura que eran casi para andar por casa— por los empedrados de la ciudad le destrozaba los pies.

En su nueva vida, Simone se vestía como quería, recibía a sus amigos, salía y entraba a cualquier hora y esperaba a que Jean-Paul volviera a París a mediados de octubre. Aquel verano sus encuentros se habían sucedido en Lemosín, donde ella veraneaba con su familia. Jean-Paul se había hospedado en el hotel de la Boule d'Or en Saint-Germain-les-Belles y se citaban en el campo, a una buena distancia del pueblo para que nadie los viera. «¡Con qué alegría, por la mañana, yo bajaba corriendo por el césped, saltaba el cerco, atravesaba las praderas todavía húmedas donde tan a menudo, y a veces tan amargamente, había cavilado sobre mi soledad!» Simone y Jean-Paul se sentaban en la hierba y conversaban sin parar, el plan perfecto para ella: «Nos llevaremos libros y leeremos». Pero Jean-Paul se indignaba y desechaba los planes campestres de Simone: «Era alérgico a la clorofila, el verde de esos pastizales le irritaba».

Simone ya era licenciada en Filosofía y acababa de aprobar los exámenes para ejercer de profesora; al cabo de un mes se mudaría a París y en Jean-Paul había encontrado a esa persona con quien dejar que los días y las horas «se prolongaran hasta el fin del mundo». Para justificar la visita de Jean-Paul durante las vacaciones familiares, Simone le había contado a sus padres que estaban escribiendo un libro que sería una crítica del marxismo. Esperaba ablandarlos halagando su odio al comunismo, pero no los convenció. A los cuatro días, los vieron aparecer por el prado con aire resuelto y su padre pidió a Jean-Paul que abandonara no el pueblo, sino ¡la región! La gente cotilleaba diciendo que el mal comportamiento de Simone perjudicaba la reputación de sus primas, a las que querían casar. Jean-Paul se negó a irse; es más, dijo que no pensaba adelantar su marcha ni una hora. La cosa quedó ahí. Comenzaron a citarse de manera algo más clandestina, en los lejanos bosques de castaños, y el padre de Simone no volvió a la carga. Sartre se quedó una semana en Boule d'Or y, hasta que volvieron a encontrarse en París, se escribieron a diario.

Cuando se reencontraron en octubre, ella se comprometió con él sin reservas. Jean-Paul debía irse pronto para cumplir con el servicio militar y, mientras tanto, estaba de vacaciones y vivía en la casa de sus abuelos en la Rue Saint-Jacques, cerca de los Jardines de Luxemburgo, donde se citaban por las mañanas bajo la mirada de las estatuas de piedra. Pasaban juntos todo el día hasta la noche. Durante esas horas, caminaban por París, conversaban sobre ellos mismos, sus relaciones, sus vidas y los libros que escribirían. Lo analizaban absolutamente todo. Cuenta Sylvie Le Bon de Beauvoir (compañera de Simone e hija adoptiva suya) en el prólogo a las *Cartas a Sartre* que para ellos hablar, hablarse, era como respirar.

Simone y Jean-Paul tenían los bolsillos muy vacíos: ella apenas se ganaba la vida con las clases y él se bebía la pequeña herencia de su abuela

paterna. «¿Por qué íbamos a lamentar no ir en coche cuando a lo largo del canal de Saint-Martin o sobre los muelles de Bercy, a pie, hacíamos tantos descubrimientos?» Cuando comían en el cuarto de Simone pan y fiambres o cenaban en la cervecería Demory, cuyo intenso olor a cerveza y a chucrut gustaba tanto a Sartre, no se sentían privados de nada. Por las noches bebían cócteles al aguamiel en los Vikings o, los preferidos de Simone, cócteles de albaricoque que eran la especialidad del Bec de Gaz, en la Rue Montparnasse. Cuenta cómo una noche en los Vikings probó una gallina con arándanos mientras la orquesta interpretaba la melodía de moda: «Pagan Love Song». No es difícil imaginarse a la pareja de apenas veinte años moviéndose al ritmo de una canción con ecos tahitianos: «Come with me where moonbeams light Tahitian skies…». «La misma modestia de nuestros recursos», escribe Simone, «ayudaba a mi felicidad.»

Poco le importaba a Simone el dinero; sobre todo quería ser libre de una vez. La primera carta de Simone a Jean-Paul que se conserva es del martes 6 de enero de 1930, justo después de pasar juntos la Navidad en París. Le escribe mientras guarda cama por una gripe que la ha dejado sin fuerzas y él está en el servicio militar: «Amor mío, jamás había sentido tan fuerte nuestro amor como la otra noche en Vikings; me miraba usted con tanta ternura que tenía deseos de llorar; ¡y aquel tren encantador, amor mío, que nos llevó a Saint-Germain! Si no estuviera mal instalada para escribir, le contaría durante páginas y páginas lo feliz que fui y cómo le quiero».

Esa breve mención a lo «mal instalada» que estaba para escribir confirma mi teoría de que Simone prefería la solidez de una mesa a la comodidad de una cama. En *Historia de las alcobas*, Michelle Perrot cuenta que Simone de Beauvoir siempre prestaba atención, más que a cualquier otra cosa, a que hubiera una mesa para escribir en todas las habitaciones que alquilaba. Cuando comprendió la importancia de disponer de un cuarto propio, se

reafirmaba confesando que, para que a ella le gustasen, las habitaciones debían tener «una cama muy voluminosa, sillas y un armario, pero, sobre todo, una gran mesa para trabajar». A Simone le parecía milagroso haberse desligado de su pasado, bastarse a sí misma, decidir su vida. «Había conquistado de una vez por todas mi autonomía: nada me la quitaría.» Y la mesa de trabajo la esperaba.

5

Una paseante fanática

> Yo estaba allí sola, las manos vacías, separada de mi pasado y de todo lo que amaba, y miraba la gran ciudad desconocida en la que iba sin ayuda a tallarme día a día una vida, mi vida.

La muerte de Zaza había destrozado a Simone. Se sentía más libre y podía permitirse un cuarto propio, pero había perdido a su igual, a su compañera. La violencia del dolor por la pérdida de Zaza permanecía latente en ella, aunque ahora que había encontrado a Jean-Paul, se había entregado «entera al presente». Definieron su relación como un «casamiento morganático», el señor y la señora M. Organático, «funcionarios sin fortuna, sin ambición y satisfechos con todo». La biógrafa no quiere juzgar a la biografiada, pero me gustaría hacer un inciso para aclarar que no es este un libro sobre Simone y Jean-Paul, ni sobre la relación que mantuvieron. No quisiera que las lectoras se llevaran la impresión equivocada. Sin embargo, vale la pena mencionar que, en *Memorias de una joven formal*, el primer tomo de su autobiografía ya citada, la protagonista era Simone, pero en *La plenitud de la vida*, el segundo volumen, una segunda persona del plural ocupa la mayor parte de sus páginas. En *Simone de Beauvoir: The Making of an*

Intellectual Woman, Toril Moi afirma que hay una pregunta que cada mujer pensante de Occidente se ha formulado a sí misma en un momento u otro con respecto a la relación de Simone y Jean-Paul y que la escritora Angela Carter supo concretar con genio: «¿Por qué una chica agradable como Simone de Beauvoir desperdició su tiempo adulando a un vejestorio aburrido como Jean-Paul?». Dejaré este tema en suspenso, o al menos en un generoso paréntesis para que cada cual exponga sus dudas y haga preguntas…

Desde que se mudó al piso de su abuela hasta que le dieron su primer destino como profesora en Marsella, Simone no hizo otra cosa que vivir por y para Jean-Paul y París; estaba enamorada de ambos. No hay nada como entregarse con pasión a quien se ama para darse cuenta de que, como escribió en una carta la escritora y cronista de Nueva York Maeve Brennan a su amiga Tillie Olsen, «tú eres todo lo que tiene tu trabajo». Pero no adelantemos acontecimientos. Algo amenazaba el futuro de tan dichosa pareja: Jean-Paul tenía que cumplir dieciocho meses de servicio militar y, además, toda una vida de profesorado. Como explica Simone, su independencia estaba amenazada. A Jean-Paul se le había ocurrido una solución que lo dejaría libre: «Pedían en el Japón un lector de francés y había presentado su candidatura para octubre de 1931. Pensaba quedarse allí dos años y luego conocer otros exilios». Jean-Paul creía que el escritor, igual que el relator de cuentos, debía parecerse a los cómicos de la legua —los cómicos itinerantes tan populares en el Renacimiento— que no se detenían definitivamente en ninguna parte ni junto a nadie. Así que Simone descubrió que «Sartre no tenía la vocación de la monogamia». Y fue justo allí, en los Jardines de Luxemburgo, después de contarle que quería ser un «cómico de la legua», donde Jean-Paul se lo soltó: «Entre nosotros, me explicaba utilizando un vocabulario que le gustaba, hay un amor necesario:

conviene que conozcamos también amores contingentes». Quería que firmaran un contrato de dos años, como si lo suyo fuera un amor de alquiler: «Yo podía arreglármelas para quedarme en París durante esos dos años y los pasaríamos en una intimidad lo más estrecha posible. Después me aconsejaba que pidiera yo también un trabajo en el exterior. Estaríamos separados durante dos o tres años y luego nos encontraríamos en algún lugar del mundo, en Atenas, por ejemplo, para reanudar durante un tiempo más o menos largo una vida más o menos común. Nunca seríamos un extraño el uno para el otro, nunca el uno recurriría en vano al otro, y nada sería más fuerte que esa alianza; pero no tenía que degenerar ni en obligación ni en costumbre: debíamos salvarla a cualquier precio de esa podredumbre. Acepté». También pactaron contárselo todo. Simone reflexiona en ese segundo tomo acerca de las opiniones que su relación suscitó a lo largo de su vida: «Me irrito cuando terceras personas aprueban o critican las relaciones que hemos construido sin tener en cuenta la particularidad que las explica y las justifica». La lectora de sus memorias se contagia de ese espíritu pendular de Simone, y no se sabe muy bien si aceptó lo que le propuso Jean-Paul porque estaba enamorada o porque creía en esa unión ajena a todas las convenciones. Y escribió: «¿Para qué, por ejemplo, vivir bajo un mismo techo cuando el mundo entero era nuestra propiedad común? Y ¿por qué temer poner entre nosotros distancias que nunca podían separarnos?».

A Jean-Paul, un antimilitarista convencido, lo enviaron a cumplir el servicio militar en el departamento de Meteorología y durante dieciocho meses estuvo en el fuerte de Saint-Cyr, a cuatro kilómetros de Versalles. Los primeros quince días los pasó encerrado y Simone solo pudo hacerle una breve visita. Pero más tarde, Jean-Paul podía salir hasta tres y cuatro veces por semana y ella iba a verlo al atardecer y regresaba en el último

tren. Una vez lo perdió y tuvo que volver a pie a Versalles: «Caminar sola a veces bajo la lluvia y el viento, sobre una ruta oscura, mirando brillar a lo lejos, entre los rieles, puntos luminosos me daba una jubilosa impresión de aventura».

Aquellos domingos en que Jean-Paul libraba, a Simone le gustaba llevarlo al campo para contemplar los paisajes de árboles y agua. Todos los domingos le llevaba «brazadas de libros, sacados más o menos lícitamente de la biblioteca de Adrienne Monnier» (las chicas «raras» cargamos con maletas llenas de libros y nos ponen multas en casi todas las bibliotecas). Ella se emocionaba y él, que hablaba de los ríos y los bosques mucho mejor que ella —esto lo dice Simone y yo no acabo de creérmelo del todo—, no sentía nada. Simone seguía aún en el tiempo de los absolutos y experimentaba las palpitaciones del corazón, los escalofríos, los vértigos y los desordenados movimientos del cuerpo ante esa inmensidad verde que todo lo cubría. Había pequeñas diferencias entre ellos que comenzaban a vislumbrarse y que se aprecian en la obra de ambos, pues bien mirado la escritura es casi una traducción de la vida.

Cuando no estaba con él, Simone se ganaba la vida dando clases de filosofía en el instituto Victor Duruy y leía desordenadamente lo que Jean-Paul le aconsejaba o le venía en gana. Iba a la Biblioteca Nacional, a la de Adrienne Monnier y se abonó a la biblioteca angloamericana de Sylvia Beach. Estas son algunas de las lecturas de las que se embebió en aquellos meses: «Whitman, Blake, Yeats, Synge, Sean O'Casey, todo Virginia Woolf, toneladas de Henry James, George Moore, Swinburne, Swinnerton, Rebecca West, Sinclair Lewis, Dreiser, Sherwood Anderson, todas las traducciones publicadas en la colección Feux Croisés e incluso en inglés la interminable novela de Dorothy Richardson, que consigue, durante diez o doce volúmenes, no contar estrictamente nada. Leí a Alexandre Dumas, las

obras de Népomucène Lemercier, las de Baour-Lormian, las novelas de Gobineau, todo Restif de la Bretonne, las cartas de Diderot a Sophie Volland y también Hoffmann, Sudermann, Kellermann, Pío Baroja, Panait Istrati. Quise conocer a Marx y a Engels y en la Biblioteca me lancé sobre *El capital*».

Se había concedido dos años antes de aceptar ningún empleo fijo como profesora, y el pensamiento de tener que dejar París ahora que era libre para vagar por sus calles la atormentaba. Tuvo una entrevista con una de las codirectoras de *L'Europe Nouvelle*, la señora Poirier, para estrenarse en el periodismo. En aquel encuentro, ante la juventud y la inexperiencia de la joven, Poirier pensó que Simone no tenía ninguna idea novedosa y le recomendó que se dedicara a la enseñanza como triste remedo.

La relación con sus padres era prácticamente inexistente y cuando le preguntaban al señor Beauvoir decía que su hija andaba de «juerga en París». Como ella misma confiesa, «es verdad que me divertía todo lo que podía». Era una especie de anfitriona de los artistas y los escritores de su generación: durante noches enteras los paseaba por París y ellos le hablaban de grandes ciudades desconocidas. ¿Y la escritura dónde había quedado? Su ánimo seguía moviéndose como un péndulo que oscilaba entre la euforia presente por la vida que acababa de estrenar y la ansiedad que vendría después: «A los diecinueve años, pese a mi ignorancia y a mi incompetencia, yo había querido escribir en serio; me sentía desterrada y mi único recurso contra la soledad era manifestarme. Ahora ya no sentía en absoluto la necesidad de expresarme. Un libro es de una manera o de otra un llamado: ¿a quién llamar y a propósito de qué? Estaba colmada. Sin respiro, mis emociones, mis alegrías, mis placeres, me precipitaban hacia el porvenir y su vehemencia me sumergía». Aun así, sin ganas, recordando aquello que se había dicho a sí misma de que sería una «autora célebre»,

decidió empezar otra novela, pero más allá de contemplar con mirada perpleja el papel virgen no sabía qué hacer. Era feliz, qué más daba si no escribía, se decía, y al mismo tiempo una parte de ella se sentía traicionada porque poco a poco se alejaba de su vocación. En *La plenitud de la vida* confiesa que se daba cuenta de que había dejado de existir por su cuenta y vivía como un parásito.

Un día Jean-Paul llegó a manifestarle su inquietud: «Antes, Castor, pensabas un montón de cosas. Ten cuidado de no convertirte en un ama de casa». Simone no quería decepcionarlo, no quería que la viese como una de esas heroínas de novela que, «después de haber luchado por su independencia, terminaban contentándose con ser la compañera de un hombre». Pero ¿no quería decepcionar a Jean-Paul o se trataba de no traicionarse a sí misma? Se dio cuenta de que en su vida había esperado que la salvación y la libertad vinieran a través de otra persona y «esperar la salvación de alguna otra persona que no sea una misma es el medio más seguro de correr hacia la pérdida».

Jean-Paul no consiguió el trabajo de lector en Japón, pero sí una sustitución como profesor en Le Havre, cerca de París, y a Simone le asignaron un destino: Marsella. La joven sintió pánico y Jean-Paul le propuso que revisaran aquel contrato del que habían hablado. ¿Y si se casaban? A los matrimonios de profesores los destinaban al mismo instituto. La idea, «por principios», ofuscaba a Simone, pero Jean-Paul decía que ante su ansiedad era «estúpido sacrificarse a principios». Quizá aquella fuera la señal que necesitaba ella para ver qué rumbo tan extraño tomaba su vida; pero no, más que la pérdida de su propia independencia, lo que le preocupaba era que para Jean-Paul convertirse en marido supondría una nueva renuncia a la vida de «cómico de la legua» que deseaba: «Veía cuánto le costaba a Sartre decir adiós a los viajes, a su libertad, a su juventud, para

convertirse en un profesor de provincias y, definitivamente, en un adulto; colocarse entre los hombres casados habría sido una renuncia más».

Cuando Simone consiguió serenarse y pensar con claridad, se dijo que un año escolar solo tiene nueve meses, que los trenes van muy rápido y que una buena gripe la traería de vuelta a París. Bien mirado, «si un hombre hubiera sido lo bastante egoísta y mediocre para pretender reducirme, yo lo habría juzgado y condenado y me habría apartado de él. No podía tener ganas de renunciar sino a favor de alguien que precisamente hiciera todo lo posible por impedírmelo. Pero en esa época me parecía que corría un peligro y que, aceptando irme a Marsella, había empezado a conjurarlo», reflexiona la autora.

A los veintitrés años, Simone no se consideraba feminista; a los cuarenta y ocho, cuando comenzó a escribir sus memorias, tampoco. Sin embargo, su vida adulta se articula en torno a una búsqueda que hunde sus raíces en el feminismo: tenemos a una mujer nacida a principios del siglo XX con una enorme vocación por la literatura, que acaba rebelándose contra una familia burguesa y conservadora, no alberga el deseo de crear una familia y consigue convertirse en una de las autoras más reconocidas de la historia. ¿Qué más podemos pedir?

Simone describió su llegada a Marsella como un «viraje absolutamente nuevo» en su historia, un instante decisivo en que tendría que vérselas con la soledad. Llegó a la estación de trenes y, desde lo alto de una gran escalera, se dijo: «Marsella». De repente, los paisajes, los paseos por el campo, la naturaleza cobrarían un profundo sentido: «Bajo el cielo azul de tejas asoleadas, huecos de sombra, plátanos color de otoño; a lo lejos las colinas y el azul del mar; un rumor subía de la ciudad con un olor a pasto quemado y la gente iba y venía por las calles oscuras. Marsella. Yo estaba

allí sola, las manos vacías, separada de mi pasado y de todo lo que amaba, y miraba la gran ciudad desconocida en la que iba sin ayuda a tallarme día a día una vida, mi vida. Aquí yo no existía para nadie». Después de aquellos primeros momentos de euforia que marcarían sus jornadas en la ciudad, bajó las escaleras deteniéndose en cada peldaño, emocionada por lo distinto que era todo de París: las casas, los árboles, el agua siempre presente, las rocas, las aceras que le revelarían su nueva vida. Justo al salir de la estación, vio el cartel de una habitación que se alquilaba y no dudó ni un segundo: no era el cuarto propio de sus sueños, pero tenía una cama, una silla, armario y una gran mesa para escribir. Lo suyo con Marsella «fue un flechazo».

Dar catorce horas de clase a la semana era lo de menos. En realidad, la enseñanza no es que la entusiasmara. Los paseos, sí. Los párrafos más hermosos de *La plenitud de la vida* están dedicados a todos los peñascos por los que trepó, a los acantilados cobrizos, a sus caminatas por las callejuelas, a las veces en que se mezcló con la muchedumbre de la Canebière, a las tardes sentada en los bancos de las plazas, de los patios, al olor a hojas secas que se confundía con el de la brisa marina. Acababa de nacer una pasión que duraría toda su vida, hasta que tuviera que dejar de caminar. Andar obsesivamente —al principio los paseos duraban de cinco a seis horas, pero cuando sus piernas se robustecieron llegaba a pasarse entre nueve y diez horas por los campos— la salvó «del hastío, de las nostalgias y de todas las melancolías». Lo de que fuera una paseante obsesiva no es una invención. Simone era una chica «violeta», una chica «rara», todo lo hacía con la misma obstinación: «Rastrillé sistemáticamente la región. Subí a todas las cimas: el Gardaban, el monte Aurélien, Sainte-Victoire, el Pilon du Roi; bajé a todas las playas, exploré todos los valles, las gargantas, los desfiladeros. Entre las piedras cegadoras donde no estaba indicado el menor

sendero, yo iba espiando las flechas —azules, verdes, rojas, amarillas— que me conducían no sabía adónde; a veces las perdía, las buscaba dando vueltas en redondo, batiendo los matorrales de fuertes aromas, rasguñándome con las plantas todavía nuevas para mí: los cistos resinosos, los enebros, los robles verdes, los asfódelos amarillos y blancos. Seguí al borde del mar todos los caminos aduaneros; al pie de los acantilados».

Mientras me adentraba por los vericuetos de esa nueva pasión de Simone, recordaba cómo hace algunos meses, después de lo que yo vaticinaba como una dolorosa y definitiva ruptura amorosa, e impulsada por la lectura de dos libros con poderosas historias de viajeras o paseantes obsesivas —*Mi vida en la carretera*, las memorias de Gloria Steinem, y la ya citada *Wanderlust. Una historia del caminar* de Rebecca Solnit—, me subí en un tren hacia Cercedilla y quise entregarme con ganas a los senderos. Puede que este pequeño pueblo donde Carmen Laforet pasó algunos veranos no suene tan exótico como Marsella; al fin y al cabo, llovió sin descanso durante los tres días que estuve allí y en mi primer y único paseo casi me despeño por una pequeñísima colina, pero aquel gesto de irme tres días sola con el deseo de caminar por los bosques —acababa de escribir un artículo sobre Thoreau, Sue Hubbell y Annie Dillard y, evidentemente, estaba muy influida por sus vidas— fue un gran paso para mí. Hacer cosas sola, ganar un poco de confianza en una misma para tomar la iniciativa de un viaje, de un paseo, por pequeño que sea, te da cierto poder. En *Wanderlust*, Solnit hace un recorrido por algunas de las obras de Jane Austen donde el caminar y el gusto por la naturaleza cobran un importante significado. Por ejemplo, en muchas de las páginas de *Orgullo y prejuicio* hay paseos y algunas partes cruciales de la novela suceden mientras los personajes caminan juntos. Por ejemplo, hay un momento muy concreto, al principio de la historia, cuando Jane Bennet se resfría al cabalgar hacia Netherfield —donde vive su

pretendiente, el señor Bingley— y su hermana Elizabeth va andando allí para cuidarla. Ir a pie, cuenta Solnit, se debe a una necesidad porque Elizabeth no cabalga y además solo tienen un caballo, por tanto, tampoco hubiera podido usar el carruaje familiar. Su ímpetu es tan audaz que el gesto la convierte en una paseante compulsiva: «No deseo evitar la caminata, la distancia no importa cuando una tiene un motivo». Aquel gesto de Elizabeth, aquella caminata de kilómetros bajo la lluvia que la hace llegar con barro en las enaguas, es la primera demostración de su carácter poco convencional. Elizabeth era otra de esas chicas «raras».

Simone descubrió un día de primavera los almendros en flor, caminó por senderos rojos y ocre, donde pudo reconocer las pinturas de Cézanne; visitó ciudades, pueblos, aldeas, abadías, castillos. La curiosidad no le daba respiro. Estoy convencida de que esos paseos solitarios de Simone, al igual que los de Elizabeth, reflejaban la independencia que, según Solnit, «lleva a la heroína literalmente fuera de la esfera social de las casas donde ella se siente libre de pensamiento: el caminar expresa tanto la libertad física como la libertad mental del caminante. Caminar es un medio de expresión».

No es una cosa sin importancia eso de caminar: antes del siglo XX las mujeres no eran libres para deambular, y no solo por los campos, sino por las ciudades. En *Flâneuse*, un ensayo sobre las paseantes, Lauren Elkin explica que el concepto de «flâneuse» —una mujer paseante— no existe. ¿No os habéis preguntado nunca por qué hay tan pocos libros sobre mujeres que deambulan por las ciudades? Está Maeve Brennan en Nueva York, los paseos de Virginia Woolf por Londres, pero casi todos los paseantes conocidos son hombres, y casi todos los libros sobre el arte de caminar están escritos por hombres. No se me había pasado por la cabeza que una razón para ello fuera que, hasta el siglo XX, no estuvo bien visto que las mujeres caminasen solas. Esto es lo que dicen las hermanas del señor

Bingley acerca de Elizabeth: «Tenía una abominable especie de independencia presuntuosa, una indiferencia de gente rural hacia el decoro». Y eso que únicamente paseaba por los campos. ¿Qué hubieran dicho si a Elizabeth le hubiera apasionado andar por las callejuelas de Londres? «¿Por qué a las mujeres no se las veía también fuera de casa, paseando?», se pregunta Solnit. Muchas veces, el caminar femenino ha sido entendido como una exhibición o un espectáculo. Solnit acierta al apuntar algo que solo de pensarlo me da escalofríos: «Se supone que las mujeres caminan no para ver, sino para ser vistas, no para vivir su propia experiencia, sino para un público masculino. Mucho se ha escrito sobre cómo caminan las mujeres, como valoración erótica y como instrucción para caminar correctamente. Mucho menos se ha escrito sobre por dónde caminamos».

Encontrarme a lo largo de las memorias de Simone con muchísimas páginas dedicadas a sus paseos por París, Marsella, Nueva York, por casi todas las ciudades a las que viajó y, sobre todo, por los campos que exploró, fue algo así como una señal. Para ella caminar era algo más que explorar, era una manera de decirle al mundo que era una mujer libre: «La voluntad que se afirmaba en mis paseos tenía en mí raíces muy antiguas. Antes en Lemosín (Meyrignac), a lo largo de los senderos, me había prometido que un día recorrería toda Francia, quizá el mundo entero, sin dejar ni una pradera ni un bosque. Nunca había practicado deportes y por eso sentía más placer al utilizar mi cuerpo hasta los límites de sus fuerzas y lo más ingeniosamente posible». Lo que confería más valor a esas caminatas de Simone era su soledad en una naturaleza desierta y una libertad que tenía que ver con los contornos físicos de su cuerpo.

Pienso en caminar y enseguida aflora el miedo al acoso sexual, a la violación, y recuerdo todas esas noches en que una volvía a casa

temblorosa, con las llaves en una mano y el móvil en la otra, y avisaba a su amiga nada más entrar por la puerta de casa. ¿Cuántas veces nos han dicho que no volvamos solas, que no volvamos tarde, que por qué viajamos solas, que adónde y cuándo y para qué? Me cuesta imaginar que uno solo de los hombres que conozco hayan pasado por lo mismo, por el miedo y el juicio. A Simone también le tocó asumir, por un lado, los comentarios de sus compañeros que cuestionaban su ropa, sus paseos y sus libertades y, por el otro, la advertían a propósito de que sus paseos solitarios desafiaban todas las reglas y repetían en tono desdeñoso: «¡Van a violarla!». Simone se creía inmune: «No quería apagar mi vida con prudencias; por otra parte algunas cosas —un accidente, una enfermedad grave, una violación— no podían sencillamente ocurrirme a mí». Pero cuando hacía autostop intentaron violarla dos veces. En sus memorias lo explica así: «Tuve algunos disgustos con camioneros, con un viajante de comercio que quería que fuera a acostarme con él en el bosque y que me plantó en medio del camino: eso me hizo renunciar a practicar autostop. Una tarde caminaba hacia Tarascón, a pleno sol, por un camino empolvado de blanco, cuando un coche me pasó y se detuvo; los pasajeros, dos muchachos, me invitaron a que subiera: me llevarían a la ciudad. Llegamos a la carretera y en vez de girar a la derecha tomaron la izquierda. "Hacemos un pequeño desvío", me explicaron. Yo no quería ponerme en ridículo, vacilé; pero, cuando comprendí que se dirigían hacia "la montañita" —el único lugar desierto de la región—, ya no dudé; salieron de la carretera y tuvieron que disminuir la velocidad para cruzar un paso a nivel; abrí la portezuela y los amenacé con saltar en marcha: se pararon y me dejaron bajar bastante avergonzados. Lejos de darme una lección, esa pequeña historia fortaleció mi presunción: con un poco de vigilancia y de decisión se puede salir de todo». En *Teoría King Kong*, una jovencísima Virginie Despentes cuenta cómo hizo autostop con una amiga y

un grupo de muchachos —un grupo de chicos cualesquiera, como los que recogieron a Simone en las afueras de Marsella— las violaron. Simone se equivocaba: con vigilancia y decisión no se puede salir de todo.

Aquel año, además de pasear, Simone leyó a fondo los relatos, las cartas y el diario de Katherine Mansfield. Le parecía muy novelesco ese personaje de «mujer sola» que Mansfield se había construido a través de sus libros y que le había pesado tanto. A Simone le gustaba pensar que ella era también una «mujer sola» cuando comía al fondo de la taberna Charley, sombría y fresca, mientras se tomaba un café en una plaza bajo los plátanos o acodada en una ventana del Cintra, frente al Puerto Viejo. El ambiente era lo suficientemente animado para entregarse a la contemplación del cielo, los transeúntes y el puente transbordador, y lo suficientemente solitario para darse a la escritura. Comenzó una nueva novela que no acababa de gustarle, pero tuvo «bastante perseverancia para terminarla». No se le iba de la cabeza la idea de que había corrido el riesgo de sacrificar su libertad en favor de Jean-Paul. Si lograba plasmar en el papel, por una parte, el dolor, la culpa, los remordimientos y, por la otra, sus ansias de libertad, tendría su primera novela. Se sentaba cerca de aquella ventana del Cintra y escribía sin parar. Estaba orgullosa de sí misma. Confiesa que había atardeceres un poco melancólicos, cuando al salir de clase se compraba pasteles de queso y volvía al anochecer a su cuarto, donde nada ni nadie la esperaban.

Era una nostalgia que nunca había conocido en el bullicio de París, y al final de su estancia en Marsella, es verdad que Simone no había leído demasiado y pensaba que su novela no valía nada, pero había aprendido a amar los paseos y salía triunfante de aquella prueba: «La ausencia, la soledad no habían tocado mi dicha. Me parecía que podía contar conmigo misma».

6

La escritura o la vida

> Me parecía que el día en que la alimentara con mi propia sustancia, la literatura se convertiría en algo tan grave como la dicha y la muerte.

El recuerdo de Zaza estaba presente en todo lo que escribía. En Marsella se había dado cuenta de que su amiga de la infancia se reencarnaba en la protagonista de cada uno de los libros que empezaba. ¿Querría acaso resucitarla? Fracasaba una y otra vez en el intento de escribir. Desde los diecinueve años se había propuesto hacer entrar en un libro el mundo entero, aunque le rondaba la idea de que quizá todavía no tenía nada que decir, de que quizá todavía no había vivido lo suficiente. Aún no había cumplido los treinta, pero sabía que su vida no ofrecía demasiadas garantías: la enseñanza no la llenaba, vivía a cientos de kilómetros de Jean-Paul, carecía de un proyecto vital y las páginas que había escrito hasta entonces no eran más que papel mojado. Después de Marsella, la destinaron a Ruan, donde conoció a Olga Kosakiewicz. Olga era una alumna «rusita», su mejor alumna y también la más triste de todas. Simone se interesó por ella: había deseado ser bailarina, arquitecta y ahora sus padres querían que

estudiase Medicina. Una vez a la semana, la invitaba a almorzar y Olga se lo contaba todo sobre su vida.

En 1933, Jean-Paul estaba en Berlín estudiando la fenomenología, y en las cartas que le escribía le contaba cómo Hitler había llegado al poder y que el antisemitismo y la censura se extendían por Alemania. Fue a visitarlo una vez y conoció a algunos profesores de instituto que veían el nazismo con los mismos ojos y la misma incredulidad que la izquierda francesa. Cuenta Simone en *La plenitud de la vida* que a Sartre le gustaba la ciudad, pero que «cuando se cruzaba con camisas pardas se le oprimía el corazón». Aquella fe que Simone sentía por la literatura tardó mucho en transformarse en compromiso intelectual. Por entonces, ni ella ni Jean-Paul se consideraban implicados en la realidad política. Querían cambiar el mundo con sus libros, sus charlas, pero vivían ajenos a lo que estaba ocurriendo. Desde el 2 de mayo, la bandera con la esvástica ondeaba en la embajada de Alemania en París.

Simone confiesa en sus memorias la perplejidad indolente con que asistieron a aquellos acontecimientos: «Por supuesto nos indignábamos y el nazismo inspiraba a la izquierda francesa todavía más horror que el fascismo mussoliniano; pero los izquierdistas se negaban a mirar de frente las amenazas que los nazis hacían pesar sobre el mundo». Los artículos sobre política la aburrían, Jean-Paul le reprochaba su desinterés; para Simone, la felicidad consistía en una manera de detener el tiempo para frenar cualquier amenaza. «En toda Europa el fascismo se fortalecía, la guerra maduraba; yo seguía instalada en la paz eterna.»

Una voz le decía a Simone que debía escribir, pero le resultaba imposible dar con las palabras, las frases exactas que página a página la llevarían a concluir algún proyecto. «Sabía que mi última novela no valía nada y no tuve valor de internarme en un nuevo fracaso. Era mejor leer, instruirme,

esperando una inspiración favorable.» Simone seguía en Ruan viendo a Olga; Jean-Paul volvió a Le Havre. Se veían con frecuencia. Las dos ciudades estaban a escasos kilómetros de distancia. Unas veces iba él a Ruan, y otras, ella a Le Havre. En una de aquellas visitas, sentados en la terraza de un café, conversaron acerca de la monotonía de su porvenir.

Tras leer con atención a Simone durante meses, me parecía imposible que no viera que lo tenía todo para ser feliz; pero una parte de ella se negaba a sí misma la felicidad. Mucho antes de que el existencialismo se convirtiera en una moda francesa más, Simone y Jean-Paul abrazaban día tras día la pregunta de qué harían con el resto de sus vidas: «No teníamos treinta años y ya nada nuevo nos ocurriría, ¡nunca!». A Simone le gustaba tomarse alguna copa en los cafés y se descubría a los veintitantos años con una terrible y vieja nostalgia. A Jean-Paul aquellos «trances» de Simone provocados por el vino y el llanto se le antojaban ridículos: él pensaba que el alcohol lo único que conseguía era deprimirla, ella creía que solo a través del alcohol podía mirar a la vida de frente. En sus memorias reconoce que durante muchos años, gracias a su condición privilegiada, se moría entre «la alegría de existir y el horror de terminar». Se sentía vieja. Sus años en la Sorbona quedaban muy lejos; al fin y al cabo, no se consideraba una filósofa. Lo único que deseaba era dedicarse a la literatura, pero no sabía bien cómo. Había escrito hasta entonces dos novelas larguísimas que no la habían conducido a ninguna parte y se entregaba a una tercera que tampoco le ofrecía consuelo. Ahí estaba Zaza de nuevo, esta vez se llamaba Anne. El volumen era un conjunto de tres relatos con tres protagonistas femeninas. La novela llevó por título *Cuando predomina lo espiritual* y fue rechazada por Gallimard.

En sus memorias, Simone habla sin censura del dolor que supuso el rechazo de su primera novela. El editor la consideró mal construida en

conjunto y opaca en los detalles. Ella creyó no acusar el fracaso, pero aquella carta y otra que llegaría días más tarde supuso un gran golpe: «La novela carece de originalidad profunda. En otros términos, la pintura de costumbres que usted ha hecho ya ha sido hecha varias veces en estos últimos veinte años. Usted se ha contentado con describir un universo en descomposición y abandonarnos en el umbral de un mundo nuevo sin indicarnos exactamente su brillo particular… Hay en *Cuando predomina lo espiritual* aciertos que permiten esperar que usted escribirá un día un libro logrado…». Simone no entendía cómo podían parecerle al editor poco originales aquellas heroínas que ella había conocido en carne y hueso. Había fracasado en su primer intento de novela y autobiografía, pero las últimas palabras de la carta, «usted escribirá un día un libro logrado», le infundieron esperanza.

Lo poco que podía hacer en Ruan, además de enseñar filosofía y malgastar hojas, era entregarse a su amistad con Olga. Los padres de esta ya no confiaban en que pudiera salvarse; no quería estudiar ni hacer ninguna otra cosa. Simone pensó que podía salvarla. Olga sería su nuevo proyecto. Lo que más le gustaba de ella es que nunca disfrazaba sus opiniones o sentimientos, no tenía filtro y lanzaba las palabras al aire sin pudor. Jean-Paul la animó a ayudarla. Cuenta Simone que, durante unos días que el filósofo pasó en Ruan, estuvo muy enfermo y Olga fue su enfermera. «Quería mucho a Olga, la había encontrado encantadora en su papel de enfermera», escribió. En las memorias no se menciona ninguna relación amorosa o sexual entre ellos tres; Simone se preocupó mucho por no contarlo todo, pero lo que surgió fue un trío. La escritora se comprometió con los padres de Olga que la ayudaría a prepararse para estudiar Filosofía en la Sorbona. Sin embargo, la chica no tenía mucha voluntad o pasión por el estudio y ni siquiera llevó a cabo la primera tarea. «Cuando Olga dejó de

tener obligaciones», escribe Simone, «estaba radiante: nunca se cansaba de mirar, de escuchar, de hablar, de bailar, de pasearse, de sentir latir su corazón.» Aquella relación mantenía a salvo a Simone del aburrimiento de la vida en provincias. Cuando Jean-Paul no estaba, le hacía leer a sus escritores favoritos —Stendhal, Proust, Conrad— y Olga seguía sus recomendaciones con entusiasmo e ira, pues, a través de los libros, mantenía con los autores relaciones tan «complejas y tan vivaces como con personas de carne y hueso».

Hubo un momento en que Jean-Paul se empeñó en conquistar a Olga y aquello a Simone, de entrada y según cuenta en sus memorias, la incomodó. En su entorno, todos se reían ante el protagonismo que una chica tan joven había cobrado en su relación. Estaban como extasiados por su vitalidad. Simone y Jean-Paul rendían «culto a la juventud, a sus tumultos, a sus rebeliones, a su libertad, a su intransigencia». Olga iba haciéndose a sus vidas como si siempre hubiera estado ahí. Parecía que lo tenían todo controlado, pero hubo un momento en que el edificio que habían construido juntos se vino abajo. El amor que Simone sentía por Olga era distinto del que sentía por Jean-Paul. Por ella profesaba un afecto «familiar, cotidiano». Cuando estaba con Olga a solas se sentía bien, pero si salían los tres juntos, la Olga que ella conocía desaparecía para transformarse en la que Jean-Paul reclamaba. «Se mostraba más femenina, más coqueta, menos natural que conmigo; a veces se irritaba y se malhumoraba.» Y él tampoco era el mismo. A Simone le aterrorizaba la idea de mantener aquella relación durante años, convirtiéndose en la intermediaria entre los dos.

Se ha escrito mucho sobre si Simone aceptaba los juegos de Jean-Paul o si era ella la que promovía las conquistas a dúo. Veamos lo que escribió en *La plenitud de la vida* sobre el rumbo que había tomado el trío: «Tan pronto me exponían sus agravios, reclamaban mi alianza. Yo tomaba a menudo el

partido de Olga; pero ella sabía que mis relaciones con ella y con Sartre no eran simétricas. Colocábamos su juventud más alto que nuestra experiencia: su papel, sin embargo, era el de una chica frente a una pareja de adultos unidos por una complicidad sin fallas. Podíamos consultarla con devoción, pero conservábamos la dirección del trío. No habíamos establecido con ella verdaderas relaciones de igualdad; más bien la habíamos anexado». Finalmente, la amistad fue lo que imperó a lo largo de los años y Olga acabó casándose con un exalumno de Jean-Paul que también fue amante de Simone, Jacques Bost.

El agotamiento, la crisis de su escritura y el desgaste emocional del trío con Olga y Jean-Paul sumieron a Simone en una terrible neumonía por la que tuvo que ser hospitalizada. «Yo a veces me sentía desposeída de todo, flotando en el vacío», escribió. En su biografía de Simone, Lisa Appignanesi contaba que era Jean-Paul quien sacaba mayor provecho de los «amores contingentes». No solo estaba Olga, sino también su hermana, Wanda, y algunas otras. Mientras Simone «seguía encerrada en una dependiente lealtad y en unos celos recurrentes». Aquella sensación de pérdida absoluta de sí misma la llevó a emprender la escritura de una novela que, por primera vez, tenía que ver con su propio torbellino de emociones: «Yo tenía mi manera de sentir, de reaccionar, y era todo eso lo que debía expresar. Como cada vez que me entregaba a un proyecto, mis palabras levantaban montones de posibilidades, de esperanzas; pero yo tenía miedo. ¿De qué exactamente? Me parecía que el día en que la alimentara con mi propia sustancia, la literatura se convertiría en algo tan grave como la dicha y la muerte». Simone sabía que debía escribir, precisamente, sobre Olga, Jean-Paul y ella. Se volcó en la escritura de las primeras páginas y le dio a su protagonista el nombre de su madre, Françoise, pero no los verdaderos recuerdos que tenía de esta.

Mientras Simone dudaba, estallaba la Guerra Civil en España y el nazismo avanzaba por Europa. Cuando Jean-Paul leyó aquellas páginas, pensó que eran un fracaso: ¿por qué contar la infancia y la adolescencia de la protagonista? ¿Qué interés tenían para la historia? Simone las hizo desaparecer y comenzó el relato en el momento en que una extraña entraba en sus vidas: Xavière era Olga, Pierre era Jean-Paul y Françoise era Simone. Para defenderse de los celos, la ira de Françoise se vuelve contra Xavière, y la mata. La literatura la salvó de su dolor. En la vida real, Olga formó parte de la «familia» que Simone fue creando a lo largo de los años, pero en la ficción la mató dejando el horno encendido. Una muerte limpia, elegante y satisfactoria. En *La plenitud de la vida*, Simone confesó que «aquel desenlace tuvo para mí un valor catártico: al matar a Olga sobre el papel, yo liquidaba las irritaciones, los rencores, que había podido sentir respecto a ella; purificaba nuestra amistad de todos los malos recuerdos que se mezclaban con los buenos».

Simone comenzó a escribir *La invitada* a los treinta años. Había en ella algo de impaciencia, pero sabía que sacar de la «nada de sí misma» un primer libro que se sostuviera solo exigía muchísimo trabajo y tiempo, esfuerzo y la misma obstinación que revelaba en sus enfados infantiles. «Escribir es un oficio», se decía, pero diez años —desde su primer intento a los veinte hasta entonces— era demasiado. Deseaba con todas sus fuerzas ser como George Eliot, que se había confundido para ella con Maggie Tulliver. Al terminar su primera novela, supo que la literatura solo aparece cuando algo en la vida pierde su sentido, cuando se descompone. «Para escribir la primera condición es que la realidad haya dejado de *darse por sentada*; solo entonces una es capaz de verla y hacerla ver.»

7

Una mujer en guerra

> Empecé a darme cuenta de las dificultades, de las falsas recompensas, de las trampas, de los obstáculos que la mayoría de las mujeres encuentran en su camino.

En *La plenitud de la vida*, Simone confesó que se sentía culpable porque la Segunda Guerra Mundial se les había echado encima sin que ella moviera un dedo para impedirlo. «Mi terquedad esquizofrénica por la felicidad me volvió ciega a la realidad política.» No era la única que confiaba en que la guerra jamás llegara. Como explica el historiador Herbert Lottman en *La rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, en los años treinta la mayoría de los intelectuales franceses parecían dispuestos a creerse que la resistencia contra la guerra y la resistencia contra el fascismo iban a la par. El dolor por la Primera Guerra Mundial que había dejado a Europa rota estaba todavía muy presente y el fascismo representaba una amenaza lejana.

Simone acabó siendo una de las cronistas más extraordinarias de la contienda. Durante los dos primeros años contó día a día no solo su vida, sino la de los cafés de su barrio, Montparnasse. Uno de los últimos

recuerdos que conservaba de aquellas jornadas previas a la guerra era del verano de 1939 cuando, a orillas del mar en Marsella, Jean-Paul, Bost y ella, sentados sobre gruesos bloques de piedra bajo un cielo azul se preguntaron si París sería bombardeado. «El azul del cielo, el azul del mar, por momentos me abrumaban; yo también tenía la impresión de que algo se ocultaba: no un pulpo, sino un veneno. Esa paz, ese sol eran fingidos: de pronto todo iba a desgarrarse.» De un plumazo, la tarea de escribir una gran novela había quedado relegada. Lo importante ahora era sobrevivir. Después de aquellos días en la costa, Simone volvió a un París desierto. Los restaurantes, los teatros, las tiendas, todo estaba cerrado. Corría agosto y lo único que podían hacer era caminar por las calles y esperar todas las ediciones de los diarios. Simone se daba cuenta de que, ahora que tenía treinta años, ahora que comenzaba a entenderlo todo, le arrebataban la vida sin más. Su mayor miedo era perder a Jean-Paul, pero él le aseguró que se quedaría cerca de algún campo de aviación, en la retaguardia. ¿Y qué le ocurriría a Bost? Tenía tan solo veintiún años. Aquellos días Jean-Paul y ella vivían en el hotel Mistral, en el número 24 de la Rue Cels, cada uno en una habitación. La mañana del 1 de septiembre de 1939, Simone comenzó a escribir un diario que continuó hasta enero de 1941. Registrar el paso de los días, sus pensamientos, lo que veía por las calles de París le pareció más vivo, más exacto que cualquier relato:

> *1 de septiembre*. Pese al agotamiento no logro conciliar el sueño, pero sigo sin pensar en nada, me invade una especie de horror absoluto. Hemos puesto el despertador a las tres de la madrugada (para llevar a Sartre al centro de reclutamiento) y la luz de la luna llena inunda la habitación. De pronto se oye un grito desgarrador. Me asomo a la ventana, una mujer ha gritado. Al mismo tiempo alguien corre, un fogonazo en plena noche. Me duermo.
>
> *2 de septiembre*. Nos levantamos a las tres —caos de maletas y bolsas— y nos vestimos deprisa. Sartre se roe obstinadamente una uña. Caminamos hasta el Dôme. Silencio, noche, todo es apacible. Cogemos un taxi y vamos hacia Place Hébert atravesando una noche vacía y templada.

Bajo la luna, la plaza está desierta pese a la presencia eterna de los gendarmes. Tenemos la impresión de ser los personajes de una novela de Kafka, y de que lo que le ocurre a Sartre es algo absolutamente individual, una iniciativa libre y gratuita de la que se desprende una profunda fatalidad que va más allá de los hombres.

3 de septiembre. Me despierto a las ocho y media, llueve. Esta vez estoy bien despierta, no me asiste aquel sueño amodorrado que ayer me sostuvo durante todo el día. Mi primer pensamiento es «es cierto». Enseguida necesito actividad, no puedo estar un minuto sin hacer nada. Me aseo lentamente. Pienso que no estoy exactamente triste o infeliz, no tengo la impresión de que la desdicha anide en *mí*, es el mundo exterior lo que es horrible.

Uno a uno los días y las horas se suceden lentos: suenan las sirenas, la gente corre a los refugios bajo el cielo estrellado, todos con sus máscaras de gas; incluso Simone tiene una. Para guarecerse del ruido, del dolor que se intuía en las calles, escribía su diario en los cafés de Saint-Germain-des-Prés, especialmente en el Flore, y leía sin descanso los diarios de Gide de 1914. El 5 de septiembre anota: «Mucha analogía con el momento presente». El 6 de septiembre cerraron el Flore y tuvo que refugiarse en las mesas de Les Deux Magots y el Dôme: «Me siento tiernamente vinculada a este cruce de Montparnasse, a sus terrazas semivacías, al rostro de la telefonista del Dôme. Aquí me siento en familia». Un día y otro día, y otro más acodada en las mesas de las terrazas con su ejemplar de Gide y con una angustia que no cesa. Ahora en los cafés hay que pagar la bebida enseguida por si suenan las sirenas de alarma y hay que salir corriendo. Simone escribe y lee: *La madre,* de Pearl Buck, *Retrato de una dama,* de Henry James, *Enrique IV,* de Shakespeare. El tiempo parece no tener valor. Sabe que su sufrimiento es insignificante en comparación con la noche trágica que se aproxima.

5 de octubre. Casi no queda nadie en las terrazas de los cafés, empieza a hacer demasiado frío, está todo más desértico que el mes pasado. Regreso a casa por calles negras como túneles; hay una cartita de Bost bajo la puerta que me llena de ternura hacia él.

6 de octubre. Tengo un nudo en la garganta; estas tres últimas semanas han sido una tregua cuya dulzura no alcanzo a comprender, es un sueño sin realidad y ahora me encuentro de nuevo con esta infelicidad desamparada; ayer ya estaba aquí, en todos los rincones de París; sin embargo, hoy ha entrado también en mí, es la sustancia de la que estoy hecha. Desgracia y miedo.

Aquella extraña tregua que describía Simone en su diario era la *drôle de guerre*, un período de la Segunda Guerra Mundial que acabó cuando las tropas del ejército alemán invadieron Francia, en mayo de 1940. Durante la mayor parte de ese tiempo, Simone tuvo que afrontar la contienda sola: daba clases en un instituto femenino, escribía sin parar y esperaba las cartas de Jean-Paul y Bost. Cuando se enteró de que Jean-Paul estaba en Brumath, no dudó en hacer las gestiones para pedir un salvoconducto. Tomó exactamente el mismo tren, y salió desde el mismo andén, que Jean-Paul había tomado. Durante el viaje, anotó en su diario que el campo estaba inundado: «Queda poético y cataclísmico con esos bosques, esos cercos, emergiendo de inmensos estanques». Solo le concedieron veinticuatro horas: en lo primero que se fijó al verlo fue en la «horrible barba esponjosa que lo desfiguraba».

Cuando regresó a París, estaba cansada de llevar el diario, la guerra se había instalado en París, que ahora era una ciudad completamente distinta, una ciudad donde vivían casi exclusivamente mujeres. Estaban Olga, Wanda, su hermana, y dos alumnas con las que tuvo aventuras durante la guerra: Nathalie Sorokine y Bianca Bienenfeld, amantes también de Jean-Paul. Sarah Bakewell escribió en *En el café de los existencialistas* que resulta difícil saber exactamente qué motivaba a Simone a ejercer lo que algunos biógrafos han considerado un «sórdido abuso de poder», cuando en sus relatos autobiográficos da la impresión de que todas aquellas mujeres no parecían importarle mucho. Por lo visto, para Simone aquellas chicas no eran más que satélites que giraban en torno a Jean-Paul. Bakewell lo explica

a partir de «la atmósfera tensa y debilitante del París de la falsa guerra que condujo a muchas personas a adoptar conductas extrañas». Pero hay algo que no puede negarse y que Simone reconocería algunos años más tarde: ellos dos ejercían el control de todas esas relaciones. La indignación de Bianca Bienenfeld fue tan grande que llegó a escribir un libro autobiográfico titulado *Memorias de una joven informal* donde contó detalladamente cómo fue su relación con Simone y Jean-Paul y cómo jugaron con ella.

El 10 de mayo de 1940 los alemanes invadieron Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Simone debía examinar a algunas alumnas el 10 de junio en Ruan y temía quedarse confinada hasta el final de la guerra en un París que se había transformado en una fortaleza: «Yo sentía el avance alemán como una amenaza personal; solo tenía una idea: no quedar separada de Sartre, no dejarme apresar como una rata en el París ocupado». El momento más terrible de la contienda fue cuando se enteró de que habían hecho prisionero a Jean-Paul. Preparó las maletas, guardó en ellas todas las cartas que él le había enviado desde que se conocieron y se marchó de París. Tan inquieta y ansiosa estaba por conocer la situación de Jean-Paul, por saber si había vuelto a la capital, que en plena ocupación decidió volver a la ciudad caminando. Estaba a ciento setenta kilómetros de distancia.

> *29 de junio de 1940*. Estaba a ciento setenta kilómetros de París. Parece fácil decir «los haré a pie si es preciso», pero ciento setenta kilómetros por una carretera asfaltada y bajo un sol de clemencia es una distancia desalentadora y se hace terriblemente absurdo poner un pie delante del otro. A pesar de todo hubo muchos refugiados que anduvieron durante cuatrocientos kilómetros. Me quedé estúpidamente sentada durante un momento, angustiada por no poder volver, pero contenta al sentirme lanzada de pronto a la aventura común, sin privilegios.

No era del todo cierto que no fuera una privilegiada: Simone tenía mil francos en el bolsillo. Finalmente, alcanzó París subida en un camión

alemán. Cuando llegó un silencio lunar se había instalado en la ciudad y la patrona del hotel donde vivía había tirado todas sus cosas porque creía que Simone no iba a regresar. Lo primero que hizo fue almorzar con su padre, que le habló de los campos de concentración a las afueras de París, y visitar a su madre. Al volver esa noche a su cuarto de hotel, pensó que aunque las casas, las tiendas y los árboles de los Jardines de Luxemburgo estuvieran en pie, «ya no había hombres, nunca más los habría, y yo no sabía por qué sobrevivía absurdamente». Después de junio de 1940, ya no reconocía nada, ni las cosas ni a la gente, ni siquiera a ella misma.

En aquellos años de guerra, Simone sufrió la pérdida de su padre. Si le dedicó un libro a la enfermedad y la muerte de su madre, *Una muerte muy dulce*, fue bastante más escueta a la hora de contar en sus memorias cómo murió él: «Yo asistí a su agonía, a ese duro trabajo viviente por el cual la vida se acaba, tratando vanamente de captar el misterio de esa partida hacia ninguna parte. Me quedé mucho tiempo sola con él después del último estertor; al principio estuvo muerto pero presente: era él. Y luego, lo vi alejarse vertiginosamente de mí: me encontré inclinada sobre su cadáver». Georges Beauvoir sufría de malnutrición por la escasez de alimentos debida a la contienda, y después de una operación de próstata la tuberculosis se lo llevó en pocos días.

Una noche, al volver a su hotel, encontró una carta de Jean-Paul que decía: «Estoy en el café de los tres mosqueteros». Simone corrió por las calles y entró sin aliento en el café, pero no había nadie. Uno de los camareros le dijo que el hombre que buscaba la había esperado dos horas y luego se había marchado. Pero iba a volver. Aquel día Simone se dio cuenta de que la guerra lo había cambiado: Jean-Paul le dijo que «había que quebrar ese aislamiento, unirse, organizar la Resistencia». Junto a Jean-Paul y otros amigos intelectuales como Merleau-Ponty fundaron un grupo

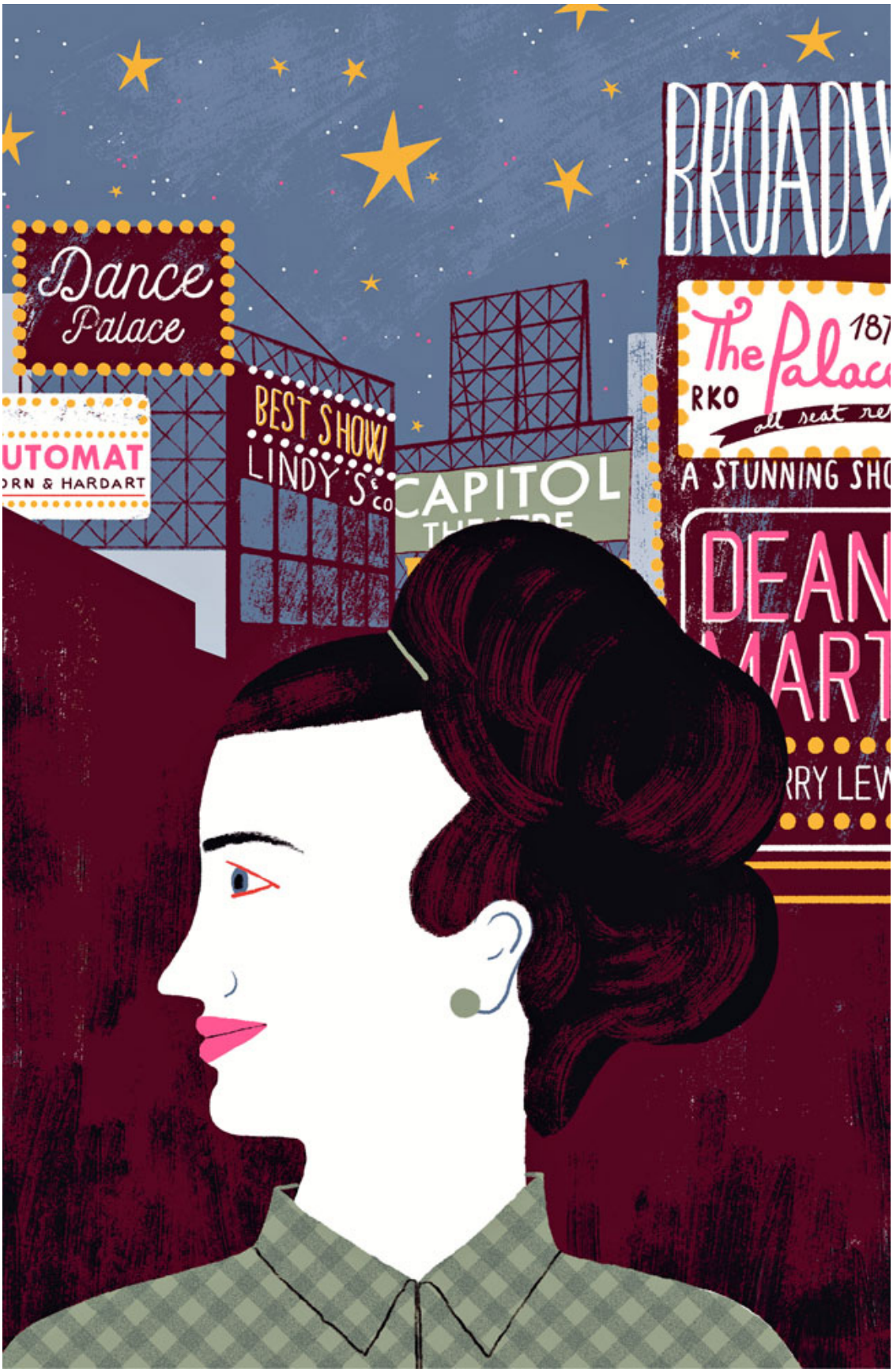
resistente que llevó por nombre Socialismo y Libertad. Contagiada por el entusiasmo de Jean-Paul, Simone comenzaba una nueva etapa: se había percatado de que su vida no era tan solo una historia que ella se contaba a sí misma, sino un compromiso entre el mundo y ella.

En agosto de 1944, París fue liberada y el mundo, el porvenir les fueron devueltos. Después de acabar *La invitada*, Simone se lanzó a la escritura de *La sangre de los otros*, una obra que fue definida como la gran novela existencialista de la Resistencia. Cuando acabó la guerra, Simone y Jean-Paul eran reconocidos por su compromiso como intelectuales. En *La fuerza de las cosas*, Simone escribió que les tocaba el turno de recoger la antorcha de los políticos: «Dirigirse a los hombres era el papel de los que escribíamos». Junto a escritores e intelectuales como Merleau-Ponty, Raymond Aron, André Malraux, Simone y Jean-Paul fundaron la revista *Temps Modernes* en honor a la película de Chaplin que tanto les había gustado.

Gracias a los libros, la revista y a la famosa conferencia que dictó Jean-Paul «El existencialismo es un humanismo», a lo largo de la cual dicen que unas mujeres incluso se desmayaron, Simone y Jean-Paul pusieron de moda el existencialismo, que llegó a convertirse en un estilo de vida: jerséis negros de cuello alto, cabello largo y lacio, cara pálida y voces como la de la cantante Juliette Gréco. La revista norteamericana *Life* le dedicó un artículo y los cafés de París se llenaron de turistas. Años de trabajo obstinado y constante, páginas emborronadas con tinta y una dolorosa guerra para acabar convertidos en un fenómeno de masas: «Me había habituado a mi piel de escritora y ya no miraba ese nuevo personaje diciéndome: soy yo. Me entretenía ver mi nombre en los diarios y durante algún tiempo me divirtieron el ruido que nos rodeaba, mi papel de "figura muy parisina". En muchos aspectos también me disgustaba. No me

asfixiaba la susceptibilidad; reía si me llamaban “la gran sartriana” o “Nuestra Señora de Sartre”, pero algunas miradas masculinas me herían».

Aquel desprecio de algunos periodistas unido a sus vivencias en la contienda sembraron la semilla para la escritura de *El segundo sexo*. Se dio cuenta de que todas las mujeres que conocía habían tenido una experiencia muy parecida: habían vivido como «seres relativos». Simone comenzó entonces a escuchar las voces y los relatos de las mujeres de su entorno. «Empecé a darme cuenta de las dificultades, de las falsas recompensas, de las trampas, de los obstáculos que la mayoría de las mujeres encuentran en su camino; también sentí en qué medida estaban a la vez disminuidas y enriquecidas». Sentada en alguno de los cafés de Saint-Germain-des-Prés, lápiz en mano, sintió la necesidad de hablar de ella, pero para poder hacerlo, tenía que contar qué había significado para sí misma ser una mujer. «Miré y tuve una revelación: este mundo es un mundo masculino, mi infancia se había alimentado de mitos forjados por los hombres y de ninguna manera yo había reaccionado como si fuera un muchacho.»


Dance
Palace
BEST SHOW
LINDY'S & CO
UTOMAT
ORN & HARDART
CAPITOL
BROADV
The Palac
RKO
A STUNNING SHO
DEAN
MART
RRY LEV

NYC
TAXI

8

Simone en la ciudad volcada

> He cerrado los ojos; cuando los abro de nuevo todas las estrellas han rodado por la tierra.

Maeve Brennan pensaba que Nueva York era «una ciudad volcada, medio inclinada, con sus habitantes colgados, la mayoría de ellos aún capaces de reírse mientras se aferran a la peligrosa isla para no caer». Algo así debió de pensar también Simone mientras su avión aterrizaba en aquella ciudad y ella se preguntaba cómo podría saltar de puntillas por encima de su propia vida para caer en esa otra vida que le prometía la isla. Llegó a Nueva York en 1947 para emprender cuatro meses de viajes y conferencias por todo el territorio estadounidense. El objetivo era que una escritora como ella hablara de los problemas morales de los intelectuales en la posguerra y de su responsabilidad y compromiso para evitar otro conflicto.

Su visita era una especie de un acontecimiento mediático y a los redactores del *New Yorker* no se les ocurrió mejor titular para anunciarla que el de «La existencialista más guapa». Aunque Norteamérica fuera la patria del capitalismo, estaba dispuesta a amar a Simone porque había contribuido a salvar a Europa del fascismo, pero ella nunca imaginó que la

amaría tanto. Los cuatro meses que pasó recorriendo el país los plasmó por escrito en un hermoso libro a medio camino entre el diario y la crónica de viajes que llevó por título *América día a día* y que es uno de los testimonios más fascinantes y enriquecedores que nos dejó como viajera y, sobre todo, como *flâneuse*. En esta obra, Simone quiso contar lo que le sucedió, «ni más ni menos. Lo que vi y cómo lo vi; no he tratado de decir más».

Cuando partió rumbo a Nueva York el 25 de enero de 1947 ya se había formado mentalmente una idea de la ciudad gracias a todos los libros que había leído y a todas las películas y fotografías que había visto, relatos que hacían de Nueva York una ciudad legendaria. Era la primera vez que cruzaba el océano y lo hizo en avión: «Me parece que voy a salir de mi vida, no sé si a través de la cólera o de la esperanza, pero algo va a desvelarse, un mundo tan pleno, tan rico y tan imprevisto que conoceré la aventura extraordinaria de convertirme en otra». Cuando estaba a punto de aterrizar cerró los ojos y, al abrirlos, todas las estrellas del cielo rodaban por la tierra. Solo en la infancia había experimentado un deslumbramiento tal: «Todos los tesoros de las mil y una noches con los que soñaba entonces y que jamás había vislumbrado están aquí; todas las barracas de feria donde no entré, los tiovivos de caballos de madera, Magic City, Luna Park…, las tartas de cumpleaños, las arañas de cristal que se encienden por la noche en los salones llenos de música, me han sido devueltos, me han sido dados».

Llegó de noche y se alojó en un inmenso hotel de la calle Cuarenta y cuatro con la Octava Avenida. Antes de subir a su habitación, decidió dar el primer paseo por la ciudad. La paseante compulsiva que era Simone estaba a punto de descubrir a la paseante urbana: «Camino. Broadway. Times Square. Calle Cuarenta y dos. Mis ojos sin recuerdos, mis pasos sin proyecto: desgajada del pasado y del futuro, una pura presencia. Tan pura, tan tenue que duda de sí misma y el mundo está también en suspenso». No

acaba de creerse que haya cruzado una inmensidad de agua para llegar a una ciudad que no es igual a ninguna otra, que parece una ficción: «Ni raíles ni estelas: no he trazado mi paso por la superficie de la tierra; esta ciudad y París no están unidas como dos elementos de un mismo sistema: cada una tiene su propio tiempo, no existen juntas y yo no he podido pasar de la una a la otra. Ya no estoy en París, pero no estoy aquí». Se siente invisible, ajena a todas las miradas, tan anónima como un fantasma. En *Wanderlust*, Rebecca Solnit dedica muchas páginas a comentar las particularidades de los paseantes urbanos, que coinciden con algunas de las emociones que experimentó Simone a su llegada a la urbe norteamericana. En Nueva York, Simone se halla sola porque la ciudad está hecha de extraños y ser una extraña rodeada de extraños, caminar silenciosamente guardando, como si fuera un preciado secreto, el propio asombro e imaginando los secretos de todos los extraños que pasan de largo, forma parte de la identidad de la *flâneuse* urbana.

Es en la peluquería del hotel donde Simone comienza a sentirse menos extraña. En todas las peluquerías de todas las ciudades se sigue el mismo ritual: «El mismo olor, los mismos secadores metálicos; los peines, las borlas de polvos, los espejos carecen de personalidad». Abandonada a las manos que masajean su cuero cabelludo, Simone ya no es un fantasma. El contacto físico la hace volver a su cuerpo. Se siente maravillada ante la agilidad de la joven que la peina con las horquillas. Ya no tienen que ir dándoselas una a una para que le haga el recogido, sino que lleva un imán en la muñeca que las atrae cuando su pelo está seco.

A los dos días, experimenta una revelación mientras contempla desde un banco, por primera vez, el río Hudson —que huele a especias y sal—, a los niños que patinan de un lado a otro y a los vagabundos y los negros sentados al sol. Toda América en el horizonte: «Comprendo lo que he

venido a buscar: esta plenitud que casi solo se conoce en la infancia o en la primera juventud, cuando nos anulamos en beneficio de algo distinto a uno mismo». En cualquiera de sus viajes anteriores —por Grecia, Italia o España— París había seguido siendo el centro del mundo, pero en Nueva York, «París ha perdido su hegemonía».

En *América día a día* llaman la atención los fragmentos que dedica a observar y comparar las diferencias entre las mujeres neoyorquinas y las francesas. La sorprenden todo el rato con sus primorosos peinados adornados con «macetas de flores, pajareras», sus abrigos de visón, los vestidos drapeados, las lentejuelas, los broches y, sobre todo, los zapatos de tacón altísimo. Reconoce que sus «zapatos suizos con suela de crepé», de los que estaba tan orgullosa, la avergüenzan. Además de la capacidad de asombro, del deseo de descubrimiento y de la voluntad, ¿qué otra cosa necesita una paseante para recorrer la isla de Manhattan? Unos zapatos cómodos. «Por la calle, en este día invernal [27 de enero], no me he tropezado con ninguna mujer con zapato bajo, ninguna tenía el aspecto desenfadado y deportivo que yo imaginaba en las americanas; todas van vestidas de seda, cubiertas de plumas, de flores, de volantes.»

Al leerla, no sé muy bien qué pensar. Muchas veces, cuando salgo un domingo por mi pueblo y veo a las mujeres de mi edad vestidas casi como las extrañas con quienes Simone se cruzaba por Broadway, reconozco que tengo prejuicios y me pregunto lo mismo que ella se preguntó: ¿se visten las mujeres para sí mismas o para que las miren? Pero entonces me castigo mentalmente: a mí también me gusta ponerme tacón de vez en cuando, comprarme vestidos algo atrevidos, y esas prendas me dan cierta seguridad. Sus juicios desprendían, en ocasiones, demasiada dureza: «Estas mujeres», escribe Simone, «que no pierden ocasión para reivindicar ferozmente su independencia, cuya actitud hacia los hombres resulta tan fácilmente

agresiva, se visten, no obstante, para los hombres: zapatos que aminoran el paso, plumas quebradizas, flores en pleno invierno; todos esos perifollos son, sin duda, un señuelo que subraya su feminidad y atraen las miradas masculinas. La verdad es que la indumentaria de las europeas es menos servil».

Es significativo descubrir cómo fue juzgada precisamente por lo contrario —por no ir arreglada, por llevar siempre los mismos zapatos— por alguien de la altura intelectual de Mary McCarthy. En *Tres escritoras censuradas*, la investigadora Pilar Godayol cuenta que cuando la escritora Mary McCarthy conoció a Simone por aquellos días en Nueva York —Mary era crítica de teatro en la *Partisan Review*—, no tuvo piedad con ella. Simone llegó a Nueva York con poca ropa y zapatos suizos, y a Mary le gustaba vestirse con pieles y joyas. Pero ambas —«excatólicas intelectuales feministas de izquierdas»— tenían muchas cosas en común, como luego demostraron en sus autobiografías: en la ya citada *Memorias de una joven formal* (1958) y en *Memorias de una joven católica* (1957).

Me ha costado casi treinta y un años de vida darme cuenta de que criticar o envidiar a otras mujeres me debilita, me causa dolor e inseguridad. Es más, el feminismo me ha ayudado a vislumbrar una idea esencial que poco a poco está cambiando mi vida y mi relación con las mujeres: desde niñas, el patriarcado nos educa para competir entre nosotras, para destacar, para ser mejores que las otras, y nos convierte en enemigas. Así las cosas, era normal que Simone y Mary reaccionaran de esta forma; al fin y al cabo, Simone era la novedad, la «existencialista guapa». A Mary la habían educado para sentir que el hecho de que Simone llegara a su ciudad, a su casa, a su grupo de amigos suponía una amenaza. Hay dos ideas que me repito cada pocos días como un mantra: no juzgaré a otras mujeres por su vestimenta y no me sentiré intimidada por el físico de otra mujer.

Las reflexiones que hacía Simone en torno a la manera de vestir de las norteamericanas también tenían que ver con el tema de la clase social: «La indumentaria implica, antes que nada, afirmación de un estándar de vida; de ahí que no haya espacio para un estilo personal intraducible en dólares (salvo en ciertos medios artísticos e intelectuales, pero incluso entonces sobre esa base de seda y piel). Solo existe jerarquía cuantitativa: a tanto dinero, tal tipo de abrigo. El éxito social de una mujer va ligado al lujo de su apariencia».

Antes de irse a Nueva York, ya había empezado a escribir *El segundo sexo* sin saber muy bien todavía en qué tipo de libro acabaría convirtiéndose, pero cuestiones que nunca se había planteado conscientemente ocupaban ahora su mente. Mientras daba vueltas y más vueltas por la isla, y veía a las empleadas afanándose de un lado a otro —secretarias, dependientas—, pensó que para trabajar en una oficina o unos grandes almacenes hacía falta el mismo guardarropa que para ser relaciones públicas de un club nocturno de París, pero con un sueldo mucho más bajo. «Muchas jóvenes no pueden pedir los anticipos necesarios y gran número de colocaciones resultan prohibitivas para las más necesitadas.» Pensó que en Nueva York era casi milagroso que los cabellos y los rostros de todas las mujeres lucieran la misma luminosidad. Debía de ser un milagro muy caro…

Tampoco faltan apreciaciones sobre la vida del artista en la isla. Simone tuvo la oportunidad de conocer a algunos españoles refugiados en Nueva York desde 1940, después de la Guerra Civil española, «españoles rojos». Se encuentra con ellos al atardecer para cenar en un restaurante francés de la ciudad donde los refugiados le cuentan lo dura y cruel que es la vida allí para los pobres y desarraigados. Conoce a C. L., un pintor que ha vivido en muchas capitales europeas casi en la miseria, porque en Europa, escribe

Simone, la pobreza no es una deshonra y un artista sin fortuna puede recurrir a la vida bohemia y pedir un préstamo a los camaradas. La propia Simone había pedido dinero muchas veces durante la guerra. Pero en Nueva York todo es distinto. Su amigo le explica que «no dejan que uno se muera de hambre, pero una invitación a cenar, un anticipo de dinero, son limosnas que se conceden con desprecio y que hacen la amistad imposible».

No es lo único que falla. Acostumbrada a las redes de artistas que ella conoce —los cafés en París son el refugio de los intelectuales, donde se bebe, se come, se escribe y se teje la vida—, le sorprende muchísimo la ausencia de cafés, de salones, en definitiva, la ausencia de espacios para que el encuentro entre intelectuales se produzca. En Nueva York no existe nada ni remotamente parecido a Montparnasse. Después de una precaria jornada de trabajo —cada uno en su propia casa—, es difícil subirse al metro y pasarse otra hora más para encontrarse con algún amigo y, «en semejantes condiciones», confiesa Simone, «sin estímulos, el esfuerzo creador es particularmente ingrato». La vida del artista en Nueva York en los años cuarenta era una vida solitaria y su obra, un producto más. Este amigo pintor le contó algo bastante deprimente que recuerda a la industria cultural actual (al fin y al cabo, Estados Unidos siempre ha estado a la vanguardia de todo) y que ella plasmó: «Casi no hay otro medio para darse a conocer que ponerse en manos de un agente de publicidad. Uno de ellos ha hecho varias ofertas a C. L. con tres propuestas económicas: algo de publicidad, mucha publicidad, una publicidad enorme. Según el agente, la tercera oferta garantiza el éxito; la segunda solo da algunas oportunidades; de todas formas, incluso la primera, que no sirve para nada, resulta carísima para un pintor que no vende». De vuelta al hotel, Simone no puede dejar de asombrarse ante la belleza de las grandes avenidas bajo un cielo de neón, pero camina melancólicamente y recuerda las vidas que sus amigos

llevaban en un Madrid que ahora les está vedado, en un París donde ya no tienen ni trabajo ni techo y piensa que «Nueva York puede ser también una prisión».

Le cuesta dormir por las noches en la ciudad que no duerme. Algo en el aire hace infructuoso el sueño, escribe Simone, y de hecho una no puede evitar acordarse de los versos de Lorca —«No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie. / No duerme nadie»—, que algunos años antes había paseado por las avenidas neoyorquinas con el mismo asombro que ella. Los días le parecen demasiado cortos y el corazón le late más deprisa que en cualquier otra parte. Si pasear es como trazar un mapa con los pies, en tres semanas Simone se sabía el callejero de Nueva York de memoria: deambuló por la ciudad barrio a barrio, las orillas del Hudson, el alto Broadway, el East River o las casas alemanas de la calle Noventa. Todo aquello que le apasionaba de andar por el monte —el viento, el cielo, el frío, el sol, el cansancio—, lo encontró en Nueva York. Cuando a las cinco de la tarde volvía al hotel después de sus paseos diarios, había caminado y mirado tanto que se sentía intoxicada. Pero sus ojos cansados de ver querían ver más todavía. La fascinaban los drugstores. Ante la ausencia de cafés, descubrió estos espacios extraños en que podía pedir zumo de naranja y sentarse en una silla alta donde le colgaban los pies, mientras disfrutaba de la soledad en compañía de extraños. Todas las mañanas se sentaba en uno de ellos, estudiaba en el mapa las calles por las que pasearía ese día y leía con voracidad el *New Yorker*.

La mayor sorpresa para la francesa fue amar Nueva York tanto como París. Después de recorrerse la isla de punta a punta, sintió que formaba parte de la misma. Sigámosla mientras cruza sola el puente de Brooklyn por primera vez: «Por un estrecho pasillo barrido por el viento que se filtraba a través de la barandilla. Las vigas de hierro se estremecían al paso de

camiones y trenes: el puente parecía peligroso como un sendero de montaña en plena tempestad. Mi camino solitario bajaba hacia la calle en complicados meandros, justo igual que un abrupto repecho adentrándose en un valle». Pasear por la ciudad a veces era como hacerlo por las afueras de Marsella; había colinas asimismo en mitad de la isla: «En pleno Harlem, también me he apoyado en gigantescos peñascos trepando por sinuosos senderos […] un valle sombrío surcado por trenes se abría a mis pies y he bajado a esa vaguada, me he perdido en esas calles desconocidas y de pronto me he encontrado en un puente metálico atravesando la ría de Harlem». Simone había hecho suya Nueva York. Amaba la ciudad y su vida en ella tanto como su vida en París. Pero la aventura amorosa no duraría eternamente. El 13 de febrero Simone partió con el corazón tan desgarrado como cuando se deja a alguien: «Lejos, a mi espalda, la flecha del Empire State Building se enciende y yo no la veré. Nunca jamás contemplaré Nueva York con mirada nueva».

En las treinta y seis horas que Simone pasó en Chicago, le dio tiempo a descubrir la otra cara de Estados Unidos de la mano del escritor Nelson Algren, uno de los grandes amores de su vida. Llegó el 21 de febrero y se hospedó en la decimosexta planta del hotel «más monstruoso» que había visto nunca: el Palmer House. Una joven intelectual a la que había conocido en Nueva York le dijo que llamara a Algren para que le enseñara la ciudad. En cuanto llegó al hotel, pensó en telefonear al escritor, pero no fue tan sencillo localizarlo. Hasta cuatro veces le colgó Nelson creyendo que esa extraña voz con acento que se oía al otro lado de la línea telefónica se había equivocado. Para reconocerse, ella llevaría un ejemplar de la *Partisan Review* bajo el brazo. En *América día a día* (1948), Simone contó su primer encuentro con él en un bar pequeño y silencioso, pero esperó unos años

para relatar en *La fuerza de las cosas* (1967) la complicidad que surgió entre ellos casi de manera instantánea.

El acento de Nelson era tan cerrado, que a Simone le costaba entenderlo. El escritor le propuso mostrarle los «bajos fondos de Chicago» y ella aceptó. La llevó por la avenida West Madison, conocida como el Bowery de Chicago, donde había bares miserables, hacía mucho frío y los «hombres con cara de náufrago se ocultan en la penumbra de las puertas o merodean por aceras con placas de hielo». Nunca la miseria le había parecido tan desesperada. Había estado en los arrabales de Vallecas en Madrid, en el barrio de Graça de Lisboa, en las calles de Nápoles y en la Susa marroquí, pero en aquellas sombrías calles de Chicago los pobres estaban malditos. «No tienen hogar ni familia ni amigos ni un lugar bajo el sol; solo son desechos, una escoria inútil a la que se trata sin piedad: pero entonces, ¿qué han venido a hacer aquí? El optimismo universal los convierte en sospechosos.» Nunca una ciudad la había rodeado con una densidad tan impenetrable. En compañía de aquel extravagante escritor, que vivía en una barraca en el barrio polaco, se sentía más perdida que nunca, pero también menos sola.

Antes de irse, lo llamó desde el vestíbulo de su hotel; tuvieron que arrancarle el teléfono de las manos. Su siguiente parada era Los Ángeles y en las horas que duró el trayecto, leyó uno de sus libros sin dejar de pensar en él. El encuentro con Nelson la había emocionado porque ya «no soportaba el espeso olor a dólares que se respira en los grandes hoteles y en los restaurantes elegantes» de Estados Unidos. Volvería muchas veces más a Chicago y los dos mantendrían una relación intermitente y paralela a la de Simone con Jean-Paul. A su vez, él estaba viviendo un amor «contingente» con la bailarina Dolores Vanetti, que estuvo a punto de acabar con la relación con Simone, y que duró años: de 1947 a 1964.

Simone llegó a escribir trescientas cuatro cartas que se publicaron póstumamente en el volumen *Cartas a Nelson Algren. Un amor transatlántico* (1997). Aún no hemos podido leer las que Nelson le escribió a ella porque los agentes del escritor han prohibido su publicación. La primera misiva de Simone —escrita en inglés y con unas líneas iniciales en que se disculpaba por sus fallos de gramática— lleva fecha del 23 de febrero, cuando ella acababa de dejar Chicago e iba en tren hacia California: «No me gustó decirte adiós, quizá no volvamos a vernos en toda mi vida. Me gustaría volver a Chicago en abril, te hablaría de mí y tú me hablarías de ti. Pero no sé si tendré tiempo suficiente. Además, me pregunto: si ayer fue desagradable decirnos adiós, ¿no será mucho peor tener que despedirnos cuando hayamos pasado cinco o seis días juntos, cuando seguramente seamos buenos amigos? No lo sé. De todos modos, sea adiós o hasta luego, estoy segura de que no olvidaré estos dos días en Chicago, quiero decir que no te olvidaré». Simone volvió a Chicago y él se marchó con ella a Nueva York. Estuvieron juntos hasta el sábado 17 de mayo por la tarde, cuando ella se subió a un avión con destino a París: «Estaba un poco aturdida; ni siquiera pude llorar, tan solo estaba aturdida. Luego despegó el avión. Me encantan los aviones. Creo que cuando uno se encuentra en un estado de emoción aguda, es la única forma de viajar que se adecua a ese estado de ánimo. El avión y el amor, el cielo y la tristeza y la esperanza eran una y la misma cosa. Pensé en ti, lo recordé todo con esmero». El aturdimiento le duraría un buen rato.

Cuando llegó a París, pasó dos meses «penosos». Echaba de menos a Nelson, su última novela, *Todos los hombres son mortales,* había sido un fracaso según la crítica, y estaba estancada. No conseguía superar la experiencia americana ni avanzar en la escritura de su ensayo sobre la mujer. «Hago un trabajo de marmota», le decía a Jean-Paul. La ansiedad no

la dejaba concentrarse y no sabía bien si debía continuar su relación con Nelson o dejar que lo que sentía muriese con el tiempo. ¿Qué sentido tenía mantener una relación a tanta distancia? Como sabemos por las cartas y la autobiografía de Simone, la mantuvieron durante años entre Chicago, París y algún otro destino. Ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar sus orígenes atrás y, además, Simone tenía a Jean-Paul. Es muy interesante y revelador leer cómo lo cuenta ella en *La fuerza de las cosas*: «Aunque Sartre no hubiera existido no habría fijado mi residencia en Chicago, y si lo hubiera intentado no habría soportado más de uno o dos años un exilio que arruinaba mis razones y mis posibilidades de escribir». Simone hablaba inglés, conocía la historia y la literatura de su país, leía sus libros y cuando estaba con Nelson se «olvidaba de sí misma». Aquello era peligroso porque él no hablaba francés, apenas había leído algunos artículos de ella y la literatura francesa en general le interesaba poco. ¿Por qué era ella quien tenía que renunciar a su vida? Y había otra cosa: Simone era una autora más conocida en París de lo que Nelson lo era en Chicago y ella pensaba que él le «tenía rabia».

Simone era muy consciente de la amenaza que suponía su éxito profesional para Nelson, pero también que ella no podía ofrecerle una entrega absoluta. Él quería casarse, tener una esposa, vivir lejos de los focos, y no entendía la manera en que Simone y Jean-Paul dividían el amor entre amores necesarios y contingentes. En un momento muy lúcido y honesto de *La fuerza de las cosas*, Simone confiesa que Jean-Paul y ella habían sido muy ambiciosos al querer conocer «amores contingentes», pero habían pasado por alto cómo se adaptarían un tercero o una tercera a ese orden: «Si el protagonista deseaba más, estallaban los conflictos». Hubo muchos amores contingentes para ambos, que pagaron su ambición en mayor o menor medida.

En *La fuerza de las cosas*, Simone llegó a preguntarse si existía alguna reconciliación posible entre fidelidad y libertad. «Y, si es así, ¿a qué precio?» Por ejemplo, al de la violencia verbal de los otros. Cuando Nelson leyó el tercer volumen de las memorias de la autora, publicó una crítica feroz en el *Harper's New York*: «Cualquiera que pueda experimentar el amor de forma contingente tiene una mente desquiciada. ¿Cómo puede el amor ser contingente? ¿Contingente en relación con qué? […] Ella y Sartre erigieron una fachada de respetabilidad pequeñoburguesa detrás de la cual ella podría seguir buscando su propia feminidad. Los proxenetas son más honestos que los filósofos».

En el prólogo a las cartas de Simone a Nelson, Sylvie Le Bon de Beauvoir contó que desde aquella última crítica llena de odio hasta su muerte, en 1981, el escritor se mantuvo en silencio. Las circunstancias de la muerte de Nelson Algren, explica Sylvie, «superan en carga simbólica lo que parecería verosímil en una novela: muerte solitaria en solitario, muerto en su casa y sin que nadie se preocupe por su inhumación».

Simone escribió que nunca se había arrepentido de aquella relación porque le dio mucho más de lo que le arrebató. Es más, le proporcionó material suficiente para llenar algunas páginas de la novela que le daría el reconocimiento literario: *Los mandarines*.

9

El segundo sexo da mucho miedo

> No nos dejaremos intimidar por el número y la violencia de los ataques dirigidos contra las mujeres.

Mientras me planteaba este libro le di vueltas a cómo hablar de *El segundo sexo*. En otras ocasiones he comentado lo que supuso para mí el descubrimiento del feminismo a través de la lectura clandestina de *El segundo sexo* en los viajes en autobús de mi pueblo a Sevilla y de Sevilla a mi pueblo. Reconozco que, cuando tenía veinte años, no se me había pasado por la cabeza que la publicación de este ensayo en 1949 hubiera sido un escándalo. Pero me equivocaba: cuando Simone publicó *El segundo sexo* sufrió acoso en las redes sociales de su tiempo: los artículos de opinión de los periódicos y su buzón.

Empezaré por el principio. La concepción de esta obra fue prácticamente fortuita. Simone no sabía muy bien sobre qué escribir en aquel entonces, pero sí tenía claro que quería hablar de sí misma y se dio cuenta de que tenía que describir la condición femenina, aun sin considerarse feminista. *El segundo sexo* comenzó a publicarse en mayo de 1949 en la revista *Les Temps Modernes*, que Simone coordinaba junto con algunos amigos, con un

estudio sobre *La mujer y los mitos*. Simone leía sin parar en la Biblioteca Nacional, por las tardes escribía en la casa de Jean-Paul y pasaban las noches en los cafés de Saint-Germain-des-Prés. En un principio, consideró la opción de escribir sobre «los mitos que los hombres han forjado de ella a través de las cosmologías, las religiones, las supersticiones, las ideologías, las literaturas. Trataba de poner orden en el cuadro, a primera vista incoherente, que se me ofrecía: en todo caso el hombre se ponía como sujeto y consideraba a la mujer como un objeto, como la Otra». Sin embargo, Jean-Paul la animó a indagar también en las bases fisiológicas de esta diferencia.

Simone no tenía en mente escribir un ensayo extenso, pero su estudio sobre los mitos quedaba en el aire «si no se sabía qué realidad encubrían». Y así fue como se sumergió en la lectura de fisiología y de historia. «Me había puesto a mirar a las mujeres con unos ojos nuevos e iba de sorpresa en sorpresa. Es extraño y estimulante descubrir bruscamente a los cuarenta años un aspecto del mundo que hiere la vista y que uno no veía.» Para el segundo volumen, Simone se puso a contar sistemáticamente cómo se crean desde la infancia hasta la vejez las posibilidades que conciernen a las mujeres, sus límites, sus frustraciones, sus oportunidades y realizaciones.

Trabajó en esta obra dos años. Comenzó en octubre de 1946 y la concluyó en junio de 1949, con un breve paréntesis en 1947 cuando estuvo en América y, mientras tanto, dedicó varios meses a la escritura de *América día a día*. Simone terminó el primer volumen en otoño y lo llevó a su editorial, Gallimard. Todavía no tenía título. Ella y Jean-Paul le daban vueltas, pensaron titularlo algo así como *Ariana* o *Mélusine*, pero como Simone rechazaba los mitos, concluyó que ninguno de los dos nombres sería apropiado. Entonces pensó en *La otra*, en *La segunda*, pero ya habían sido usados. Una noche en su habitación, Jean-Paul, Bost y ella pasaron

horas soltando palabras al aire, como en una lluvia de ideas. Simone sugirió *El otro sexo*, pero fue Bost quien propuso *El segundo sexo*. El primer tomo se publicó en junio y el segundo, *La experiencia vivida*, salió en noviembre, pero algunos capítulos como «La iniciación sexual de la mujer», «La lesbiana» o «La maternidad» fueron apareciendo en *Les Temps Modernes*.

El primer volumen, cuenta Simone, fue un éxito: vendió unos veintidós mil ejemplares en la primera semana. El segundo también se vendió, pero entonces estalló el escándalo. Ella calificó de «perrería francesa» todo el ruido que se armó a raíz de la publicación de los capítulos en la revista. Se asombró la primera vez que la llamaron «valiente». «¡Valiente! ¡Va a perder muchos amigos!», le dijeron. «Si los pierdo, pensé, no son amigos míos. De todos modos yo había escrito este libro tal como quería escribirlo; pero ni por un instante me creí valiente.»

Lo que más le criticaron fue la «indecencia». Los ejemplares de la revista se vendían como churros, pero la gente los leía a escondidas, en la intimidad de sus casas o a hurtadillas en los cafés. Simone comenzó a recibir en su buzón y en el de la revista cartas, sátiras, epigramas y advertencias firmadas, por ejemplo, por «miembros muy activos del primer sexo». La virulencia de los insultos no tenía límites. La llamaron, por este orden, «insatisfecha, frígida, priápica, ninfómana, lesbiana, cien veces abortada, madre clandestina». Los remitentes de las misivas se ofrecieron hasta a curarla de su «frigidez» y «sacar mis apetitos de gula». Simone incluso llegó a entenderlo, supuso que aquellas cartas anónimas eran como los garabatos obscenos que se hacen en los baños públicos, pero cuando la violencia empezó a llegar de periodistas, escritores y algunos compañeros, le hizo mucho más daño. El escritor François Mauriac envió una carta a la redacción de *Les Temps Modernes* con el siguiente mensaje: «He aprendido todo sobre la vagina de tu patrona». Simone no dudó en publicarla en la

revista, lo que provocó que Mauriac escribiera un artículo en *Le Figaro Littéraire* donde decía: «Hemos alcanzado literalmente los límites de la abyección. Es el bejuquillo que nos hacían regurgitar cuando éramos niños para que vomitáramos. Acaso sea este el momento de la última náusea: la de la liberación». Y además lanzó una encuesta para condenar la pornografía y los artículos de Simone. Después de aquel episodio, llegaron a burlarse de ella en los cafés y a señalarla con la mirada. Al ver cómo reaccionan actualmente en sus columnas de opinión algunos articulistas ante la celebración de los centenarios de algunas escritoras, por ejemplo, no me sorprende nada lo que le ocurrió a Simone; lo que sí me sorprende es que setenta años más tarde las cosas no hayan cambiado mucho.

Cualquiera de las frases que escribió Simone a propósito del tema en *La fuerza de las cosas* da una idea de lo que vivió: «Me han dejado perpleja la violencia de esas reacciones y su bajeza. En Francia los hombres se sienten amenazados por la concurrencia de las mujeres; para mantener contra ellas la afirmación de una superioridad que las costumbres ya no garantizan, el medio más simple es envilecerlas. Una tradición licenciosa proporciona todo un arsenal que permite reducirlas a su función de objetos sexuales: dichos, imágenes, anécdotas y el mismo vocabulario; la actitud crítica de las mujeres liberadas hiere o fatiga a su compañero; suscita resentimiento en ellos. La perrería es la vieja picardía francesa retomada por machos vulnerables y rencorosos».

Primero la insultaron y, más tarde, intentaron desautorizarla. Cuando se publicó el libro completo en noviembre, hubo una protesta general de los críticos. Simone estaba equivocada: «Las mujeres habían sido iguales a los hombres, nunca inferiores, todo lo que yo decía ya se sabía, no había una palabra verdadera en mi libro». Como aquello tampoco surtía efecto, intentaron enemistarla con su género atacándola por considerarla una

«misógina». Armand Hoog escribió al respecto que se sentía humillada por ser mujer y que rechazaba su condición. En *Liberté de l'Esprit*, Boisdeffre y Nimier dijeron que Simone era una «pobre muchacha, neurótica, una rechazada, una frustrada, una desheredada, una virago, una insatisfecha sexual, una envidiosa, una amargada cargada de complejos de inferioridad ante los hombres y ante las mujeres».

Simone tenía muchos amigos hombres que siempre la habían hecho sentirse reconocida y no entendía cómo esa humillación, que era nueva para ella, no había pesado en su vida hasta entonces. Pero aun sus amigos se mostraron recelosos: uno de ellos, furioso tras la lectura de *El segundo sexo*, había lanzado el volumen contra la pared. Incluso Albert Camus la acusó de haber «ridiculizado al macho francés». Aunque aquello no era nuevo para Simone: en otra ocasión, Camus les había confesado a Jean-Paul y a ella que «no toleraba la idea de ser medido, juzgado por una mujer: ella era el objeto, él la conciencia y la mirada». Esto me recordó a lo que el escritor noruego Karl Ove Knausgård le dijo a la ensayista norteamericana Siri Hustvedt en una entrevista: «Nuestra obra se ve a través de los ojos de los hombres. Por muy brillante que sea una autora, nunca será competencia. No cuenta». A Camus le costó admitir lo que decía Simone porque significaba reconocer su autoría como escritora, como voz pública, algo que todavía ocurre con frecuencia. La propia Hustvedt explicaba así la visión de Knausgård, que nos sirve para entender la de Camus: «A los hombres les cuesta admitir la autoría de una mujer. Piense que "autor" viene de "autoridad". Y admitir a una mujer como autora es reconocerle cierta superioridad y leerla requiere la humildad de dejar que te enseñe».

Incluso el Vaticano tuvo algo que decir: incluyó *El segundo sexo* en el «Índex» de libros prohibidos, argumentando que «una sociedad que lee semejante literatura se muestra corrupta y decadente. La autora considera la

institución del matrimonio una mentira y defiende el amor libre. Afirma que cualquier método es bueno si permite a la mujer liberarse de la esclavitud de la maternidad. Pone la emancipación de la mujer por encima de todo, en especial por encima de las leyes de la moral, y acusa a la Iglesia de haberse opuesto a esa emancipación. La Iglesia debe condenar con energía esa doctrina inmoral que pisotea las buenas costumbres y la santidad de la familia». ¿Qué es lo peor que había dicho Simone? ¿Qué para poder realizarse la mujer debía construirse una vida propia a través de su trabajo y su vocación? Pues eso.

Ya fuera por sus palabras, su peinado o sus relaciones sentimentales, Simone nunca se libró de que la juzgaran. Desde que comenzó a ser considerada una autora existencialista, los periódicos y las revistas le dedicaban artículos. El *Paris Match* llegó a publicar una fotografía de Simone sentada en un café de Saint-Germain-des-Prés con el siguiente texto: «Es tan sencilla que resulta un descanso para los ojos, ignora a los peleteros de lujo y a los modistos de la Rue Royale. Ha traído de América su único abrigo: lo escogió el escritor negro Richard Wright. París ama la trenza en diadema de Simone de Beauvoir y su voz ronca, pausada, un tanto trágica. Forma parte de la mitología parisina, pero su auténtico rostro está en sus libros».

¿Cómo iban a alcanzar las mujeres la grandeza en literatura si todo conspiraba para hundirlas? En el interesantísimo ensayo *En el café de los existencialistas*, Sarah Bakewell plantea que para Beauvoir la mayor inhibición de las mujeres procede de su tendencia a verse a sí mismas como «otras», en lugar de como sujeto trascendente. No en vano, Simone recurrió al ensayo de Virginia Woolf *Una habitación propia* para demostrar que, aun nacida con el mismo talento que su hermano, Judith, la supuesta hermana de Shakespeare, no hubiera triunfado, pues la sociedad conspira para que

las mujeres duden de sí mismas, se sientan impostoras y acaben renunciando a sus ambiciones.

Respecto al capítulo sobre la maternidad, muchos hombres volvieron a desautorizarla argumentado que, como no era madre, no tenía derecho a escribir sobre la maternidad. «¿Y ellos?», se preguntó Simone. También dedicó un capítulo al problema del aborto, de consecuencias insólitas. Una mañana, mientras Simone estaba en la cama, un hombre golpeó a su puerta al grito de «¡Mi mujer está embarazada! Deme una dirección…». Si a los treinta años le hubieran dicho que su público más serio serían las mujeres, se habría «sorprendido y hasta irritado», pero nunca arrepentido: «Divididas, desgarradas, inferiorizadas, para ellas existen, más que para los hombres, apuestas, victorias, derrotas. Me gusta más tener a través de ellas un alcance limitado, pero sólido, sobre este mundo, que flotar en lo universal». En *La fuerza de las cosas* llegó a confesar que, de todos sus libros escritos hasta entonces, *El segundo sexo* era el que le había procurado más satisfacciones.

Durante mucho tiempo se dudó de la voz autorial de Simone, considerándola poco menos que una discípula de Jean-Paul. En una entrevista que concedió treinta años después de la publicación de *El segundo sexo*, soltó: «¡Fui yo quien pensó todo eso! ¡No fue Sartre, en absoluto!». En el libro de Bakewell sobre el existencialismo, hay una parte muy curiosa que muestra de qué manera el ensayo de Simone quedó fuera del canon: «Podría haberse establecido en el canon como una de las mayores reevaluaciones culturales de los tiempos modernos, un libro para colocar junto a las obras de Charles Darwin, Karl Marx y Sigmund Freud. Beauvoir evaluó las vidas humanas de nuevo demostrando que somos seres profundamente marcados por el género: ella resituó a los hombres con relación a las mujeres. Como los otros autores citados, su libro exponía

mitos. Como los demás, sus argumentos eran controvertidos y abiertos a críticas en su especificidad…, como ocurre inevitablemente cuando uno hace afirmaciones importantes. Sin embargo, jamás fue elevado al panteón». Bakewell se pregunta si no es esa una prueba más de sexismo y cuenta que, en la edición inglesa de 1953, su primer traductor, el profesor de zoología Howard M. Parshley, tituló la segunda parte, *L'expérience vécue* («La experiencia vivida»), *Woman's Life Today* («La vida de una mujer hoy»). Tanto Bakewell como Toril Moi han observado que parece el título de una revista femenina. Incluso las portadas de las ediciones de bolsillo del libro en inglés de los años sesenta y setenta eran sexistas. Las portadas con imágenes de mujeres desnudas y borrosas le recordaban a Bakewell a «una obra de porno blando». Su sarcasmo furioso no tiene límite: «Ninguna edición de *El ser y la nada* de Sartre tuvo nunca a un hombre musculoso en la cubierta vestido solo con delantal de camarero».

El segundo sexo ha ayudado a muchas mujeres a tomar conciencia de sí mismas y de su situación. Durante años Simone recibió miles de cartas de mujeres que repetían una y otra vez el mismo mensaje: «Su libro me ha ayudado mucho. Su libro me ha salvado». Muchas fueron a verla, alentadas por su texto, le contaron cómo eran sus vidas. Por encima de cualquier otro texto, *El segundo sexo* fue el libro que estableció los debates del movimiento feminista. Como escribió Lisa Appignanesi, «ningún otro análisis de la mujer ha investigado de forma tan plena y tan sutil los factores culturales que, a lo largo de los siglos, han modelado la experiencia de las mujeres». Quizá en su momento Simone no supo verlo, pero sí fue una autora valiente porque escribió sobre la sexualidad femenina, el deseo, el lesbianismo, el aborto, temas que eran todavía un tabú en Francia, un país que concedió a las mujeres el derecho a votar tan solo cinco años antes de la publicación de *El segundo sexo*. Según el ensayo *El movimiento feminista*

en España en los años 70, en nuestro país fue uno de los libros más leídos por las universitarias en los últimos años del franquismo; por entonces, prácticamente solo se conseguía en la clandestinidad de alguna librería o en el extranjero. ¿Y ahora?

Ahora podemos abordar estos temas con libertad —o lo intentamos—, pero a las mujeres que ejercen su libertad sigue juzgándoselas con una dureza similar a la que soportó Simone. Cómo un texto de 1949 pueda albergar tanta certeza y lucidez sobre lo que vivimos todavía hoy: «No nos dejaremos intimidar por el número y la violencia de los ataques dirigidos contra las mujeres, ni engañar por los elogios interesados que recibe la "mujer mujer"; ni ganar por el entusiasmo que suscita su destino entre hombres que no quisieran compartirlo por nada del mundo».

«Escribía, tachaba, volvía a comenzar, me atormentaba, me fatigaba, sin esperanza», escribe la autora en sus memorias. Tras la publicación de *El segundo sexo*, Simone vivía algo parecido a un bloqueo. Veía el horizonte «tan negro» que sentía que le costaba retomar la escritura. Ya había olvidado el éxito de *La invitada*; *La sangre de los otros* se había esfumado como si nada; *Todos los hombres son mortales* había sido un pequeño fracaso y *El segundo sexo* había destrozado su reputación como autora. A pesar de todo, ella no dejaba de escribir, pues no sabía hacer otra cosa. Pasear y escribir, ambas cosas con el mismo fervor. «La historia ya no me llevaba, sino al contrario. Mi literatura iba a perderse en el desierto.» Estaba convencida de que el libro que se traía entre manos no tendría resonancia en Francia.

Su vida había cambiado. Ahora se quedaba en casa, palabra que cobraba un nuevo sentido. Durante toda su vida, Simone no había poseído nada, pero ahora vivía en el número 11 de la Rue de la Bûcherie en una habitación

propia decorada por ella misma con cortinas rojas en las ventanas, lámparas de pie de bronce verde y, colgados de las paredes, diferentes objetos como recuerdo de sus viajes (huevos de avestruz del Sáhara, tambores de plomo, tambores que Jean-Paul le había traído de Haití, espadas de vidrio y espejo venecianos). Desde su escritorio, Simone veía el Sena y la catedral de Notre Dame encuadrados por el marco de la ventana.

Acabó con esfuerzo la primera versión de una novela sin título y se la entregó a Jean-Paul para que este la leyera. Por primera vez, no le había enseñado nada mientras escribía. «No hubiera soportado que ninguna mirada, ni siquiera la de él, se posara en las páginas todavía calientes.» Simone se encaminaba a los cincuenta años con la sensación de final de una etapa: «Nunca más dormiré al calor de un cuerpo». Ya no le apetecía tener aventuras amorosas y su cuerpo tampoco le pedía nada; sin embargo, algo dentro de ella se negaba a ese vacío, ¿acaso era demasiado vital para renunciar al deseo? Sentía cómo «un gran pedazo de mí misma» desaparecía precipitadamente y no podía hacer nada. La escritura no la ayudaba a vislumbrar un porvenir más luminoso y, después de que Jean-Paul le comentara los puntos débiles que había encontrado en su libro, sintió que todo estaba perdido, otra vez.

La relación con él también se había enfriado. Habían dejado de pasear, de vagabundear por las calles de París y de ir al cine por las noches. El dolor no era tan intenso para abandonar la escritura, pero sí suficiente para filtrarse en las palabras de su heroína: «No sentirme feliz me hace desdichada». Durante toda su vida, Simone sufrió de manera intermitente esos episodios de tristeza y ansiedad que acababan por paralizarla. «Esta frágil tristeza mía», escribió en *La fuerza de las cosas*, «era como una caja de resonancia que captaba un concierto de llantos; una desesperación

universal se insinuaba en mi corazón hasta hacerme desear el fin del mundo.»

Entusiasmo y desolación, tristeza y euforia, deseo y frustración: el mito de Beauvoir, el relato establecido de su vida, nos muestra, por una parte, a una mujer sin grietas, sin fisuras y, por la otra, a una mujer a un Sartre pegada, la «Notre Dame de Sartre» como la llamaban. En lo que podría denominar como «mi paseo por su vida», he descubierto que Simone era una entusiasta, una obstinada, víctima de unos cambios de humor que la sumergían en las profundidades abismales de su alma y que fue feliz, muy feliz, pero también vivió terriblemente angustiada. Y esa Simone que en sus memorias se contradice, que se deprime y que se siente una perdedora es, quizá, la que más honesta me parece. O quizá sea la que tiene más que ver conmigo. «La biografía», escribe Lyndall Gordon, «solo puede progresar si pone en cuestión las leyendas y las tramas obsoletas que se configuran a lo largo de una existencia.» Repasando esos momentos más oscuros de su vida, cuando discutía con su padre sobre el camino que debía seguir, cuando murió Zaza, cuando supo que tendría que pasar un año sola en Marsella lejos de Jean-Paul, todas las veces en que dudó de sí misma y de su escritura, tuve ganas de agarrarla de la mano y decirle que este dolor también pasaría.

Uno de los episodios más duros de su vida se dio justo en los meses en que desconfiaba de la escritura de *Los mandarines*. Simone comenzó a sentir «un ligero dolor en el seno derecho y en cierto lugar una dureza». A Lucienne Baudin, la mujer que le pasaba los textos a máquina, acababan de diagnosticarle un cáncer de mama y Simone no podía dejar de pensar en «la insólita nuez». Su cuerpo ya no le parecía invulnerable. Descartaba la idea del cáncer al mismo tiempo que esa posibilidad la atormentaba. Cuando se lo contó a Jean-Paul, él le recomendó que fuera al médico para que la

tranquilizara. Simone recuerda en sus memorias cómo se moría de calor caminando por una triste avenida hacia la consulta en una tarde de abril de esas que el verano toma como rehén. «El cirujano me comentó que dada mi edad era prudente operarme y hacer inmediatamente una biopsia.» El doctor empeoró las cosas cuando le pidió su consentimiento para practicarle la extirpación del seno en el caso de que fuera un tumor maligno. Ella salió estremecida de la consulta y entró el domingo por la noche en la clínica, pues la biopsia se la practicaban el lunes. «Cuando volví al mundo, oí una voz: "Usted no tiene absolutamente nada" y cerré los ojos otra vez.» Estaba a salvo.

Aquello le dio la fuerza necesaria para retomar la escritura con todas las ganas del mundo y sin temor. El fracaso personal y el deseo de salvar su vida con palabras la habían ayudado a escribir *La invitada*. Redactaría su siguiente novela guiada por el mismo impulso. Simone ansiaba escribir sobre cómo había cambiado el mundo tras la Segunda Guerra Mundial y cómo el espíritu de la Resistencia había fracasado. Quería emprender la acción política a través de la literatura. Los mítines, los manifiestos y las discusiones la aburrían soberanamente, pero le interesaba todo lo que removía la tierra. «A través de ardientes conflictos o en silencio, las amistades que llameaban a mi alrededor al final de la ocupación se habían casi extinguido: su agonía se había confundido con las de nuestras comunes esperanzas y mi libro se organizó en torno a ellas. Para hablar de mí tenía que hablar de nosotros, en el sentido que tenía la palabra en 1944.» Trabajó en la novela con toda la obstinación de que era capaz y compuso tres personajes femeninos que luego fueron criticados por no reflejar la responsabilidad política de las mujeres. Simone se justificó afirmando que había descrito a las mujeres de su novela como las veía por entonces, divididas: «Paule se aferra a los valores tradicionalmente femeninos: no le

bastan, se desgarra hasta la locura; Nadine no llega a aceptar su feminidad ni a superarla; Anne se aproxima más que las otras a una verdadera libertad; lo mismo no logra encontrar en sus propias actividades un logro. Desde un punto de vista feminista, ninguna puede ser considerada una "heroína positiva". Lo acepto pero no me arrepiento». Aunque Anne era su álter ego, Simone no la dotó de la tenacidad con que ella se entregaba a la escritura ni con la independencia que le proporcionaba su oficio.

En medio de aquel torbellino de emociones —propio y de los personajes de su novela—, llegó a su vida el joven Claude Lanzmann. En sus memorias, Simone confesó que tenerlo a su lado la liberó de su edad y de nuevo sintió la alegría, el asombro y la frescura del mundo. Después de romper con Nelson y de aquella etapa de decadencia física e intelectual, volvió a «caer con entusiasmo en la felicidad». Pero había algo que no encajaba del todo: la novela no avanzaba y se dijo: «Voy a mandar todo a la mierda». Claude y Bost la alentaron para que no abandonara el proyecto y con mucho esfuerzo lo acabó al cabo de unos meses. La ansiedad no nacía solo de ella: amigos, lectores y conocidos la bombardeaban con las típicas preguntas que ninguna escritora con bloqueo —o sin él— quiere oír: «¿No escribe usted más? ¿Por qué no escribirá más? Hace mucho que no escribe nada…». Cada vez que aparecía la nueva novela de algún escritor de talento más rápido con la pluma que ella, sentía eso que sentimos muchas e intentamos disimular: un ataque de celos.

Mientras pensaba qué hacer con el libro, emprendió algún que otro viaje con Claude. La sola visión de los árboles y las piedras, de los cielos y los colores y murmullos de los paisajes, la conmovían como en su juventud. A orillas del Loira le daba vueltas y más vueltas, como siempre, al título que llevaría su nueva obra: ¿*Los sobrevivientes*? ¿*Los sospechosos*? ¿*Los «Griots»*, como propuso Jean-Paul? La novela se llamaría *Los mandarines*.

Después de tantas dudas, de tantos días intentando no caer en la desesperación, la novela se publicó en Gallimard, obtuvo muy buenas críticas en los periódicos y ganó uno de los premios literarios más prestigiosos en Francia: el Goncourt. Aquel premio era todo un acontecimiento, quienes lo ganaban salían a celebrarlo a la Place Gaillon, donde la prensa y los lectores acudían multitudinariamente para recibirlo. Simone no quería participar en aquel juego. Había sufrido tanto con las críticas a *El segundo sexo* que, por muy emocionada que estuviese, no deseaba exhibirse. El sueño de sus veinte años, el sueño de ser una «autora célebre», se había cumplido y las dudas acerca de su escritura desaparecieron.

El Premio Goncourt no solo supuso un reconocimiento a su obra, sino cierta tranquilidad económica. Simone había vivido con sus padres, en una habitación alquilada a su abuela, en cuartitos de hotel con goteras… El dinero que ganó con el premio le permitió comprarse un estudio propio en el número 11bis de la Rue Victor-Schoelcher frente al cementerio de Montparnasse. En *La fuerza de las cosas*, Simone recuerda con entusiasmo cuánto le gustó aquel pisito de planta baja lleno de luz, con un sillón amarillo donde pasaría muchas horas y que había decorado con los recuerdos de sus viajes.

En los días en que recorrí París trazando el mapa de los lugares en que Simone escribió y se entregó a la vida, me sorprendió la visión que se tenía desde el portal de su estudio: de los muros del cementerio y los brazos de hiedra que lo recorrían. Era una calle tan desierta y silenciosa como las que, detrás de los muros, abrigaban a los muertos. Más tarde, encontré en sus memorias un breve fragmento en que recuerda aquel muro con su hiedra —¿sería la misma hiedra todavía?—: «A través de una gran puerta de vidrio se ve un muro cubierto de hiedra y el vasto cielo; desde el primer piso, al que

se llega por una escalera interior, se divisa el cementerio de Montparnasse, con sus casas bajas y sus calles desiertas; aquí y allí, el rojo de un ramo de flores brilla entre las piedras. Cuando me acosté por primera vez en mi nueva pieza pensé, quizá a causa de este vecindario, pero sobre todo por gusto de lo definitivo: "He aquí la cama en que me moriré"». Ese pensamiento me pareció tristísimo. ¿Era la muerte quien la acompañaba cuando se asomaba a la ventana? Pues no. Estaba viva, había cumplido su sueño y tenía un techo propio bajo el que seguir escribiendo. Le gustaba contemplar las puestas de sol, las copas de los árboles tiñéndose de rojo y los brazos de fuego de la torre Eiffel barriendo París. Le gustaba acomodarse frente la ventana, sobre todo en verano, y aquella visión del cielo azul grisáceo que amanecía, los árboles frondosos sobre las tumbas, la hiedra del muro y el olor de los tilos la hacían viajar a los veranos de su infancia pasados en el campo de su abuelo cuando tenía toda la vida por delante. «Tengo diez años, y es el parque de Meyrignac; tengo treinta, y voy a iniciar un viaje a pie por el campo. No, no es así: pero al menos se me da este perfume, este gorjeo y esta confusa esperanza.»

10

Las hijas de Simone

Nosotras que no tenemos pasado,
las mujeres, nosotras que no tenemos historia,
desde la noche de los tiempos,
las mujeres,
¡somos el continente negro!
¡En pie, las mujeres esclavas!
¡Rompamos nuestras trabas!
¡En pie! ¡En pie!

Simone había hecho de su vida una lucha por la libertad, por tener los mismos derechos que un hombre, por que la tomaran por una voz autorizada, pero no se consideró feminista hasta que las mujeres que formaban el Movimiento por la Liberación de la Mujer fueron a verla en 1970 para pedirle ayuda. Su actitud hacia la condición de la mujer había evolucionado. Simone ya no era la misma que cuando empezó a escribir *El segundo sexo*. Su ensayo cambió la vida de muchas mujeres en el mundo. Ella le había dado nombre al dolor que experimentaban las mujeres, un dolor que sentían suyo, pero que tenía que ver con una situación de desigualdad dictada por su género. Claudine Monteil, una de las militantes del MLF (por sus siglas en francés), cuenta en *Las hermanas Beauvoir* que

un día Simone le preguntó cómo había llegado al MLF y ella le contó la historia de su madre. En 1949, justo el año de la publicación de *El segundo sexo*, su madre se había casado con un matemático y sus amigos le habían recomendado que, ante el brillante porvenir que le esperaba a su marido, dejara su propia carrera para ocuparse de la de él. Su madre se negó rotundamente. Unos meses después, embarazada de ella, leyó *El segundo sexo* y aquel libro le dio la fuerza necesaria para convertirse en química y en profesora de universidad. «En cierta manera», le confesó Claudine a Simone, «yo leí su libro antes de nacer… Soy hija de *El segundo sexo*.»

Me llevó un tiempo entender cómo un libro que había hecho feministas a toda una generación de mujeres, no solo en Francia, sino en Estados Unidos y España, para las de mi generación prácticamente no existe. A lo largo de mi vida he tenido muchísimas asignaturas de historia en el instituto y la universidad, pero nunca me hablaron de Simone de Beauvoir ni de *El segundo sexo*. Un libro que, como dijo Sarah Bakewell, estaba a la altura de las obras de Darwin, Marx y Freud, no se lee ni se estudia en las aulas ni fuera de ellas. Hasta hace apenas cuatro años, yo no era del todo consciente de que para llegar a los libros escritos por mujeres hay que hacer un esfuerzo, un ejercicio detectivesco: buscar en librerías de viejo, acudir a bibliotecas universitarias y, algo que descubriría más tarde, hacerse amiga de libreras feministas. Ellas lo saben todo, lo han leído todo. Muchas de mis lagunas las he salvado gracias a Ana y Miren, las libreras de Mujeres & Compañía en Madrid. A través de ellas di con un libro que contaba cómo Simone y *El segundo sexo* fueron censuradas en España junto con las obras de otras autoras feministas: Betty Friedan y Mary McCarthy. Ingenuamente, yo creía que la obra de Simone estaba descatalogada, por aquello que dijo Adrienne Rich —otra autora feminista descatalogada— de que la literatura de las mujeres se halla tan fragmentada, tan rota, tan silenciada que una

vida entera no bastaría para reunirla. Pero además, el caso de Simone tuvo sus particularidades. En la investigación *Tres escritoras censuradas*, Pilar Godayol expone que tras la crisis editorial de los años setenta, los cambios en el mundo editorial en los noventa, la muerte de Simone y la posterior difusión de los detalles de sus relaciones con algunas amantes compartidas con Jean-Paul —imagino que se refiere a Olga y Bianca—, hubo «un silencio traductor beauvoiriano» que duró más de tres décadas.

Los ejemplares que las españolas leyeron de *El segundo sexo* eran de la edición argentina de 1954 que, como cuenta Godayol, llegó a España de manera clandestina. Los lectores en catalán tuvieron la suerte de leerla algo antes: después de dos procesos diferentes de censura, uno en 1965 y otro en 1967, *El segon sexe* se publicó en 1965 en Edicions 62. La primera traducción de *El segundo sexo* al español peninsular no llegó hasta 1998 de la mano de Alicia Martorell y se reeditó en Cátedra en 2005. El informe de la censura de 1965 que he podido consultar en la investigación de Godayol no tiene desperdicio: «Ha hecho bien la autora en titular su libro por el sexo, ya que resulta verdaderamente obsesivo el clima relacionado con lo sexual que en él se respira; ofreciendo capítulos enteros en los que con el lenguaje más realista se barajan experiencias y descripciones en las que la fisiología y psicología sexual ocupan morosamente las páginas. No es, por este capítulo, una obra indicada para ser puesta en manos del gran público, al menos del público un poco ilustrado, para el que está escrita. Lo menos que puede decirse de ella, en este sentido, es que es gravemente incitadora al regodeo morboso en lo sexual […]; los prestigios de la virginidad o de la maternidad desaparecen».

Simone había escrito en *El segundo sexo* sobre el aborto, y las mujeres del MLF fueron a verla porque querían hablarle del nuevo proyecto de Ley sobre el aborto en Francia, que consideraban «demasiado tímido». El MLF

quería emprender una campaña a favor del aborto libre. Esto me recuerda a la movilización feminista que tuvo lugar en España contra la Ley de aborto promovida por Alberto Ruiz-Gallardón. En *Final de cuentas*, el último volumen de su autobiografía, Simone contó cómo para llamar la atención de la opinión pública, le propusieron a ella y a otras muchas mujeres relevantes que declararan que ellas habían abortado. No lo dudó. Se unió al *Manifiesto de las 343* —el manifiesto de las 343 «guarras» o «cabronas», como llegaron a llamarlas— y así lo contó en sus memorias: «No se trataba —como algunos detractores fingieron creer— de introducir el aborto en Francia, ni siquiera de alentar a las mujeres a que abortaran, sino partiendo del hecho de que lo hacen masivamente —cada año se producen entre ochocientos mil y un millón de abortos—, permitirles encarar esta operación en las mejores condiciones físicas y morales, lo que hoy es un privilegio de clase». Algunos de los reproches que se le hicieron al manifiesto es que estaba firmado solo por mujeres conocidas, pero Simone lo desmintió públicamente: la mayoría eran secretarias, empleadas y amas de casa.

Unos meses después, Simone participó en una manifestación feminista que el MLF organizó el 20 noviembre de 1971 en París para reclamar que las mujeres pudieran elegir libremente sobre la maternidad, la anticoncepción y el aborto. A la cabeza de la comitiva, las militantes portaban un ataúd donde podía leerse: «A las mujeres víctimas del aborto clandestino en Francia». Es muy emocionante leer cómo a sus sesenta años, Simone salió a la calle con cuatro mil mujeres más. «Las militantes blandían bayetas, alambres de los que colgaban ropa sucia, muñecas de papel, tripas de buey: una de ellas distribuía perejil —símbolo del aborto clandestino—, del que otras llevaban ramitas en el pelo.» Entonando la consigna «Niño deseado, niño amado. Maternidad libre», recorrieron

jubilosas París desde la République hasta la Nation bajo un hermoso cielo frío. «En la Nation, las mujeres se subieron al zócalo de una de las estatuas y quemaron bayetas, símbolos de la condición femenina.» Simone recordaría aquel día como una fiesta alegre entre hermanas. Desde entonces, celebró reuniones con sus «hijas» cada domingo en su estudio.

El manifiesto había roto un tabú en Francia y en todos los medios se hablaba del aborto. Si pudiéramos medir su difusión mediática, sería parecida a la relevancia que adquirió recientemente el movimiento *me too* para denunciar las violaciones y el acoso sexual en la industria cinematográfica estadounidense. «Aunque atacadas y vilipendiadas», confiesa Claudine Monteil, «habíamos conseguido nuestro objetivo: transgredir la ley del silencio.» Como cuenta Monteil en su libro, aquella era una victoria, ante todo, de Simone. Había sido la primera en romper el silencio con su obra y había soportado en la soledad más absoluta los insultos, las críticas y el descrédito. Ahora sus palabras se habían materializado en un movimiento. Si su relación con la prensa era prácticamente nula —no aceptaba entrevistas, no quería exponerse—, desde que firmó el manifiesto aprovechó su faceta pública para defender los derechos de las mujeres. Ya no se sentía sola. Como escribió Claudine, «una nueva generación la reconocía como predecesora, la rodeaba con su cariño. Nosotras, desbordantes de vitalidad, la arrastrábamos de combate en combate. Sí, nosotras éramos, sin duda, sus hijas».

Su objetivo no solo fue conseguir la despenalización del aborto, sino denunciar la situación de las madres solteras en Francia. Había un colegio, el C. E. T. de Plessis-Robinson, que desde 1944 recogía a chicas embarazadas y solas de entre doce y dieciocho años. Expulsadas después de quedarse embarazadas de los colegios donde estudiaban, las llevaban a ese centro, donde les daban formación como empleadas y las trataban

prácticamente como delincuentes. Las chicas habían querido recibir una formación adecuada e incluso formar una delegación de madres solteras, pero la dirección del centro se había negado. Se declararon en huelga de clases y de hambre y las consecuencias, como describe Simone en sus memorias, fueron terribles. Cuando los padres fueron a buscarlas, «uno golpeó a su hija, la tiró al suelo y la arrastró sin que nadie interviniera». Fue entonces cuando una de las celadoras del centro pidió ayuda al MLF y Simone intervino. Lucienne, una de las chicas, ejercía de portavoz: «Reivindicaban la emancipación y una ayuda que les permitiera criar a su hijo». En Francia, por entonces, si una joven de quince años se casaba, podía emanciparse de sus padres, pero si seguía soltera no podía hasta los diecisiete años y eran sus padres quienes decidían si se quedaba con su hijo o lo abandonaba. Simone, que no tenía ni idea de esto, se quedó estupefacta: «Hay hoy en Francia más de cuatro mil menores, de trece a dieciocho años, embarazadas: si hubieran recibido una educación sexual, la mayoría de ellas habría actuado con más prudencia». No podía entender cómo la sociedad aplicaba una ley para adultos a mujeres a las que trataban como a niñas: o las autorizaban a abortar, pues no eran más que unas niñas o, si eran adultas para la ley, debían dejar que se emanciparan y ayudarlas a recuperar su vida.

Los días 13 y 14 de mayo de 1972, en una sala abarrotada por más de cinco mil personas y ante los medios de comunicación, varias mujeres anónimas contaron el calvario de sus abortos. Simone tomaba la palabra después de cada intervención para ofrecerles su aliento. Al cabo de varias horas, al anochecer, cuando los testimonios habían terminado, Simone tomó el micrófono y exigió que se modificara la obsoleta e inhumana Ley del aborto en Francia. Cuando el acto acabó, se acercó a las militantes del MLF

y les dijo emocionada: «Hemos ganado la primera partida. Ahora debemos continuar».

Otro terrible caso llamó la atención de Simone: Marie-Claire, una chica de dieciocho años, estaba embarazada; su madre, que la había criado sola a ella y a dos hermanos más con su miserable sueldo de empleada de transportes, le había propuesto quedarse con el bebé, pero Marie-Claire no deseaba tenerlo y recurrió al aborto clandestino poco antes de romper con su chico. Él, para vengarse de ella, fue a una comisaría y la denunció. La policía se presentó en casa de Marie-Claire y la detuvo junto a su madre y a la mujer que había realizado la operación. Cuando Simone se enteró, quiso mostrarle su apoyo: «¡Vamos a defenderla! ¡Convertiremos ese juicio en el de la opresión contra las mujeres!». Claudine confiesa en sus memorias que no sabían muy bien cómo atraer la atención mediática y decidieron manifestarse en la Place de l'Opéra de París justo antes de que comenzara la vista. «Poco a poco fuimos llegando a la Place de l'Opéra, unas con sus hijos, otras con pancartas y globos. Los automovilistas nos miraban pasmados; algunos parecían furiosos. Enseguida bloqueamos la circulación…, aunque no por mucho. Poco después, vimos aparecer varias motos, corriendo sobre el pavimento de la plaza. Porra en mano, los policías la emprendieron a golpes con las mujeres y los niños.» La policía creyó que su único logro había sido dispersarlas, pero hizo algo mucho mejor: al día siguiente, el periódico *Le Monde* dedicó su contraportada a la desproporcionada actuación policial. «En su artículo», cuenta Claudine, «el periodista contaba la historia de la joven Marie-Claire y de su madre, presas fáciles de la justicia debido a su condición social.» Todos los medios se hicieron eco y, al cabo de unos días, el caso era un asunto nacional. La abogada de Marie-Claire, Gisèle Halimi —había compartido lucha con Simone en el caso de la argelina violada por el ejército francés, Djamila

Boupacha—, llamó a Simone como testigo y esta aprovechó la situación para soltar un discurso sobre la terrible situación de las mujeres. «Unos días después, al leer el veredicto, el presidente del tribunal declaró que la ley sobre el aborto estaba desfasada. Los jueces solo condenaron a la joven acusada y a su madre a penas simbólicas. Aquella fue una victoria aplastante para las mujeres.»

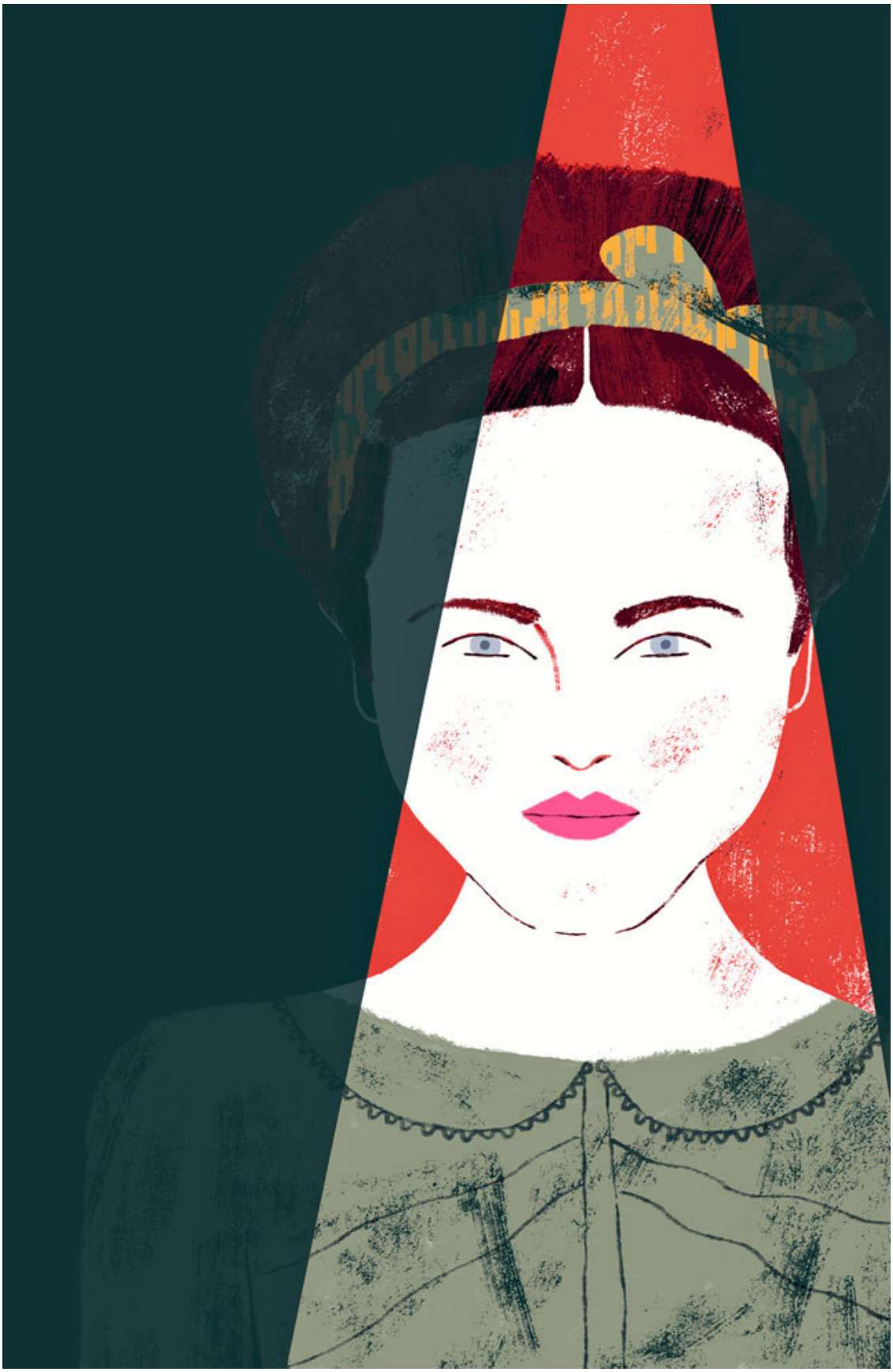
El 20 de enero de 1973, el Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró el aborto legal en todo el país y de la mano de la joven Carol Downer fueron abriéndose Centros de Salud Feministas para las Mujeres por todo su territorio. Esas clínicas ofrecían a las mujeres un espacio nuevo y seguro donde sus problemas eran tratados con la seriedad que merecían. Carol, que a raíz de la muerte de su primer marido había sufrido las injusticias de un sistema de salud privado que solo beneficiaba a las clases pudientes, quiso garantizar a través de esas clínicas el acceso sanitario a todas las mujeres, tuvieran los recursos que tuvieran. Un médico conservador la denunció por práctica ilegal de la medicina y la llevaron a juicio. En su declaración, Carol habló con tanta honestidad y lucidez que fue absuelta. A un lado y al otro del océano, las feministas trabajan paralelamente. Cuando Simone se enteró a través de Claudine de la existencia de Carol Downer, quiso que viajara a Francia.

No me cuesta imaginar la noche en que Carol y otras feministas estadounidenses llegaron a París con una caja alargada, una linterna y un espejo. Claudine cuenta aquel encuentro casi como si fuera producto de un sueño: «Ante la estupefacción general, Carol se desabrochó el pantalón, sacó un espéculo de plástico de la caja, se lo introdujo en la vagina y lo alumbró con la ayuda de la linterna y del espejo». La norteamericana explicó que «las mujeres nacen, crecen, tienen hijos y mueren sin conocer su propio cuerpo. Mientras los hombres sí están acostumbrados a verse el

sexo, puesto que este crece hacia fuera, las mujeres viven ignorando, durante su vida, una de las partes más importantes de su organismo. No saben a qué se parece el cuello del útero, de qué color es, su fisonomía. Es como si tuvieran, dentro de ellas, una cavidad sombría». Y una por una, las mujeres que estaban allí reunidas agarraron el espéculo, la linterna y el espejo y se miraron por dentro.

Simone no fue una de ellas. Claudine programó en un cine cercano a Les Deux Magots la proyección de *A New Image of Myself*, una película que el grupo de feministas americanas había realizado para dar a conocer el cuerpo femenino, y llevó a Simone a verla. En la oscuridad de la sala, junto a una veintena de mujeres, se dio cuenta de que la autora cerraba los ojos como para protegerse. Claudine salió turbada del cine: «Me había temido el estallido de cólera por su parte, su rechazo por haberme extralimitado. Pero, para mi gran sorpresa, aquella proyección reforzó mis lazos con Simone». Animada por aquel descubrimiento, Simone se propuso leer las obras de esas feministas estadounidenses a las que desconocía: Betty Friedan, Kate Millett, Shulamith Firestone, Juliet Mitchell. En *Final de cuentas*, dijo que estaba muy satisfecha de que el nuevo feminismo americano se apoyara en *El segundo sexo*: «Ahora, entiendo por feminismo el hecho de luchar por reivindicaciones propiamente femeninas, paralelamente a la lucha de clases, y me declaro feminista».

Las hijas de *El segundo sexo* jamás la abandonaron. El día de su entierro en el cementerio de Montparnasse, en abril de 1986, Claudine y otras militantes entonaron para despedir a Simone el estribillo del MLF que tanto la emocionaba: «Nosotras que no tenemos pasado, / las mujeres, / nosotras que no tenemos historia, / desde la noche de los tiempos, / las mujeres, / ¡somos el continente negro! / ¡En pie, las mujeres esclavas! / ¡Rompamos nuestras trabas! / ¡En pie! ¡En pie!».



Epílogo

Escribir la propia vida

Atreverse a hablar: ¡qué conjura!

¿Cómo íbamos a aventurarnos las mujeres de mi generación a leer a Simone de Beauvoir si ni siquiera podíamos encontrar sus libros? Leerla ha sido prácticamente una carrera de obstáculos: he recorrido bibliotecas y librerías de viejo para reunir su obra y, aun así, algunos libros solo he podido consultarlos en la Biblioteca Nacional, durante unas cuantas horas en días repartidos a lo largo de meses porque, cuando se vive en una ciudad de provincias, Madrid queda lejos. ¿Cómo era posible que la obra de la principal pensadora feminista e intelectual y mujer emblemática del siglo XX fallecida hace tan solo treinta años ya no existiera? Por no hablar de las biografías sobre ella: descatalogadas, sin traducir, perdidas en el limbo de las librerías de lance argentinas. Es como si cada generación, en un laborioso ejercicio de genealogía, debiera escarbar en la tierra para recuperar a una generación anterior de mujeres que ha escrito y peleado por la nuestra.

Simone dijo que ella era la única que podía escribir sobre su vida y quizá fuera porque intuía que después de que la cuestionaran, desautorizaran y

criticaran tanto a lo largo de su vida, si no la contaba por sí misma, lo que nos llegaría de ella hoy sería algo muy distinto: una vida fragmentada y con especial atención a los detalles más escandalosos.

He leído ensayos, biografías, memorias, artículos académicos y artículos en prensa, y casi todos hablan de ella y de Jean-Paul, de Jean-Paul y de ella, de Nelson, de Claude, de Bost, de Olga, de Bianca, como si para hablar de la pensadora hubiera que apoyarse en los demás. Mientras escribo estas líneas, acaba de publicarse una noticia a propósito de la venta a la Universidad de Yale de las cartas de «amor loco» (así lo califican los periódicos) que Simone escribió a Claude Lanzmann cuando fueron amantes, noticia que vuelve a poner el foco en la vida amorosa de Simone y que se me antoja una manera más de desautorizarla como pensadora. ¿Para cuándo una noticia que hable de la reedición de su autobiografía, de sus novelas? ¿Cuándo podremos encontrar sus libros en librerías y bibliotecas sin dificultad? ¿Cuándo podremos leerla a ella entera, escuchar su propia voz?

A los cuarenta y ocho años, Simone retomó el viejo proyecto de contar su vida. Había intentado escribir sobre su amiga Zaza en casi todos los proyectos de la novela, la había convertido en la heroína de sus libros tantas veces y había fracasado tantas otras, que quizá la única forma de escribir de ella de manera honesta era a través de su autobiografía. Me gusta pensar que comenzó a redactar su vida como un último acto de amor hacia Zaza. Cuando abordé la escritura de estas páginas, también lo hice como un acto de amor hacia Simone. Pensé que si conseguía rescatar algunos fragmentos de su vida, algunos episodios menos conocidos que la convirtieron en la escritora feminista que llegó a ser, las chicas de mi generación y más jóvenes acabarían leyéndola a ella. Esa es mi única vocación: que las chicas, las mujeres que no conocen la obra de Simone de Beauvoir se

entreguen a leerla como hice yo, que sepan que esas preguntas que se formulan todavía, las dudas y contradicciones diarias, ya las tuvo Simone hace décadas.

A los quince años, Simone quería ser una autora célebre, quería que tras su muerte la gente leyera su biografía con una curiosidad conmovida, y pensó en escribirla ella misma, ¿acaso había alguien mejor para contarla? Cuando sintió que había llegado el momento de hacerlo, no creyó que el hecho de escribir sobre sí misma fuera un proyecto unipersonal; es más, lo vio como algo presuntuoso y por eso necesitó consultar periódicos, archivos, referencias y a todos sus amigos para contar las cosas como le pasaron. He llegado a preguntarme si tal vez incluso cuestionaba su autoridad para contarse. Simone se tomó la escritura de sus memorias con la misma obstinación de su infancia, como si fuera una obra de investigación: durante dieciocho meses acudió a la Biblioteca Nacional, uno de sus lugares preferidos de París, para colocar su vida en un marco histórico y confrontó sus propios recuerdos con los de la gente que tenía cerca. Le resultó muy desconcertante porque cuando salía al patio del edificio, el tiempo parecía haberse detenido y tenía de nuevo veinte años. Todavía no se había declarado feminista, pero no dudo de que su deseo de contarse partía de algo que iba más allá de sí misma: se trataba de articular una autoconciencia acerca de su identidad como mujer.

Entre la vida y la escritura de Simone no hubo separación posible. Su voz ya no era la de la niña que quiere ser mártir, la de la joven enamorada de su primo que fantasea con casarse o la de la mujer que no deseaba vivir sola en Marsella. Su voz era la de una mujer valiente que de entre todas sus vidas posibles eligió una de las más difíciles para su tiempo: ser escritora. Y sin saberlo, rompió muchos silencios y nos entregó el relato de una mujer que

quiso ejercer la libertad de amar, de escribir, de vivir por encima de todas las cosas.

En el último volumen de sus memorias, *Final de cuentas*, quiso exponer la manera en que sus palabras y su obra habían sido puestas en entredicho. Una de las cosas que le habían reprochado es que exigía una independencia a las mujeres que ella nunca había tenido, pues decían que su soledad no era verdadera porque siempre tuvo a su lado a Jean-Paul. Llegaron a decir que era él quien le escribía los libros y que toda su carrera se la debía al filósofo. Al leer un artículo en el *Tribune des Assurances*, que argumentaba que «si en vez de haber sido alumna de Sartre, hubiera estado bajo el poder de algún teólogo habría sido una teísta apasionada», se acordó de aquello que su padre le decía con frecuencia cuando era niña: «La mujer es lo que hace de ella su marido». Tardó un tiempo en darse cuenta de que todos aquellos juicios lanzados al aire no eran más que una manera de desautorizar esa voz propia que se había forjado a lo largo de los años, una voz pública. «Si usted escribe», confesó, «ser mujer es dar latigazos para combatir.»

De ella se han escrito muchas, muchísimas páginas y unas cuantas biografías que la han definido, por un lado, como una «loca, medio loca, una excéntrica» que bailaba desnuda sobre los barriles de las tabernas de Ruan y, por el otro, como un «puro cerebro». La revista *Elle* publicó un artículo donde proponía a sus lectoras diferentes tipos de mujer y bajo su foto podía leerse la siguiente sentencia: «Vida exclusivamente intelectual». Simone fue tan fuerte, tan constante y creyó tantísimo en su trabajo que, una vez superado el dolor de las primeras críticas, llegó a ironizar sobre ellas: «Se puede ser una desvergonzada cerebral, una dama de beneficencia retorcidamente viciosa; lo esencial es presentarme como una anormal». El hecho era que todo aquello le ocurría porque era escritora: «Una mujer

escritora no es una mujer de su casa que escribe sino alguien para quien toda su existencia está dirigida por la escritura».

A pesar de lo mucho que sufrió, nunca abandonó su lucha por encarnar precisamente esa libertad de palabra que la mujer no tenía. ¿No os suena esto a algunas de las amenazas o comentarios que recibimos todavía hoy las mujeres cuando alzamos la voz en las redes? ¿Cómo no verse reflejada en la pensadora? En una conferencia titulada «La voz pública de las mujeres» la historiadora británica Mary Beard cuenta que no importa mucho qué postura adoptemos porque «si te adentras en un territorio tradicionalmente masculino, los insultos te llegan de todas formas». La importancia no radica tanto en lo que contemos, sino en el simple hecho de que hablemos. La voz de las mujeres en el espacio público resulta incómoda para muchos; de ahí el insulto, la amenaza, la violencia: «Todavía sucede que cuando los oyentes escuchan una voz femenina no oyen una voz que connota autoridad, o más bien no han aprendido a oír la autoridad en ella».

Simone no fue perfecta —porque no necesitamos serlo— y la admiro todavía más por ello, por mostrarse como era, con sus miedos, sus ambiciones y su desamparo. Estoy segura de que su toma de conciencia cuando se reunió con las mujeres del *Manifiesto de las 343*, cuando pusieron en común sus historias, le reveló que lo esencial era verse de manera colectiva, no aislada en un relato único. La voluntad que tuvo Simone de quedarse tan a la intemperie es una empresa feminista que nos ofrece la posibilidad de reconocernos en ella como ella lo hizo en Jo March y Maggie Tulliver. Leyó mucho, dedicó su vida a los libros, y de todos ellos fueron, precisamente dos autoras, Louisa May Alcott y George Eliot, las que le sirvieron de espejo. He leído su autobiografía admirada y conmovida por la fuerza de su entrega, pero también por su fragilidad y el desaliento que tuvo que afrontar para obtener la libertad. Todas las complejidades y

contradicciones que afrontó fueron el producto de la lucha por ser una mujer libre en una época en que las mujeres eran «seres relativos». En *Escribir la vida de una mujer*, al hablar sobre George Eliot, la investigadora Carolyn G. Heilbrun revela que Eliot hizo en su vida lo que nunca pudo representar en la vida de las heroínas de sus novelas. Uno de sus personajes en la novela *Daniel Deronda* protesta ante su madre por la carencia de historias para las mujeres: «No puedes imaginarte lo que es tener la genialidad de un hombre y sin embargo sufrir la esclavitud de ser una muchacha. Tener un patrón al que amoldarse…, el corazón de una mujer debe ser de un tamaño determinado y no mayor pues, si no, hay que apretarlo para que se reduzca, como a los pies de las mujeres chinas; la felicidad de una mujer consiste en estar hecha como se hacen las tartas, con una receta fija».

A lo largo de estas páginas, he buscado a mi propia Simone, he sufrido con ella y también he compartido su felicidad. «Una vida es un objeto extraño», escribió, un objeto traslúcido y opaco en su totalidad, pero también disperso, roto y sombreado. Como si fuera una amiga que vive lejos, he leído sus cartas y la he escuchado atentamente para entenderla. No ha sido una empresa fácil: como le ocurría a Olga con los autores de las novelas que Simone le recomendaba, a veces he discutido con ella y otras veces la he abrazado con fuerza igual que si fuera de carne y hueso. Este viaje a través de las alegrías, las angustias, los descorazonamientos y las esperanzas de Simone ha sido un aprendizaje. Su autobiografía es el relato de su búsqueda de la libertad, de sus ansiedades por no encajar y también de su vida cotidiana. La historia oficial ha hecho invisibles tantos modelos de vidas de mujeres que leer sus contradicciones, sus búsquedas y sus desmoronamientos me ha permitido reconciliarme con algunos momentos de mi vida.

Pero si algo he aprendido de ella es que las mujeres no podemos rendirnos nunca, que en el ejercicio de nuestra propia libertad —lleno de golpes, caídas y pérdidas— digan lo que digan de nosotras, debemos tener claras dos cosas: que no estamos solas, que la mano de una amiga, de una hermana estará ahí para apoyarnos, y que escribamos, que nos contemos, que no guardemos silencio. Tengo muy presente una frase de Sandra Gilbert y Susan Gubar de *La loca del desván* que funciona a modo de mantra cuando todo es ruido y los medios dan espacio a determinadas voces que intentan desautorizar nuestros relatos: «Las mujeres padecerán en silencio hasta que se creen historias que les otorguen el poder de nombrarse a sí mismas».

La escritura de estas páginas ha coincidido con la revolución del *#metoo* y eso me ha dado fuerza: miles de mujeres de todo el mundo han roto el silencio, se han contado a sí mismas, compartiendo sus historias de dolor y violencia para tomar el control de sus vidas. ¿Acaso hay algo más poderoso? Mientras sigamos aisladas, mientras no compartamos los relatos más personales de nuestras vidas, no tendremos una historia propia.

Elena Poniatowska dijo que Simone carga sobre sus hombros con otra Simone, sobre la que se encarama otra y otra y otra, y así hasta el infinito. Pegada en la piel tengo su euforia y su tristeza, su entrega a los paseos, a los libros, a la vida. Aquel día de abril en el cementerio de Montparnasse, cuando la vida de Simone ya se había apagado, Claude Lanzmann leyó un breve fragmento de *La fuerza de las cosas* que es especialmente hermoso, porque en él Simone recuerda aquellos lugares en los que alguna vez fue feliz y justo ahí es donde me gustaría recordarla: «Las arenas de Huelva, el candomblé de Bahía, las dunas de El Oued, la avenida Wabansia, las auroras de Provenza, Tirinto, Castro hablando ante quinientos mil cubanos, un cielo de azufre por encima de un mar de nubes, el haya purpúrea, las

noches blancas de Leningrado, las campanas de la liberación, una luna anaranjada sobre el Pireo, un sol rojo ascendiendo sobre el desierto».

Gracias por todo, Simone.

Sevilla, 24 de enero de 2018

Bibliografía

OBRAS DE SIMONE DE BEAUVOIR

Novelas

La sangre de los otros, en *Obras completas*, tomo I, traducción de Juan García Puente, Madrid, Aguilar, 1972.

Todos los hombres son mortales, en *Obras completas*, tomo I, traducción de Juan García Puente, Madrid, Aguilar, 1972.

Los mandarines, traducción de Silvina Bullriuch, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1972.

La mujer rota, traducción de Dolores Sierra y Néstor Sánchez, Barcelona, Círculo de Lectores, 1988.

La invitada, traducción de Silvina Bullriuch, Barcelona, Edhasa, 1990.

Cuando predomina lo espiritual, traducción de José Blanco, Barcelona, Edhasa, 2001.

Las bellas imágenes, traducción de José Blanco, Barcelona, Edhasa, 2004.

Ensayos

Beauvoir, Simone, y Halimi, Gisèle, *Djamila Boupacha. Proceso a la tortura*, Barcelona, Seix Barral, 1964.

La larga marcha (Ensayo sobre China), traducción de Aníbal Leal, Buenos

Aires, La Pleyade, 1970.
La vejez, traducción de Aurora Bernárdez, Barcelona, Edhasa, 1989.
¿Hay que quemar a Sade?, traducción de Francisco Sampedro, Madrid, Machado, 2000.
El segundo sexo, traducción de Alicia Martorell, Madrid, Cátedra, 2005.

MEMORIAS Y DIARIOS

Memorias de una joven formal, traducción de Silvina Bullriuch, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959.
La plenitud de la vida, traducción de Silvina Bullriuch, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1970.
La fuerza de las cosas, traducción de Ezequiel de Olaso, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973.
Una muerte muy dulce, traducción de María Helena Santillán, Barcelona, Edhasa, 1983.
La ceremonia del adiós, traducción de Jesús Sanjosé Carbajosa, Barcelona, Edhasa, 1983.
Final de cuentas, traducción de Ida Vitale, Barcelona, Edhasa, 1990.
Diario de guerra: septiembre de 1939-enero de 1941, edición póstuma a cargo de Sylvie Le Bon de Beauvoir, traducción de Nuria Pujol, Barcelona, Edhasa, 1990.
América día a día: diario de viaje, traducción de Daniel Sarasola Anzola, Barcelona, Literatura Random House, 2000.
Cahiers de jeunesse, 1926-1930, edición de Sylvie Le Bon de Beauvoir, París, Gallimard, 2008.

CORRESPONDENCIA

Cartas a Sartre, traducción de Nuria Pujol, Barcelona, Lumen, 1996.

Cartas a Nelson Algren. Un amor transatlántico, traducción de Miguel Martínez-Lage, Barcelona, Lumen, 1999.

Correspondance croisée avec Jacques-Laurent Bost (1937-1940), edición, presentación y notas de Sylvie Le Bon de Beauvoir, París, Gallimard, 2004.

OBRAS CONSULTADAS

Alcott, Louisa May, *Mujercitas*, traducción de Gloria Méndez, Barcelona, Lumen, 2004.

Appignanesi, Lisa, *Simone de Beauvoir*, traducción de Antonio Gude, Madrid, Tutor, 2006.

Austen, Jane, *Orgullo y prejuicio*, traducción de José Luis López Muñoz, Madrid, Alianza, 2007.

Bair, Deirdre, *Simone de Beauvoir. A Biography*, Summit Books, 1990.

Bakewell, Sarah, *En el café de los existencialistas. Sexo, café y cigarrillos o cuando filosofar era provocador*, traducción de Ana Herrera, Barcelona, Ariel, 2017.

Bolick, Kate, *Solterona. La construcción de una vida propia*, traducción de Silvia Moreno, Barcelona, Malpaso, 2015.

Bonnet, Marie-Jo, *Simone de Beauvoir et les femmes*, París, Albin Michel, 2015.

Carquain, Sophie, y Grojnowski, Olivier, *Simone de Beauvoir, une jeune fille qui dérange*, Bande dessinée, 2016.

Cohen-Solal, Annie, *Jean-Paul Sartre*, traducción de Óscar Luis Molina S., Barcelona, Anagrama, 2005.

Costa-Prades, Bernadette, *Simone de Beauvoir*, Libretto, 2006.

Efrón, Analia, y Roca, Luis, *Simone de Beauvoir para principiantes*, Era Naciente, 2000.

Elkin, Lauren, *Flâneuse. Una paseante en París, Nueva York, Tokio, Venecia y Londres*, traducción de Aurora Echevarría, Barcelona, Malpaso, 2017.

Fort, Pierre-Louis, *Simone de Beauvoir*, Vincennes, Presses Universitaires de Vincennes, 2016.

Francis, Claude, y Gontier, Fernande, *Simone de Beauvoir,* traducción de Nuria Lago, Barcelona, Plaza y Janés, 1987.

Gilbert, Sandra M., y Gubar, Susan, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo* XIX, traducción de Carmen Martínez Gimeno, Madrid, Cátedra, 1998.

Godayil, Pilar, *Tres escritoras censuradas. Simone de Beauvoir, Betty Friedan y Mary McCarthy*, Granada, Comares, 2017.

Gordon, Lyndall, *Virginia Woolf. Vida de una escritora*, traducción de Jaime Zulaika, Barcelona, Gatopardo, 2017.

Heilbrun, Carolyn, *Escribir la vida de una mujer*, traducción de Ángel G. Loureiro, Málaga, Megazul, 1994.

Lamblin, Bianca, *Memorias de una joven informal*, traducción de María Teresa Gallego y María Isabel Reverte, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1993.

Leduc, Violette, *La bastarda*, traducción de María Helena Santillán, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966.

—, *Correspondance 1945-1972*, París, Gallimard, 2007.

—, *Thérèse e Isabelle*, traducción de Delfín G. Marcos, Madrid, Mármara, 2015.

Lottman, Herbert, *La rive gauche. La élite intelectual y política en Francia*

entre 1935 y 1950, traducción de José Martínez, Barcelona, Tusquets, 2006.

Martín Gaite, Carmen, *Desde la ventana: enfoque femenino de la literatura española*, Madrid, Espasa Calpe, 1987.

Moi, Toril, *Simone de Beauvoir. The Making of an Intellectual Woman*, Oxford, 2008.

Monteil, Claudine, *Las hermanas Beauvoir*, traducción de Juan Abeleira, Barcelona, Circe, 2003.

Moser, Benjamin, *Por qué este mundo. Una biografía de Clarice Lispector*, traducción de Cristina Sánchez Andrade, Madrid, Siruela, 2017.

Perrot, Michelle, *Historia de las alcobas*, traducción de Ernesto Junquera, Madrid, Siruela, 2011.

Riding, Alan, *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*, traducción de Carles Andreu, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.

Rodríguez Magda, Rosa María, *Encuentro en el Café de Flore con Simone de Beauvoir*, Madrid, Sequitur, 2017.

Rowley, Hazel, *Sartre y Beauvoir*, traducción de Montse Roca, Barcelona, Lumen, 2006.

Sallenave, Danièle, *Simone de Beauvoir, contra todo y contra todos*, traducción de María Cordón Vergara y Malika Embarek López, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

Solnit, Rebecca, *Wanderlust. Una historia del caminar*, traducción de Andrés Anwandter, Madrid, Capitán Swing, 2015.

Weis, Andrea, *París era mujer. Relatos de la orilla izquierda del Sena*, traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, Madrid, Egales, 2014.

Woolf, Virginia, *Un cuarto propio*, traducción de Jorge Luis Borges,

Madrid, Alianza Editorial, 2005.
Yourcenar, Marguerite, *Alexis o el tratado del inútil combate*, traducción de Emma Calatayud, Madrid, Alfaguara, 2014.

14
12
13
5
7
2
4
15
1
11
9
10
16
6
8
3

El París de Simone de Beauvoir

1 Nació en una casa en los números 101-103 del Boulevard de Montparnasse.

2 Se mudó con su familia a un piso en el número 71 de la Rue de Rennes.

3 Se mudó a una habitación propia en la casa de su abuela en el número 91 de la Avenue Denfert-Rochereau.

4 La Sorbona

Sitios en los que vivió:

5 hotel La Louisiane, 60, Rue de Seine

6 hotel Le Mistral, 24, Rue Cels

7 11, Rue de la Bûcherie

8 En 1955 se compró un estudio propio en el número 11 bis de la Rue Victor-Schoelcher y allí vivió hasta su muerte.

Cafés que amaba:

9 La Rotonde, 105, Boulevard de Montparnasse

10 Le Dôme, 108, Boulevard de Montparnasse

11 La Coupole, 102, Boulevard de Montparnasse

12 Flore, 172, Boulevard Saint-Germain

13 Les Deux Magots, 6, Place Jean-Paul Sartre et Simone de Beauvoir

Le gustaba pasar el tiempo en:

14 los jardines del Palais Royal

15 los jardines de Luxemburgo

16 Está enterrada junto a Jean-Paul en el cementerio de Montparnasse.

Agradecimientos

Este paseo por la vida de Simone de Beauvoir comenzó una calurosa tarde de finales de mayo en Madrid cuando mi editora, Silvia Querini, me propuso buscar todas aquellas pistas que Simone había dejado a las mujeres de mi generación para entender nuestra vida y nuestras contradicciones. Querida Silvia, gracias por confiar en mi voz y en mi manera de contar a Simone. Aquella fue una mañana que nunca olvidaré: nos habíamos puesto capelinas rojas —inspiradas por *El cuento de la criada* de Margaret Atwood — en la Feria del Libro de Madrid para reivindicar un cuarto propio para la Biblioteca de Mujeres y la labor de Marisa Mediavilla. Quiero pensar que no es algo casual, que algunas veces una intenta buscar las historias, cubrir los huecos torpemente, y que otras veces son las historias las que dan con una. Al fin y al cabo, todo lo que hago, todo lo que me entusiasma guarda relación con construir una genealogía propia, nuestra.

¡Ay, el entusiasmo! Cuánto tiene que ver el entusiasmo con este libro. El ensayo de Remedios Zafra me acompañó mientras escribía: yo soy una pobre que crea, yo soy *una* Sibila. Pero hay muchas más, amigas, hermanas, mujeres al otro lado de la pantalla que teclean, ilustran y reflexionan con entusiasmo y mucha precariedad; el libro está dedicado a todas vosotras. Especialmente a Cristina, mi compañera de piso en Madrid; nadie conoce

mejor que ella mis mañanas de bata y frustración. *Tú eres todo lo que tiene tu trabajo*. No te rindas, por favor.

La escritura de estas páginas comenzó en la cocina de la casa de mis padres en Alcalá del Río, justo donde había terminado *Mamá,* y siguió en Madrid, en el piso de mi querida Melca, que no solo me ha ofrecido comida y techo, sino que me ha dejado durante meses su portátil para que pudiera escribir porque el mío se estropeó y no tenía dinero para arreglarlo. Hasta ahí llega la precariedad, hermanas. Sentía que no podía silenciar esta pequeña historia de fracaso porque escribir siendo mujer tiene mucho que ver con la precariedad, el fracaso y la ansiedad; con el pijama, la bata y las amigas. Gracias, Melca, marida mía, por tu portátil, la habitación propia y, sobre todo, gracias por el aliento.

Querida Myriam, gracias por acompañarme por las calles de París siguiendo en el mapa cada hito de la vida de Simone y gracias por dejar que te pusieran multas en las bibliotecas de la universidad para que yo pudiera sacar los libros que necesitaba. Todavía me quedan dos por devolver. En cuanto ponga punto final a estas páginas, los llevo, te lo prometo. Nunca olvidaré nuestro París *beauvoiriano*.

Queridas Miren y Ana y Sonia, mis libreras de Mujeres & Compañía, gracias por los libros, las conversaciones, las mañanas y tardes de calor durante los meses que viví en Madrid. Vuestra librería es mi casa y vosotras, mi familia.

Querida Mar, gracias por acompañarme de nuevo en este viaje, por hacer magia con las manos. Has sabido ver a Simone como yo me la imaginaba mientras escribía.

Escribir sin confiar del todo en mi voz no ha sido fácil, pero las lectoras de *Mamá* me han dado fuerza. Hermanas, esta historia sobre Simone es vuestra también. Gracias por romper el silencio.

Ursula K. Le Guin dijo que para escribir una historia tienes que confiar en ti, con cautela, no ciegamente. Escribir, dijo Le Guin, es un ejercicio de equilibrismo: «Estás en el aire, caminando sobre una cuerda floja de palabras, mientras los demás te miran desde allá abajo, en la oscuridad». En este ejercicio de confiar en mí misma, de mantenerme sobre la cuerda sin llegar a caer del todo, las voces de Simone, de Ursula, de Virginia, de Violette, de Jane y de tantas otras escritoras que confiaron en sí mismas me han acompañado. Gracias a todas ellas por escribir, por haber escrito, por esforzarse.

Mamá, papá, nene, Celia, familia, gracias por creer en mí, por los cuidados. Mi obstinación y entrega a las cosas no se explica sin vuestro ejemplo. Gracias por darme lo más importante: el amor.

Y finalmente, querido M., gracias por tanto. Nuestro amor es una forma de resistencia.

«Por los pasillos de la casa de Simone no caminamos solas ni de puntillas. Vamos todas cogidas de la mano: Simone, vosotras y yo, como unas amigas que después de mucho tiempo vuelven a encontrarse para hablar y saber por fin que otra vida es posible.»

CARMEN G. DE LA CUEVA

¿Quién fue Simone de Beauvoir?

Esa es una de las preguntas de este libro, pero no es la más importante. Estas páginas no contienen una biografía al uso. Aquí, Beauvoir no es solo una de las personalidades más célebres del siglo XX, sino una mujer cuya experiencia sigue teniendo ecos en la vida de las mujeres de hoy. Esa es, precisamente, la novedad de este libro: los pasos de Beauvoir no se quedan en el pasado, aislados en su mayo del 68 o en su romance con Jean-Paul Sartre, sino que se desplazan hasta la manera de caminar y de ver propias de las mujeres jóvenes del siglo XXI.

Desde su infancia a su madurez, cuando se convirtió en todo un icono, la vida de la autora francesa se expande en este libro hasta llegar a nuestros días, comprobando la actualidad de sus enseñanzas.

Carmen G. de la Cueva nació en Alcalá del Río (Sevilla) en 1986. Es licenciada en Periodismo y posgraduada en Literatura Comparada por la Universidad de Sevilla. Ha realizado estancias académicas con sendas becas en la Universidad de Braunschweig (Alemania), la Universidad Nacional Autónoma de México, la embajada de España en Praga y el Instituto Cervantes de Londres. Actualmente colabora con distintos medios. Desde 2014 dirige *La tribu*, una comunidad virtual dedicada a la difusión de la literatura escrita por mujeres y el feminismo. Es directora de la editorial feminista La señora Dalloway y autora de *Mamá, quiero ser feminista* (Lumen, 2016).

Malota es el nombre artístico de Mar Hernández, doctora en Bellas Artes. Ilustradora profesional y docente en diferentes universidades, ha trabajado para clientes de todo el mundo, tales como Google, Samsung, Volkswagen, *Oprah Magazine*, *The Wall Street Journal* y *The New York Times*. Suyas son las ilustraciones de los libros *Once Upon a Star* (Little Tiger Group), *Mamá, quiero ser feminista* (Lumen) y *Hacia ningún lugar* (Simientes Editores), entre otros.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Carmen G. de la Cueva
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2018, Mar Hernández (Malota), por las ilustraciones

Diseño de portada: © Malota

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0562-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Un paseo por la vida de Simone de Beauvoir

Nota de la autora

Prólogo. Desnudar una vida

1. La niña violeta o la chica rara

2. Zaza, Maggie y Simone

3. El tumulto de la vida interior

4. Jean-Paul, Zaza y las puertas del cuarto propio

5. Una paseante fanática

6. La escritura o la vida

7. Una mujer en guerra

8. Simone en la ciudad volcada

9. *El segundo sexo* da mucho miedo

10. Las hijas de Simone

Epílogo. Escribir la propia vida

Bibliografía

El París de Simone de Beauvoir

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Carmen G. de la Cueva y Malota

Créditos